

*Lilasio*

JUSTO

# SAGITARIO



REVISTA DE HUMANIDADES

# INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

Av. de MAYO 1288 BUENOS AIRES

Director Científico: Dr. DESSY,  
Bacteriólogo y Anatómo Patólogo

Asesor Técnico: Dr. ALOIS BACHMANN,  
prof. de Microbiología

Director de la Sección Biología Vegetal:  
Pr. Dr. C. SPEGAZZINI, Ingeniero Agrónomo  
Consultor Científico: Prof. Dr. A. LUSTIG

Análisis de Interés Médico e Industrial, Sueros y Vacunas Terapéuticas, Productos Opo y Organos-terápicos, Tuberculina Humana y Bovina para aplicaciones Diagnósticas y Terapéuticas, en el Hombre y en los animales, Estudios de la Epizootias.

## SUERO REACCION DE WASSERMANN

Para la Sífilis, el Equinococo y la Tuberculosis.

Suero-Reacción Tífica de Widal — Preparación de Auto-Vacunas.

# ANTIBACTER

En venta en todas las buenas Farmacias de la República  
EL DESINFECTANTE IDEAL DE USO GENERAL  
preparado por el  
INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

## Representantes de SAGITARIO

En Europa: ESPAÑA: Angel Dotor—Madrid.

En América:

URUGUAY: Leonardo Tuso — Montevideo.

CHILE: Camilo Quinzio — Viña del Mar.

PERÚ: M. Lorenzo Rego — Lima.

« Antenor Orrego — Trujillo.

COLOMBIA: Germán Arciniegas — Bogotá.

MÉXICO: Enrique González Rojo.

CUBA: Emilio Roig de Leuchseuring — Habana.

BOLIVIA: Juan Paz Rojas—La Paz.

En la República Argentina:

Don Alfredo Golsack Guñazú—Mendoza.

» Manuel Oliva — Córdoba.

Dr. Martín Ardenghi — Neuquén.

Dr. Pedro Pablo Olivera — Santiago del Estero.

» E. Sánchez Ceschi — Viedma (Río Negro).

» Hernan F. Gómez — Corrientes.

Don Ismael Dozo — Santa Rosa del Toay (Pampa Central).

Dr. Carlos Cossio — Tucumán.

» Martín Gómez Rincón — Salta.

Don Horacio L. Peludero — Río Cuarto (Córdoba).

» Juan De Matta Ibañez — Victoria (Entre Ríos).

» Luis Doello Jurado — Gualaguaychú (Entre Ríos).

Dr. Juan A. Godoy — Concepción del Uruguay (Entre Ríos).

Don Eleodoro Martínez — San Juan.

Dr. Eduardo M. Grané — Posadas (Misiones).

Don Jorge R. Forteza — Rosario (Santa Fé).

Provincia de Buenos Aires:

Dr. Mariano Irisarri — Mercedes.

» Juan D. Pozzo — Bernal y Quilmes.

» Estanislao de Urraza — Chivilcoy.

Doña Rosa Pura F. de Vergara — Pergamino.

Don Félix Esteban Cichero — Junin.

» Washinton Desbouts — Zárate.

» Francisco A. Rosito — Bahía Blanca.

» Gonzalo Ballesteros — Dolores.

» Salomón Rodríguez — Arroyo Seco — F. C. C. A.

» Salvador Bassi — Azul.

» Francisco J. Ficoni — Ensenada (Puerto La Plata).

### CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

República Argentina, suscripción anual (6 números) . \$ 5.—<sup>m/n.</sup>

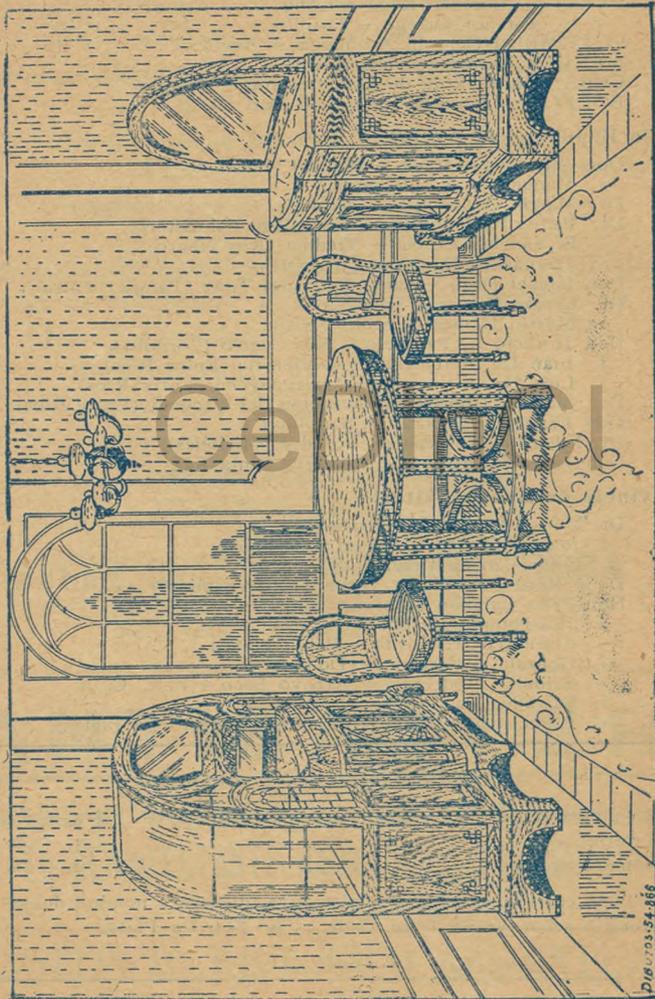
Exterior . . . . . » 3.—<sup>o/s.</sup>

Número suelto . . . . . » 1.—<sup>m/n.</sup>

Toda correspondencia administrativa, diríjase a nombre del secretario señor Verde Tello, Calle 45 N° 734, La Plata.

SEBASTIAN PULICHINO

Juegos de  
Comedor,  
Dormi-  
torios, Es-  
critorios,  
Mesas  
y  
Sillas



Visite nuestra exposicion 50 - 637 - - Casa matriz calle 48 y 8

# SANTA FÉ

LA EXQUISITA CERVEZA

OFICINA QUÍMICA  
LA PLATA

ANÁLISIS N°. 018739

Muestra de Cerveza Pilsen Marca «Santa Fé» presentada por  
Pedro Garcia, domiciliado en La Plata Exp. G. Número 310.  
Procedencia: Santa Fé.

El análisis practicado dió el resultado siguiente:

Densidad . . . . .	1.013	Materias conservadoras .	No contiene
Alcohol en vol. % . . . . .	2.96	Materia colorante . . . . .	Natural
Extracto seco . . . . . %	47.060	-----	-----
Azucar reductor en maltosa %	13.928	-----	-----
Cenizas . . . . .	1.90	-----	-----
Materia nitrogenada (n x		-----	-----
6.55) . . . . . %	5.502		
Extracto no azoado libre de			
azucar . . . . . %	27.630		

Por lo tanto, se deduce que la  
muestra analizada es . . . . .  
APTA PARA EL CONSUMO

No es el caso decir esto es lo mejor; la cuestión es comprobarlo!

Almacen El Ibérico, 51 Esq. 3 U. T. 415.

PRODUCTOS

## MATTALDI

**Alcohol** - puro de 96° - UNICOS de Cereales  
que se fabrica en el País.

**Insuperable** para la preparacion de licores y per-  
fumes. - Usado exclusivamente en los  
laboratorios químicos e industriales.

**Alcohol Sólido** - Especial para viajes  
**Alcoholes de iluminar** - quemar y lustrar.  
**Gas Carbónico** - en tubos de 10 y 20 Kgs.  
perfectamente puro

# J. SAMET: LIBRERO EDITOR

AVENIDA DE MAYO 1242 — BUENOS AIRES

## LIBROS RAROS

J. M. ESTRADA — La política liberal bajo la tiranía de Rosas. (1873). . . . .  
HORACIO QUIROGA — El crimen del otro . . . . .  
ARTURO CAPDEVILA — Un concierto de mis musas . . . . .  
MARIO BRAVO — Poemas del campo y de la montaña . . . . .  
ALFONSINA STORNI — El dulce daño . . . . .  
LEOPOLDO LUGONES — Lunario sentimental. (Encuadernado) . . . . .  
LEOPOLDO LUGONES — Las horas doradas . . . . .  
LEOPOLDO LUGONES — El libro de los paisajes. . . . .  
JOSE DE MATURANA — Las fuentes del camino. (Encuadernado) . . . . .  
ALFONSINA STORNI — Languidez. . . . .

## EDICIONES Y EXCLUSIVAS DE ESTA CASA

### PROSA

R. SAENZ HAYES — Blas Pascal y otros ensayos: . . . . . \$ 2.50  
HECTOR I. EANDI — Pétalos en el estanque . . . . . « 2.00  
R. ZAPATA — La infelidad de Penélope . . . . . « 2.50  
JUAN PALAZZO — La casa por dentro. (Novelas) . . . . . « 2.00  
F. M. PIÑERO — Cerca de los hombres . . . . . « 0.40  
M. KANTOR — Lenin . . . . . « 1.50  
LORENZO STANCHINA — Inocentes (Novelas) . . . . . « 1.50  
M. A. SALVAT — Esmaltes (Ilustrado) . . . . . « 2.50  
E. GONZALEZ LANUZA — Prismas . . . . . « 1.80  
NORA LANGE — La calle de la tarde. (Prólogo de Borges) . . . . . « 1.—  
C. DELGADO FITO — Sed . . . . . « 1.50  
MARIA LUISA CARNELLI — Rama frágil. . . . . « 2.00  
R. JIJENA SANCHEZ — La locura de mis ojos . . . . . « 1.50  
S. F. VAZQUEZ — Lluvia ligera . . . . . « 1.20  
C. SABAT ERCASTY — Vidas . . . . . « 1.50  
C. SABAT ERCASTY — Poemas del hombre . . . . . « 2.00  
PEDRO L. IPUCHE — Alas nuevas. Tierra honda. c/n. . . . . « 2.00

### POESIA

### NOVEDAD

C. SANCHEZ VIAMONTE — Derecho político. (Ensayos) . . . . . \$ 3.50

AGENCIA CENTRAL (VENTA, SUSCRIPCIONES Y AVISOS)

— DE —

« S A G I T A R I O »

## C. BOZZOLO é Hijos

Administración de Propiedades

CALLE 54 Núm. 588 - U. Teléf. 1454

LA PLATA

## OBRAS NUEVAS CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

### DERECHO POLITICO

(ENSAYOS)

Sumario: El sufragio y el sistema representativo—El sufragio y la soberanía.—El dogma de la soberanía.—Opinión pública y voluntad social.—El problema político.—El individualismo jurídico - político de Kant.—El ocaso de la libertad jurídica.

Pedidos a J. SAMET

Avenida de Mayo 1242 — Buenos Aires

## ALBERTO M. CONDUCTI

Historia de la Institución Consular en la Antigüedad y en la Edad Media

Un grueso volumen de más de 800 pags.

En venta en las principales librerías.

Librería EL ATENEO y EDITORA INTERNACIONAL

BUENOS AIRES

LA ESCENA  
CONTEMPORANEA

por

José Carlos Mariátegui

LAS  
TARDES (Poesías)

por

Francisco Lopez Merino

Pida estos libros en las buenas librerías

## GUIA PROFESIONAL - LA PLATA

**Dr. José María Gamás**

ABOGADO

Calle 13 N.º 808 La Plata

**Dr. Gregorio Lascano**

ABOGADO

Calle 47 N.º 822 La Plata

**Dr. José Serra Renon**

ABOGADO

Estudio: 48-894 — Particular: 2-584  
La Plata

**Dr. Fermin Schulze**

ABOGADO

Calle 57 N.º 727 La Plata

**Dr. Vicente Montoro**

ABOGADO

Calle 10 N.º 1326 La Plata

**Dr. Luis Reyna Almandos**

ABOGADO

Calle 54 N.º 455 La Plata

**Dr. Luis H. Sommariva**

ABOGADO

48 936. — 44 393 La Plata

**Dr. Juan José Benítez**

ABOGADO

Calle 48 N.º 840 La Plata

**Luis G. y Antonio P. Quijano**

ABOGADOS

Calle 46 N.º 536 La Plata

ESTUDIO JURIDICO DE LOS  
**Doctores Sanchez Viamonte**

Calle 11 N.º 990 T. 643 La Plata

**Dr. Emilio Natalio Gil**

ABOGADO

Calle 48 N.º 828, T. 658 La Plata

**José M. Reydó**

ESCRIBANO

Calle 55 N.º 778 La Plata

**Adrián Lascano**

ESCRIBANO

Calle 48 N.º 808 La Plata

**Julio P. Robles**

ESCRIBANO

Calle 14 N.º 741 La Plata

**Dr. Edmundo Vampa**

TUBERCULOSIS Y ESTOMAGO  
ESPECIALISTA

Horas de consultas: 14 a 16

Calle 7 N.º 1204 La Plata

**Dr. A. M. Cavazzutti**

GARGANTA, NARIZ Y OÍDOS

Calle 54 N.º 479 T. 2085, La Plata

**Dr. Emilio D. Cortelezzi**

MEDICO

Calle 60 N.º 324 La Plata

## GUIA PROFESIONAL - Bs. AIRES

**Dr Eduardo Sarmiento Laspiur**

ABOGADO

Rivadavia 814 Buenos Aires

**Fernando Márquez Miranda**

ABOGADO

Perú 71 Buenos Aires

**Alejandro Lastra**

ABOGADO

Galeria General Güemes- Dto. 316  
U. T. 6090 Avda. Buenos Aires

**Dr. Arturo González Arce**

ABOGADO

San Martín N.º 195 Bs. Aires

**Jorge Lascano**

ABOGADO

Sarmiento 517 Buenos Aires

**Dr. Carlos Alberto Acevedo**

ABOGADO

Talcahuano 1260 Buenos Aires

**Julio V. González**

ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

**Dr. Julio Noé**

ABOGADO

Cangallo 315 Buenos Aires

**Dr. Alejandro E. Shaw**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Germán E. Sempé**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Dres. Félix Martín y Herrera**

**y Mariano J. Drago**

ABOGADOS

Victoria 486 Buenos Aires

**Dr. Lizardo Molina Carranza**

ABOGADO

Rodríguez Peña 1529 Bs. Aires

**Florentino V. Sanguinetti**

ABOGADO

Lavalle 1268 Buenos Aires

**Dr. Alfredo L. Palacios**

ABOGADO

Viamonte 1533 Buenos Aires

**Dr. Alberto J. Rodríguez**

ABOGADO

Sarmiento 459 Buenos Aires

# PROA

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES

JORGE LUIS BORGES

BRANDAN CARAFFA

RICARDO GÜIRALDES

Dirección y Administración:  
AVENIDA QUINTANA 222  
BUENOS AIRES

Suscripción Anual \$ 10 m/n.

**Dr. David Lascano**

ABOGADO

Lavalle 1312 Buenos Aires  
48-716 La Plata

ESTUDIO JURIDICO  
DEL

**Dr. Gabino Salas**

Tucumán 1353, U. T. 326 Riv.  
La Plata, Calle 57-618, Tel. 2263

Representante

**Francisco Oleastro**

ABOGADO

**Gabriel Del Mazo**

ARQUITECTO

Sarmiento 1757 Buenos Aires

**Juan Carlos Lomazzi**

CONTADOR PUBLICO NACIONAL

Perú 151, Escritorio 32 Bs. Aires

**Carlos Falchi y J. J. Pippo**

ESCRIBANOS

Piedras 75 Buenos Aires

**F. Ratto y A. Pita**

ESCRIBANOS

San Martín 296 Buenos Aires

**P. Luis Boffi**

ESCRIBANO NACIONAL

Maipú 286 Buenos Aires

**Hiram Pozzo**

Escribano Nacional - Asuntos judiciales

Sarmiento 829 Buenos Aires

**Escribanía Haedo**

Av. de Mayo 651 Buenos Aires

**J. C. Freire Señorans**

Escribano del Banco Español. Anexa a la oficina funciona la sección Crédito Hipotecario e Inmuebles, que dispone de partidas hasta la suma de cien mil pesos. Sobre casas y campos. Sin comisión. :: ::

Oficinas:

Calle 48 N.º 580 T. 1102 La Plata

Perú 84. Buenos Aires

**Francisco Murcho**

MARTILLERO PUBLICO

Alsina 385 San Fernando

**Poncio, Guyot y Cía.**

CONTADORES REVISADORES

Sarmiento 829 Bs. Aires

**Dr. Eduardo C. Arce**

MÉDICO DEL HOSPITAL TEODORO ALVAREZ, SUB-DIRECTOR DEL SANATORIO RIVADAVIA, ENFERMEDADES MENTALES, INTERNAS Y NERVIOSAS, TRATAMIENTO DE LA SIFILIS

Consultas de 16 a 18

Esmeralda 785 - U. T. Ret. 2291

Buenos Aires

SAGITARIO

# SAGITARIO

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DIRIGIDA POR: CARLOS AMÉRICO AMAYA, JULIO V. GONZÁLEZ, CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE  
SECRETARIO DE REDACCIÓN: PEDRO A. VERDE TELLO

LA PLATA (R. A.) DIRECCIÓN: AVENIDA 53 N° 538  
TODA CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN Y CANJE, DIRIJASE A LA DIRECCIÓN

AÑO I	NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1925	NÚM. 4
-------	----------------------------	--------

## ÍNDICE DE ESTE NÚMERO

	Pag.
CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE . . . Ingenieros . . . . .	5
ALBERTO J. RODRÍGUEZ. . . . De Kant a Stammler . . . .	8
SAÚL TABORDA . . . . . Hans Tietze y el expresionismo	26
ARTURO ORGAZ . . . . . Pueblo y Sufragio . . . . .	30
JORGE SIMMEL . . . . . La filosofía de la aventura . .	41
FÉLIX ESTEBAN CICHERO . . . . La Novela . . . . .	57
C. TREJO LERDO DE TEJADA. . . España y la nueva vida ame- ricana. . . . .	64

## BIBLIOGRAFÍA

JOSÉ CARLOS MARÍATEGUI. . . . <i>Cuentos andinos</i> de E. López Al- bújar . . . . .	69
» <i>De la vida inkaica</i> de L. A. Vál- carce . . . . .	73
FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA. <i>El Decamerón Negro</i> de León Frobenius . . . . .	76
FRANCISCO ROMERO . . . . . <i>La Reforma epistemológica</i> de Einstein de Coriolano Albe- rini. . . . .	79
JORGE LUIS BORGES . . . . . <i>Sain Joan: A Chronicle Play</i> de Bernard Shaw. . . . .	80
M. LÓPEZ PALMERO . . . . . <i>La Ville Merveilleuse</i> de Fran- cisco Contreras . . . . .	82
HUMBERTO B. VERA. . . . . <i>Segundo libro de loco amor</i> de Bernabé de la Orga. . . . .	85
ALFREDO FERNÁNDEZ GARCÍA. <i>Tangarupá</i> (cuento) de Amorín. . . . .	88
FRANCISCO LUIS MENEGAZZI. . <i>La Ciudad de los sueños</i> de Ar- turo Capdevila . . . . .	89
FRANCISCO LUIS BERNÁNDEZ. . <i>Literaturas europeas de vanguar- dia</i> de Guillermo de Torre . . . . .	90
FRANCISCO L. BARRETO. . . . <i>Derecho Político</i> de Carlos Sán- chez Viamonte. . . . .	92

## COMENTARIOS

La interpretación del alma Keshua por Eudocio O. Ravines — Edwin Elmore.

## UNIVERSITARIAS

Reforma y enseñanza por Rodolfo A. Parfait.

## NOTICIAS

Temas de nuestra América (Los problemas de México) por Enrique González Martínez.

Liliana Vint

# SAGITARIO

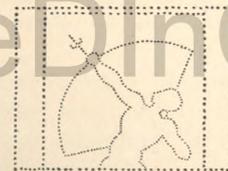
DIRECTORES

CARLOS A AMAYA

JULIO V GONZALEZ

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

CeDInCI



LA PLATA  
R. ARGENTINA  
AV 53 N°538

REVISTA DE HUMANIDADES

CeDInCI

## Ingenieros

POR

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

La Revista hace suyas estas palabras pronunciadas en el funeral cívico de Ingenieros por uno de sus directores.

LOS pocos días transcurridos desde la muerte de José Ingenieros han bastado para darle el carácter de un hecho consumado y definitivamente concluído.

Pasado ya el desconcierto inevitable de la brusca partida, hemos debido meditar, forzosamente, aquietando, hasta extinguirla por completo, la leve vibración de una protesta sin sentido explicable y sin justificación lógica.

Ahora, en vano arrullaremos el silencio y llenaremos el vacío que dejó tras sí, con la épica exaltación de su recuerdo o la conmovida evocación de su figura familiar y simpática. La efímera resonancia de nuestras palabras no realizará el milagro de la resurrección ni siquiera en este preciso instante en que José Ingenieros vive en el corazón de todos los presentes; y, de hoy en más, cubrirá su memoria el velo gris-azul de la melancolía, mortaja espiritual de los afectos.

Los hombres nos empeñamos en creer — afirmándolo con desesperada insistencia, — que los grandes espíritus no se van del todo; buscamos para ellos la inmortalidad, contenida en la obra perdurable del talento y, sin quererlo

sepultamos bajo el frondoso homenaje de las ideas, el hilo de oro sutil en cuya materia dormirá para siempre el secreto de una vida hondamente eficaz, de esas que nos colocan frente al problema del genio, jamás resuelto.

Ha sido y será siempre útil la valoración intelectual de los maestros, situados en el tiempo como jalones de una marcha ascendente que ignoramos a donde conduce, pero no debemos olvidar que la inteligencia no puede darnos el sentido íntimo de la vida aunque nos ofrezca una visión contingente de las cosas, una representación fotográfica y parcial de las personalidades, un consuelo falaz, a la vera del camino, pero que no podrá acompañarnos en el camino.

Vano es el esfuerzo metódico de la historia por clasificar en religiones, escuelas o tendencias el impulso moral que alienta en la vida de los grandes hombres. Nada podrá impedir que ese impulso se comunique y se refunda a través de los tabiques pueriles y presuntuosos del casillero, porque tiende a sumarse a través de espacio y tiempo, para engrosar la corriente imponderable, que solo nos arrastra e incorpora cuando vamos hacia ella por el viaducto inmaterial de la intuición.

Es indispensable -- y a la vez urgente -- despojar a los maestros de la apariencia intelectualista con que habitualmente los revestimos. El valor puramente instrumental del intelecto solo cobra significación cuando se pone al servicio de las fuerzas morales, que se resuelven en sentido permanente de justicia, a través del concepto variable y convencional de lo justo.

La intelectualidad es una medida para personas vulgares; no es una cualidad sino una cantidad: simple gradación de una aptitud común a todos los seres en la escala zoológica. La cualidad de los maestros, la que los unge maestros, es el carácter, entendiendo por carácter, no la solemne virtud pasiva y burguesa de la honorabilidad,

sino el coraje magistral de proclamar las «verdades peligrosas», guardadas bajo siete llaves de prudencia cobarde y acomodaticia, en el sombrío recinto de la hipocresía humana,

La vida de José Ingenieros se caracterizó por el afán incontenible y supremo de proclamar las «verdades peligrosas», esas que levantan a su paso sordos murmullos con cadencias de ladrado y ruido de mandíbulas; esas verdades aparentemente inútiles y temerarias, que encuentran siempre el castigo de los fuertes perjudicados, la ingratitude de los débiles favorecidos y la incompreensión indiferente de la mediocridad.

Por eso, le llamamos Maestro.

CeDInCI



## De Kant a Stammler

POR

ALBERTO J. RODRIGUEZ

I

### LA FILOSOFIA DEL DERECHO PRE-KANTIANA

LA historia de la filosofía moderna tiene tres momentos característicos. El primero se determina en la época en que la escolástica decae: representa la liberación del espíritu crítico oprimido por el dogmatismo de la edad media. El segundo aparece cuando al propósito de dar una visión sintética del universo y una concepción general del mundo, fundado en las ciencias naturales, se sustituye el problema del conocimiento investigando que es lo que se puede conocer y cuales son las condiciones de un conocimiento válido: importa el primado de la razón. Y el último es aquel en que reaccionando al positivismo del siglo XIX restaura el valor de la especulación filosófica: es el triunfo del idealismo.

En aquel primer momento tiene la filosofía del derecho su representante genuino en Hugo Grozio (1583-1645) que sintetiza y coordina la obra de sus precursores: Machiavello (1469-1527) Jean Bodin (1530-1597) y Alberico Gentile (1551-1611).

Machiavello siguiendo un método inductivo y la observación histórica, combate, en nombre del derecho público, el carácter político del papado. Considerando las condiciones reales de su época propone las formas para la unidad nacional de Italia, cuya grandeza política consti-

tuye su ideal. De tal propósito la frase de amargo significado: el fin justifica los medios. El derecho del Estado debe ser deducido de su propia esencia y no derivarse de las decisiones de la Iglesia. Para ello es necesario liberarse de su poder y su constitución independiente.

Juan Bodin propone la organización del Estado en base de un método racional y la indiferencia religiosa de su autoridad política. La necesidad de la tolerancia religiosa, expuesta, por otra parte, contemporáneamente a Machiavello, por Tomás Moro (1480-1535), daba así al Estado un carácter aconfesional. Como poder supremo, único e indivisible, tiene su esencia en la soberanía que comprende, en primer lugar el derecho de darse leyes, formulando conceptos seguros acerca de las relaciones fundamentales de la vida jurídica. Aporta a esta investigación su sentido sobre el origen histórico del derecho, señalándose como precursor de la que fué luego la famosa escuela de Savigny.

Alberico Gentile, *jus naturalista* en el sentido clásico, concebía como tal, un derecho inmutable fundado en la naturaleza humana pero independiente de las premisas religiosas. El mayor mérito de Gentile, que murió siendo profesor en Oxford, fué el de haberse revelado como uno de los primeros tratadistas del derecho internacional, con el fin de dar a la guerra un fundamento jurídico. <sup>(1)</sup>

En Hugo Grozio se resumen y coordinan los principios expuestos. Pero así como aquellos se preocuparon particularmente de cuestiones de orden político, Grozio dirige su investigación a los principios generales del derecho. En su

(1) Machiavello, «Discorsi su le prima Deca di Tito Livio». «Il principe». «L'arte delle guerra». Bodin «Six livres de la Republique» 1575, Paris. Gentile, «De jure belli» 1588. La obra de Tomás Moro es «De optima republica e statu deque nova insula utopia». Londra 1516. Ver Windelband, Storia della Filosofia (Trad. de Dentice di Accadia. Milano, etc., Vol. II págs. 104 y sig. Storia della Filosofia Moderne (Trad. de Aldo Oberdorfer) Firenze, Vol. I. págs. 34 y sigs. Karl Melzer, Entwicklungsgeschichte der Rechtsphilosophie, Leipzig, 1922, págs. 16 - 19.

obra «*De jure belli et pacis*» (1625) formula los problemas esenciales de la ciencia del derecho, señalando la orientación de la moderna filosofía.

Como Gentile es *jus naturalista*. Partiendo de la premisa fundamental de que el hombre es un ser social por naturaleza y destinado a una cierta forma de sociedad: la política, deduce que el derecho es lo que la recta razón demuestra de acuerdo a esa naturaleza social. Por ello inmutable y cognoscible *a priori*, válido por sí mismo e independiente de las condiciones de lugar y de tiempo. Como Bodin considera las condiciones particulares del derecho históricamente determinado, que se conoce *a posteriori* y tiene un valor relativo. Y como Machiavello, aunque sin su violencia porque la situación de Holanda era distinta a la de Italia, sostiene la independencia del derecho de la teología, afirmando que el derecho natural existiría aunque no existiera Dios. Con la condición de sociabilidad que constituye el derecho, Grozio formula su *contrato social* que representa una verdad histórica y cuya característica esencial es la inviolabilidad del pacto. De tal principio deduce, a su vez, la legitimidad del gobierno y la inviolabilidad también, de los tratados internacionales.

El carácter constructivo de tal derecho es el que predomina en toda la época *pre-kantina* a partir de la edad moderna. El contrato social es una manifestación exterior de la actividad del hombre, cuya forma diversa está determinada por el momento histórico y la condición particular de cada pueblo. El derecho es el medio técnico que tiende a satisfacer los intereses individuales y tutelar la vida y la propiedad: la recta razón es la que demuestra la conformidad o disconformidad de una cierta cosa respecto a la naturaleza social del hombre. Y como medio técnico realiza en la doctrina filosófica del derecho una ciencia perfectamente demostrable.

No difieren en ello los escritores desde Hobbes (1588-1679) Thomasio (1635-1728) y Wolff (1679-1754), de entre

los cuales aquel ocupa un lugar preponderante. Para ellos la razón es el medio de conocer el derecho y éste la condición necesaria para la posible vida en sociedad, en virtud del contrato social. De allí el principio epicúreo del atomismo social que llevó a la consideración exclusiva del individuo y de los intereses individuales. De allí también el puro eudemonismo que, en diversas formas, fundamenta la concepción del derecho de la filosofía de los siglos XVII y XVIII.

#### LA FILOSOFIA DE LA REVOLUCION

Al mismo tiempo que la teoría contractualista se desarrolla el concepto de soberanía. Ya Grozio, siguiendo a Bodin, combate la doctrina de Althusio por la cual el pueblo tenía el derecho de revocar la soberanía originaria, de tal manera que el verdadero soberano no era aquel en quien por el contrato se había delegado el poder. Los más altos representantes de esta teoría fueron Buchanan, Languet y Milton. Todos invocan razones de orden político, por lo mismo siempre precarias. Buchanan trata de justificar a los escoceses contra su reina católica, Maria Estuardo. Languet hace la defensa de la fé evangélica y Milton la del pueblo inglés, con motivo de la ejecución de Carlos I. La teoría del contrato social se interpreta conservando el poder en el pueblo de tal manera que siempre está facultado para revocar el conferido al soberano. Invocan, para ello, la ley natural, en cuya virtudes posible un pueblo sin rey pero no un rey sin pueblo, la Santa Escritura, en el pasaje del Antiguo Testamento que se refiere a la elección de Saúl por el pueblo (Lib. I de los Reyes - X - 19 - 24) y las opiniones de Cicerón y Tiberio.

La expresión más elevada de esta teoría se encuentra en Sidney (1622-1683) y especialmente en Rousseau (1712-1778). El contrato social, para Rousseau, debe tener un

contenido preciso y determinado, tendiente a encontrar una forma de asociación que defienda y proteja de la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado y por la cual cada uno se une a todos no obedeciendo más que a sí mismo, quedando tan libre como antes. El Estado tiene su origen en este contrato y porque la libertad individual es inalienable, desde que constituye la misma naturaleza humana, los derechos individuales convergen en el Estado. La ley, para Rousseau no es más que la expresión de la voluntad general, en la cual está la verdadera soberanía, inalienable, imprescriptible e indivisible, cuya sede quedaba siempre en el pueblo, que podía, por sí, revocarla en cualquier momento.

De tal manera la teoría de la revolución se venía preparando desde el Renacimiento para encontrar en Rousseau su espíritu orgánico y sistemático.

El esquema abstracto de una naturaleza humana concebida para afirmar el *estado de naturaleza*, del cual se derivaba el instinto de sociabilidad y el anhelo de la autoconservación, se transformaba, por obra de Rousseau, en principio práctico, no como hecho histórico sucedido en el acontecer del tiempo, sino como norma reguladora de la efectiva conducta de los hombres en sociedad. En tal propósito no lo guiaba la explicación de un problema genético, sino de pura especulación; no trataba de explicar el origen de la sociedad, sino de establecer la noción hipotética que aclara la naturaleza de las cosas, para llegar al principio de la igual libertad individual, en cuyo nombre se establecen los derechos primitivos.

## II

### KANT

El mismo principio individualista se encarna en la filosofía política kantiana, por que también para Kant la

sociedad está constituida por la suma de individuos sensibles en lucha con sus propios impulsos y sentimientos.

Pero Kant libera al individuo humano del elemento empírico contemplando al sujeto fuera de la realidad: como *fin en sí*. De tal manera que la libertad, que se había considerado en el estado natural, es principio y objeto, y la razón que era el medio para conocer el derecho emanante y emanado de la naturaleza del hombre, es considerada su fuente. El derecho natural es derecho racional.

De ahí se deducen los principios esenciales de la doctrina jurídica kantiana. Si para la concepción *jus naturalista* pre-kantiana el derecho fué un simple medio técnico para alcanzar el bien supremo, en Kant alcanza un valor formal, como realización exterior de la ley moral que no consiste en un simple eudemonismo, sino en la autonomía del querer.

Rechazada, la concepción eudemonista, buscó en el concepto de una voluntad pura, libre de impulsos y sentimientos, el fundamento de la ética. Parte del concepto del *deber*, el cual contiene, a su vez, el de una *buena voluntad*. Las acciones tienen valor ético cuando se cumplen en virtud del deber, no de nuestras inclinaciones. Un principio que determina la voluntad es un *mandamiento de la razón*, y su fórmula constituye un *Imperativo*. Tal imperativo ordena *hipotéticamente* cuando representa la necesidad de una acción como medio para una finalidad, y *categóricamente* cuando representa la acción por sí, independientemente de otro fin y como objetivamente necesaria. Si el móvil de la acción lleva como finalidad la satisfacción de un deseo corresponde al *ser sensible*. En cambio si la acción se cumple en virtud de la máxima que se desea que se proclame en ley universal, corresponde al *ser racional*. Tal es lo que dicta el *imperativo categórico* que contiene, además de la ley la necesidad de la máxima.

Por este camino se llega a la constitución de lo que Kant llama el reino *ideal de los fines*, en el que la moralidad

es la condición indispensable. Cada *ser racional* debe tratarse a sí mismo y tratar a los demás como fin y no como medio para poder obrar como legislador en el *reino de los fines*. Ello es posible por la libertad de su voluntad. Tal libertad se produce en cuanto se quiere el fin como efecto de la acción, de tal manera que se afirma la propia causalidad, que es el querer que emana de una voluntad libre. El derecho, arranca del seno mismo de la moral, procurándole los medios externos para su realización y tiene su fundamento en la libertad.

El derecho mantiene el reino de los fines en su unidad; la coacción se produce cuando es necesario el restablecimiento de la unidad turbada: el derecho es entonces por sí mismo coactivo. Su fin es el de moderar el arbitrio bruto, propio del ser sensible, para obtener la libertad común que es la que condiciona la libertad de cada uno. De ahí la diferencia entre la libertad y el arbitrio, en cuanto aquella se refiere a una voluntad que trasciende el mundo fenoménico y tiene la forma de la ley, en toda su pureza, para cumplir la acción y ésta cuando estando afectada por la sensibilidad no está necesariamente determinada por ella, de manera que si el arbitrio consiste en hacer lo que se quiera, la libertad es la condición moral que este arbitrio hace posible. El individuo humano, como ser sensible está determinado por un principio de causalidad y solo como ser racional puede librarse del determinismo universal. Aquel es sujeto que obra como fenómeno: las causas determinantes de sus acciones residen en algo correspondientes al tiempo pasado. Pero al propio tiempo y en virtud de la *auto-conciencia* considera su existencia como no sometida a las condiciones del tiempo, como pudiendo determinarse por las leyes de su razón, de manera que en él no hay nada anterior a la determinación de su voluntad y toda su acción, todo cambio de determinación que se suceda en su existencia como *ser sensible*, ante su *auto-conciencia* es una consecuencia de su

causalidad como *nómeno*, no como fenómeno, y nunca puede ser considerada como su causa determinante.

El pasaje de la acción propia del ser sensible a la de ser racional se produce por medio de la legalidad. Así el derecho, que como medio está preordenado a determinado fin, luego conforme a la ley ética, da los elementos necesarios para que el ser sensible conforme su acción al deber, es decir obre como ser racional. Por eso coacción y derecho quedan identificados, en cuanto derecho sin coacción no cumpliría su objeto de mantener la unidad en el reino ideal de los fines.

El derecho aparece en la organización externa de la sociedad, con el carácter de una actividad formal que toma su contenido en la sociedad de hecho que se pretende elevar al ideal presupuesto: el reino ideal de los fines. Se concibe entonces, como medio, con relación a la ley ética, en cuya virtud el ser sensible conforma su acción al deber, o en otros términos, como el complejo de condiciones deducidas de la razón por las cuales es posible que el arbitrio de los unos pueda coexistir con el arbitrio de los otros según una ley universal de libertad.

La concepción kantiana del derecho, esbozada en sus obras *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten* (1785) y *Kritik der praktische Vernunft* (1788), particularmente, es resumida en su *Metaphysische Anfangsgründe der Rechtslehre* (1797). El derecho es deber perfecto con contenido coactivo, cuya construcción habría de descansar en la ley de una coacción recíproca, necesariamente de acuerdo con la libertad de cada uno bajo el principio de la libertad general. Para ello es necesario la distinción entre arbitrio bruto y la libertad de arbitrio, ya enunciada, porque la coacción obra sobre el primero. La libertad de arbitrio es la independencia de una determinación de todo impulso sensible, lo que da el concepto negativo de la libertad, residiendo el positivo en la facultad de la razón pura de ser por sí misma práctica.

La máxima de toda acción debe estar sometida a la condición de llegar a ser ley universal, así pues la razón pura, aplicada al arbitrio, indiferentemente de su objeto, no puede más que erigir la ley suprema y la propiedad de la máxima en principio de determinación para llegar a ser ley general. Como la máxima del hombre, que deriva de causas subjetivas no concuerda con las objetivas, la razón debe prescribir la ley como imperativo que prohíbe o que manda. Estas son las leyes de la libertad que cuando se refieren a las acciones externas, se llaman jurídicas. La ciencia jurídica se dirige, pues, a la acción externa y solo en el momento en que se produce es que se percibe su legalidad o ilegalidad, independientemente del motivo. La ciencia de la moral y la del derecho se distinguen y difieren menos por la calidad de los deberes que le son propios que por la diversidad de motivos que una u otra legislación consigna en la ley.

La subjetividad de la concepción del derecho de Kant fué la misma que la del derecho natural clásico, ya que de él daba una definición deontológica prescindiendo de las condiciones de hecho de la sociedad. Porque el carácter de externa con que Kant distingue la legislación jurídica es en cuanto representa la condición *a priori* del arbitrio y obliga a realizar cierta acción conforme al *deber*, de deducción puramente racional. La idea de deber está dada por la razón; los medios por los cuales la acción se conforma al deber son igualmente deducidos de la razón y posibles por la facultad de la razón pura de ser por sí misma práctica, en virtud de su aplicación al arbitrio. De manera que tal concepción prescindía de las condiciones de tiempo y espacio para concebir de antemano un sistema de derecho válido por sí mismo. No aplicó su crítica gnoseológica a la concepción del derecho, esforzándose por derivar de las formas puras realidades empíricas. Confundidas forma y materia quedaba en pie el antagonismo del ser y del no ser y la tradicional oposición del derecho



JOSÉ INGENIEROS

natural, deducido de la razón, y del positivo obra del legislador. La evolución histórica, los contenidos de derecho históricamente determinados no contaban para nada en la formación kantiana, quedando de antemano subordinados a la definición deontológica que señalaba lo que el derecho *debe ser*, escapando a la posibilidad de determinar lo que en la realidad social se manifestaba como fenómeno de derecho para referirlo a su ideal y establecer así la relación de justicia.

A tal subjetivismo es que se opone la evolución posterior con la escuela histórica del derecho que, a su vez, destruye una de las conquistas realizadas por la filosofía del derecho, con Kant, al reducir la concepción del derecho a un mero fenómeno histórico, negando por lo tanto que su fundamento resida en la libertad humana.

CeDInCI

CeDInCI  
III  
LA ESCUELA HISTÓRICA

El proceso metodológico de la escuela histórica del derecho se resolvió, pura y simplemente, en concebir el derecho como fenómeno que se produce históricamente y, en consecuencia, en afirmar su relatividad en el tiempo y en el espacio.

La constitución orgánica y sistemática de ésta escuela se produce a raíz de la liberación de Alemania, después de las guerras napoleónicas, y ante la necesidad de unificar la legislación de los varios Estados germánicos, proclamada por Thibaut, profesor en Heidelberg. A esta obra de la codificación se opone Savigny, profesor en la misma Universidad, con su famoso opúsculo «De la vocación de nuestro siglo para la legislación y la jurisprudencia» (1814). El derecho, sostenía, vive en la práctica y en la costumbre

porque es la expresión de la conciencia jurídica popular, concepto que derivaba directamente del historicismo filosófico de Schelling y de Hegel. Cada pueblo tiene un espíritu, un alma que se refleja en una serie de manifestaciones: moral, derecho, arte, lenguaje. Así el ordenamiento jurídico, que tiene su ordenamiento supremo en la conciencia jurídica popular, es decir, en el sentimiento que cada pueblo tiene de lo justo y de lo injusto.

Para la concepción de la escuela histórica el derecho no se produce por obra del legislador sino por creación instintiva y casi inconsciente que se manifiesta en el hecho. Solo en fases posteriores permite ser elaborado, primero por el jurista, luego por el legislador que se funda en la costumbre preexistente. La ley no tiene así más que una función secundaria y es, en sí misma, contraria a la continua evolución del derecho, ya que después de un tiempo puede no corresponder al sentimiento jurídico popular. De ahí la oposición deducida al propósito de la codificación.

Como filosofía del derecho, la doctrina de la escuela histórica tiende a imponer una opinión sobre el derecho: fenómeno histórico y producto particular de cada pueblo, y trata de obtener un conocimiento de valor universal, formulando los fundamentos reales sobre el origen del derecho, base de la investigación empírica que ha de generalizarse. Su método—histórico comparativo—resulta de su propia definición y tendencia.

La escuela histórica significa una enérgica reacción al subjetivismo del derecho natural, señalando, al propio tiempo el camino de la objetivación, y en ese sentido su obra fué profícua y saludable. Pero, sistemáticamente identificó lo real con lo ideal, y así como en el sistema del derecho natural la *questio facti* se resolvía en la *questio juris*, para ella la segunda quedaba en la primera, sin atender al problema de su diferenciación, ya formulado por la filosofía kantiana.

El derecho, como producto natural, sometido a la causalidad universal quedaba, para la escuela histórica, sin un fundamento que justificara su legitimidad, por que los factores empíricos que han de determinarla obran con tal necesidad que no es posible admitir que ocurran de otro modo y menos han de permitir una consideración crítica sobre su valor. El error de tal proposición de la escuela histórica ha sido demostrado por las propias investigaciones de la misma, cuando llegada a un grado mayor de evolución pudo comprobar las relaciones de derecho correspondientes a estados superiores de cultura.

Pero del derecho natural a la escuela histórica se produce un cambio fundamental. La actitud de pasividad frente al producto de la evolución histórica, negaba la exigencia crítica de la conciencia por la cual se podía afirmar la legitimidad del derecho, lo que constituía la capital conquista de la doctrina del derecho natural. Y si daba del derecho una definición deontológica, aquella, presuponiendo su concepto, hacía de la conciencia jurídica popular un algo misterioso e infalible, dejando en blanco la medida fundamental a que es menester referirse para la valuación del derecho empírico.

#### HACIA LA NUEVA CULTURA

De la substancial divergencia entre la escuela histórica y el derecho natural parte la nueva cultura. No importa un ordenamiento ecléctico sino un proceso de crítica. No significa, tampoco, una actitud de conciliación entre esos términos opuestos: el subjetivismo del derecho natural y el proceso objetivo de la escuela histórica, sino la adecuada elaboración de lo que en el uno faltó y fué en la otra reducción exclusiva al derecho empírico.

La necesidad de someter el derecho positivo a la crítica

se evidenció en los más conspicuos representantes de la fenomenología jurídica. De entre ellos, Adolfo Merkel, señala una manera tal de considerar el derecho existente que puede dar la medida de la valuación y el modelo de la reforma, en cuanto la noción del *debe ser* es una consecuencia del juicio sobre el *ser*. El proceso es análogo al que se sigue en otras ciencias, así como la medicina, en que los hechos relativos al hombre sano y al hombre enfermo sirven de base para conocer la constitución del organismo normal. Así puede también el filósofo del derecho establecer el orden jurídico normal con la observación de los órdenes particulares e históricos. <sup>(1)</sup>

Tal propósito de filosofía científica se resolvía en la consideración de los problemas del derecho, tal como si ellos fueran los de las ciencias naturales, sin atender a que el *debe ser* está en el devenir, en lo aún no acaecido, y por lo tanto no susceptible de experimentación. El derecho experimentado es un dato que se obtiene de una realidad empíricamente dada, y solo se puede llegar a un criterio de valuación poniéndolo en relación a otro dato que no se tiene todavía, pero que es posible en cuanto se trata de acciones de sujetos racionales.

La reacción a la escuela histórica comienza con Ihering, quien formuló la nueva doctrina en una conferencia pronunciada en Viena en 1872, con el título de «La lucha por el derecho» (*Der Kampf um's Recht*). Niega que el derecho pueda nacer, como el lenguaje, de ese todo homogéneo que se manifiesta en el espíritu del pueblo, para afirmar que el derecho nace de la lucha. La conquista de cada derecho se ha producido por la fuerza: cada derecho mantiene un orden jurídico y toda modificación hiere intereses y provoca resistencias que han de ser vencidas, no por la razón, sino por la fuerza, produciéndose un nuevo orden en la misma condición que aquel que sustituyó al preexistente. El hombre

<sup>(1)</sup> Cons. A. Merkel, *Juristische Encyclopaedie*, 3ª. ed. Berlin, 1904.

no solo lucha por su propio derecho, sino que le es un deber el luchar por él, por que es la condición de su personalidad inviolable, por que en él está contenido su ideal: *Prosa in der Region des rein Sachlichen, wird das Recht in der Sphäre des Personlichen, im Kampf um's Recht zum Zweck der Behauptung der Persönlichkeit-der Kampf um's Recht ist die Poesie des Charakters.*

Ihering, atacando particularmente la teoría de la escuela histórica sobre el origen del derecho, destruye su quietismo originario, y sustituyendo la concepción romántica de la conciencia jurídica popular por el producto de las voluntades jurídicas preponderantes, colocó en el egoísmo el origen del derecho y en la fuerza, como producto final, su fundamento.

De la escuela histórica a Merkel se señala el propósito de considerar críticamente el derecho positivo. Contra Ihering se vuelve Dahn, pretendiendo sustituir el principio de la fuerza con el de la razón histórica, en cuyo nombre se hace función de la filosofía del derecho descubrir la razón en la realidad, en base de la experiencia histórica y de la comparación de los distintos derechos positivos. <sup>(1)</sup> Y si en la teoría formulada por Merkel quedaba el problema sin solución, Dahn pretende encontrarlo en el ideal jurídico relativo, que tanto podía tener de contingente como de indeterminable, pero cuya única posición posible es la que se afirma en la escuela del *derecho libre*. Solo el legislador libre está en condiciones de determinar si el derecho existente es el que corresponde al ideal jurídico de su época. Y a su vez éste ideal jurídico estaría sometido al juicio subjetivo de lo que tuviera como conforme a la razón, lo que no da medida ni cánón que pueda fundamentar, científicamente, una filosofía del derecho.

Dahn reelaboró los principios de la escuela histórica sin

<sup>(1)</sup> Cons. F. Dahn, *Die Vernunft im Recht, Grundlagen der Rechtsphilosophie*, Berlin 1879.

destruir las fundamentales objeciones de Ihering. Ihering a su vez, justificando *a priori* el orden jurídico imperante, que no por tal condición debía necesariamente ser justo, imponía el deber moral de luchar por aquellas facultades conferidas por un derecho apreciado y considerado subjetivamente, en cuenta de una opinión personal movida desde un fondo egoísta. Ni el camino del conocimiento histórico ni la indagación empírica conseguía dar un criterio seriamente científico, para un juicio sobre el derecho, menos era posible dejarlo librado a la conciencia subjetiva, ya que esos caminos no son los señalados para llegar a la apreciación de lo que es objetivamente justo.

## IV

## STAMMLER

Aquella resistencia al derecho natural, conocida con el nombre de *crisis de la filosofía del derecho*, produjo, como consecuencia, la gran laguna que se señala durante el siglo pasado. Toda especulación filosófica sobre el derecho debía detenerse ante la preocupación *jus naturalista*. Debía evitarse a todo trance el derecho natural. La filosofía del derecho quedaba bajo los métodos exclusivos de que se valía el positivismo y aún la época actual mantiene, en los juristas, la preocupación de que si el retorno al idealismo implica la restauración del derecho natural, cuando no importa el rechazo absoluto de toda filosofía para fundar en la experiencia jurídica el régimen legal.

No es de extrañar, pues, que la labor de los juristas se resolviera en la exégesis, creando cuerpos empíricos de doctrina, inspirado por necesidades accidentales e imponderables, que sufragan exigencias del momento por razones políticas más que científicas. Sin embargo, no es ajena a nuestra época cierta convicción de que no es menester,

para que una disciplina pueda valer como ciencia, servirse de métodos «exactos», tratando la psicología por los principios de la física. Esta nueva cultura es la que nace de la crítica de la escuela histórica.

La escuela histórica fué infiel a su origen. Nacida del seno del romanticismo y del idealismo se nutrió en el proceso positivista. Su abolengo le señalaba la necesidad de indagar las fuerzas singulares que condicionan derechos; en su lugar trató de coleccionar el material disperso de la fenomenología jurídica. A la concepción anti-histórica del racionalismo opuso la idea de una formación histórica del derecho, pero al propio tiempo dogmatizó la fase inferior de su desarrollo, centralizando la idea del derecho en el derecho empírico. La obra de Ihering ha testimoniado la insuficiencia de tal posición y en la de Stammler comienza el nuevo momento para la filosofía del derecho.

Desde su trabajo, «Sobre el método de la escuela histórica», publicado en 1888, toda su obra mayor y menor<sup>(1)</sup> tiende a corregir y vencer los defectos de las escuelas precedentes, partiendo de la base de que la materia de la ciencia es condicionada por la posición de su problema.

La escuela histórica buscó en el tiempo y en el espacio el derecho acaecido. Diríase que llevaba implícito el problema de su concepto. Y tal es el primero que debe abordar una filosofía del derecho asegurada por la crítica, por cuanto forma la base de toda investigación que tienda a

(1) Sus obras fundamentales son: *Wirtschaft und Recht nach der Materialistischen Geschichtsauffassung* (1896), *Die Lehre von dem Richtigen Rechte* (1902), *Theorie der Rechtswissenschaft* (1911), *Rechts und Staatstheorie der Neuzeit* (1917), *Lehrbuch der Rechtsphilosophie* (1922) y *Praktikum der Rechtsphilosophie* (1925). Su obra menor ha sido coleccionada en el libro de reciente publicación, *Rechtsphilosophische Abhandlungen und Vorträge* (Erster Band, 1925) que comprende sus trabajos desde 1888 hasta 1913. Está anunciada la próxima aparición del segundo volumen de esta obra, que comprenderá los publicados hasta el presente.

establecer su presentación y validez en el transcurso de la historia.

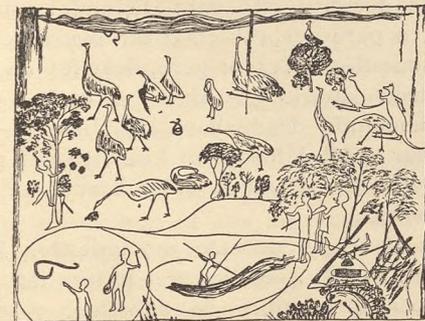
El derecho es una clase de la voluntad, una voluntad que tiende a la consecución de determinados fines, en virtud de medios de que puede servirse para su obtención. Stammler distingue entre forma y materia. Aquella es la condición de la vida social; ésta la actividad de los individuos asociados que tienden a la satisfacción de sus necesidades. El derecho como regla exterior hace parte del elemento formal de la vida social. De tal manera, el concepto del derecho no se dá con el de libertad absoluta, por que el derecho es un vínculo permanente, con fuerza autárquica e inviolable y la absoluta libertad constituye el arbitrio. El derecho es, entonces, una voluntad soberana inviolablemente condicionante.

Tal es la característica de la idea básica por la cual es posible dirigir unitariamente cada voluntad jurídica especial. Y por ello es esencial evitar la concepción que, como sumo punto directivo de la voluntad jurídica, instituye el hedonismo y preconiza el eudemonismo social. Es necesario concebir una voluntad pura, es decir, libre de fines subjetivos. En la idea de voluntad pura descansa la libertad interior que señala el camino por donde se llega al ideal social: *die Gemeinschaft Frei wollender Menschen*. La libertad puede ser arbitrariedad subjetiva y posibilidad objetiva de seguir una línea de conducta atendiendo a la relación de medio a fin, que es interna, cuando se produce en la intimidad de la conciencia, y externa cuando se manifiesta en las relaciones de la vida social. Falta la actividad que contempla el derecho. Y si la voluntad humana es una voluntad *ligada*, dirigida por el ideal social, el derecho es una voluntad *ligante*, soberana e inviolable que tiende a la realización de ese ideal.

Stammler devuelve al derecho su fundamento en la libertad, desde esa libertad interior que llama «supremo refugio» a que «se verán llevados cuántos sepan reflexionar

seriamente sobre su propia vida, cuántos logren esclarecer su hondo sentido, su significación para consigo mismo y para con sus semejantes». Si desde Kant estuvo la filosofía del derecho agobiada por visciditudes de toda índole, hoy revive a los auspicios del idealismo que, pese a los detractores de estas especulaciones, es el que alcanza a hacer comprensivo el sentido de la vida en general y el derecho a la existencia de los hombres y los pueblos.

Octubre de 1925.



## Hans Tietze y el expresionismo

POR

SAÚL TABORDA

**M**IENTRAS más se habla del expresionismo, mientras más teorías y conjeturas se proponen a su respecto, menos claro vemos en el fondo de este movimiento tan estrictamente ligado a las nuevas corrientes del arte, y menos posible parece que nos entendamos sobre su contenido esencial.

Lo peor del caso es que la contemplación de las obras que se exponen con mucha frecuencia—especialmente de aquellas que se exponen en la Sización—obliga imperativamente a acudir a los temas en procura de un poco de orden para las impresiones que se reciben.

Lo cierto parece ser que la edad contemporánea carece de arte. ¿Nos decimos esto para disimular una falta de comprensión, o para desproblematizar puerilmente lo más árduo de la cuestión? Acaso; pero, después de todo, no es infundado decir que lo que ahora se está haciendo—lo que se está haciendo desde hace tres lustros—no es otra cosa que negar escandalosamente el arte del pasado sin que en este empeño se pueda columbrar cual sea el arte que va a venirnos.

Conocemos el origen de este movimiento. Procede del impresionismo, nacido a su vez, del naturalismo. En Francia advino con el nombre de cubismo, y adquirió un

carácter racionalista; en Alemania tomó un carácter adunado a la expresión de los sentimientos íntimos y caóticos del hombre. El arte, la poesía, la concepción de la vida, todo se coloreó prontamente de impresionismo.

Esto es todo lo cierto. Y después? Toda interrogación de fondo queda hasta aquí sin respuesta a lo menos, sin una respuesta definitiva.

Hans Tietze acaba de proponerse esta terrible pregunta: «¿Esta muerto el expresionismo?» Esta terrible pregunta constituye el tema de una disertación que tuvo lugar, hace poco, en el salón de la Escuela de Artes Aplicadas, de Viena, y que despertó extraordinario interés.

Tiese que es consejero de gobierno y director de una biblioteca de arte, es también profesor ordinario en la Facultad de Filosofía vienesa, la Facultad que, a justos títulos, puede enorgullecerse de ser una de las que se ocupa más seriamente de la cuestión arte. Se trata de una autoridad inadvertida en su disciplina. Acaso sea hoy el más agudo de los críticos de Viena. Sus conferencias de aula versaron últimamente, con preferencia sobre Tiépolo y Watteau, y yo no sabré decir a cual de los dos maestros trató con más estupenda agudeza y conocimiento de causa. El Watteau pintor frívolo tocado de la banalidad de su tiempo, que nos presenta comúnmente la crítica al uso, apareció en estas conferencias con un aspecto novedoso y distinto: genio de extraordinaria tragedia interior y revolucionario de primer rango.

Motivo de más, pues, este de la autoridad del disertante para que el tema escogido cobrar mayor interés y relieve. ¿Está muerto el expresionismo?

El triunfo del expresionismo fué demasiado rápido y su desarrollo fué demasiado precipitado. Parejamente con este primer defecto, muchos de sus adiptos, llevados de inmoderado entusiasmo o anhelosos de una rápida nombradía, comprometieron la seriedad de la idea. Aconteció así lo que suele acontecer a menudo en las revoluciones.

Aparte de esto lo más peligroso para el expresionismo fué el contraste de los rasgos que está en la naturaleza de este movimiento con el fuertemente acentuado individualismo de lo sensible.

Según Tietze otra circunstancia desfavorable al expresionismo lo constituyó la propia teoría. Se puede decir con toda razón que fueron los teóricos los que, impacientes por trazar las líneas del movimiento, le dieron la muerte. Tal vez se exagere no poco con esto, pero, bien vistas las cosas hay mucho de verdad en la afirmación. El historicismo que considera todas las cosas en relación a un proceso que se cumple con precursores y sucesores solo valora una obra dentro del desarrollo de un estilo. La obra de arte no escapa nunca a semejante exigencia. Pues el historicismo es una visión predominante en los tiempos que corren, y todo lo abarca. ¿Pero cuál fué acá el resultado? Sencillamente que semejante pretensión impidió al expresionismo una madurez tranquila y sosegada.

Toda dirección, de cualquiera naturaleza que sea, tiende a buscarse una justificación en el pasado. Para todo movimiento actual hubo un precursor en los tiempos ya idos. El expresionismo buscó el suyo. Pero no hizo como el clacisismo que se remontó a la antigüedad, ni como el romanticismo que se fué a la Edad Media: el expresionismo buscó sus antecedentes, a un tiempo, en los primitivos, en los exóticos, en el arte de los pueblos de la Oceanía, en el gótico y en el barroco, y amontonó de esta suerte, en la búsqueda incesante un material jigantesco. En lugar de operar con aspectos inéditos de un arte conocido y maduro, amplió infinitamente el campo de su visión sin acuerdo a plan ni a diseño seguro y siempre sin un objeto preciso. Trajo todo el pasado para trabajar, y naturalmente el resultado inevitable de esta actitud fué una fuga del presente y un asco notorio frente a la media de la producción de estos tiempos.

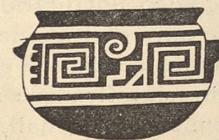
El expresionismo como estilo desaparece. Conviene

observar bien que estas palabras de Tietze dejan sin tocarlo más importante que es el expresionismo en sí mismo. Pues cuando Tietze habla de estilo emplea simplemente una simplificación conceptual ya que para él no existe un estilo sino innumerables aconteceres particulares en diferentes artistas, según se puede observar en toda la historia del arte. Pero hasta donde se puede hablar de estilo, lo cierto es que el expresionismo está en plena disolución.

¿Importa todo esto decir que es todo el expresionismo lo que desaparece? La distinción antes señalada no basta a darnos aquí una aclaración suficiente. Pero Tietze asegura que los filisteos carecen de derecho para alegrarse de la disolución del estilo expresionista, pues, así y todo, no cabe dudas de que el arte no tornará más a ser el simple copiar que informó las direcciones antiguas. Trás quince años de separación de los elementos de la forma y de la expresión estos vuelven a encontrarse. La forma clara, la ajustada pobreza, la interna sencillez son frutos logrados por los esfuerzos del cubismo. Nada vuelve. David e Ingres no tornarán nunca más. Nada vuelve. Picasso y Derain tanto como Pechstein y Nolde Reger anuncian ya un nuevo clacisismo.

¿En qué consiste, pues, la crisis actual? ¿Es esto una muerte? ¿O es más bien una metamórfosis? Tietze mismo parece inclinarse a esto último cuando afirma que en las venas del porvenir corre ya la esencia del expresionismo.

Viena, 1925.



## Pueblo y Sufragio

POR

ARTURO ORGAZ

UN atento examen del mecanismo político-representativo descubre esta realidad: una energía generadora (soberanía popular), apreciada cuantitativamente (sufragio electoral mayoritario), equivale a una minoría activa y coactiva (gobierno) que rige el ritmo y control de la soberanía misma (función directiva y reglamentaria) a título de personificación viva del sistema jurídico de orden y progreso vigente (Estado).

Como se ve, trátase de una brillante combinación ideada para fomentar esta ilusión: que el pueblo mismo gobierna, sólo que indirectamente; y que el gobierno es el pueblo mismo solo que en su expresión selecta y augusta. Quedan, pues, los gobiernos ungidos, en el sentido litúrgico, como hijos legítimos de la soberanía popular; y el pueblo queda glorificado como «deus ex machina» de la cosa pública. ¡ he aquí al pueblo satisfecho y siempre ensoberbecido con su soberanía que le permite vomitar gobiernos, más o menos infieles, y he aquí a los gobiernos felices de malbaratar y pisotear soberanías...

El principio demagógico igualitario, halló feliz instrumento en el sufragio universal y vino así la soberanía popular a ser un asunto de masa, cuantitativo. Lo que traducido ilativamente significa que allá donde está el mayor coeficiente comicial debe hallarse el mejor oriente,

la mayor garantía y capacidad de realización, la más empeñosa civilidad, en una palabra. Prescindamós, sin embargo, de la dolorosa y reiterada comiquería del pueblo reducido a pipas de vino, a libretas venales, a carne de comicio impúdico, para anotar esta visible incongruencia: el mayor número (expresión cuantitativa) resulta equivalente a la mejor posibilidad de acción gubernamental (apreciación cualitativa). Que número y cualidad relevante no son términos correlativos en política se sabe, empero, desde antiguo; Séneca supo distinguir la mejor cualidad en la menor cantidad (un senador) y la peor cualidad en la cantidad mayor (el Senado romano). Todo el que haya incursionado por el maravilloso campo de la psicología colectiva — en el estricto sentido que Ferrí le asignara hace unos cuarenta años — sabe cómo los procesos de juicio sereno y consciente y de elevada realización, esto es, cualitativos, están en razón inversa del número o cantidad de sujetos que actúan bajo un acicate ideo-emotivo (multitudes ocasionales o de partidos, sectas, milicias, etc.). Una simple suma de electores reclutada al margen de toda ideología político-social, intoxicada de vaguedades sibilinas o alimentada con odios y lugares comunes, una mayoría obtenida artificialmente, mayoría que no es un fruto del convivir social sino una fugitiva, una accidental acumulación de unidades manejadas desde fuera, podrá ser imponente para la estadística, satisfactoria para las «muñecas» electorales, decisiva para atribuir a éste o aquél la prebenda que se disputan, pero no contiene el germen de una fecunda acción gubernativa. Es, nadie puede discutirlo, una mayoría electoral pero no una fuerza consciente, no un signo de la opinión. ¡ sólo a condición de que el número traduzca aritméticamente la gravitación de un ideal social, de un estado de anhelo, de una potencia cívica que tiende a la acción y a la realización institucional, es admisible que el triunfo electoral

constituya respetable ejecutoria para quienes administran y motivo de entusiasmo cívico para los ciudadanos.

Por seductora y fecunda que se repete la atribución de la soberanía al pueblo, en realidad semejante atributo resulta ilusorio, atentas las modalidades democráticas; faltan: libertad, ideal político-social y lealtad cívica, verdaderos sillares de la voluntad y la energía populares.

En plena organización democrática, a causa de la evidente inadecuación de las bases constitucionales al desarrollo del espíritu conscientemente democrático en la masa, se ha visto alejado al pueblo de toda efectiva función política, aunque su nombre se invocara a cada paso para legitimar todo género de enormidades consumadas a sus espaldas. A tal fenómeno aludía Pellegrini en 1906 cuando sustentando la mistificación de nuestro gobierno representativo la explicaba «porque las prácticas viciosas, que han ido aumentando de día en día, han llevado a los gobiernos a constituirse en grandes electores, a sustituir al pueblo en sus derechos políticos y electorales». . . Era, como si dijéramos, el período mágico del derecho representativo: «ex nihilo» el gobernante, especie de divinidad olímpica, señalaba con medias palabras y, cuando era necesario, con implacable gesto al que había de ser elegido por los únicos votantes concebibles: los empleados y de más beneficiarios de la situación. Así como en la edad media se confunden lo público y privado, en la era de la barbarie democrática aparecen identificados «pueblo» y «gobierno», a tal punto que éste suplanta totalmente a aquél; la oligarquía viene a ser una expresión legítima de una democracia nonata.

Sin discusión, el espectáculo [electoral de hoy no es el mismo a que se ha hecho referencia. Los gobiernos ya no pueden ni se atreven a cerrar el comicio; pero siguen realizando todos los esfuerzos imaginables para falsear la voluntad popular. Eso sí: se recurre a un sistema nuevo de lucha: la lucha se ha sutilizado y como



ALBERTO J. RODRIGUEZ

ennoblecido en la forma pues se busca, con ardides legales, alcanzar ventajas políticas.

La frecuencia de las intervenciones revela que de un extraordinario remedio institucional se está haciendo una simple y grotesca estratagema partidista. Por otra parte, es sabido que los gobiernos reforman leyes políticas en previsión de situaciones posibles y, además, se legisla en materia de reformas o mejoras sociales con un claro objetivo electoral y oportunista: lo que interesa es destruir al adversario y seducir al monstruo (ahora sí que es el monstruo de las cien cabezas y las cien colas, a que aludía Voltaire) del comicio sigiloso, del «cuarto oscuro».

Para impedir la perpetuación de los gobiernos electores se ha recurrido al voto secreto y obligatorio.

Lo primero, para imposibilitar el cálculo previo con lo que el orden comicial es asunto que a todos los grupos en lucha interesa por igual; lo segundo, para constituir un nuevo hábito opuesto a la indiferencia resultante de la intromisión gubernamental que usurpaba la función electiva. Pero ¿qué es esto del voto secreto?.. Hay una manifiesta contradicción entre el supuesto que sirve de base al voto, la libertad, y su carácter no manifiesto. Porque esta necesidad del secreto significa reconocer, con toda evidencia, que en alguna parte del area política trabaja una fuerza opresora; y, en efecto, son los gobiernos que, como formas de dominación, tratan de sobrevivir, frente a una masa que aún no posee suficiente poder de conciencia para expedirse libremente. Esta es una verdad amarga, pero incontrovertible. I hay que reconocerlo: el ardid anti-gubernamental es ingenioso, pero en sí mismo el voto secreto es la expresión de una ética inferior: en todo secreto, cuando no hay algo de piedad, hay algo de hipocresía. I si ya en el orden procesal ha empezado a combatirse el secreto del sumario cómo ha de pretenderse que el secreto, malo para lo judicial, sea bueno para lo político? Es cómodo, eso sí; hace de cada elección un

oleaje sorprendente y loco; va el elector al comicio con su libertad protegida, claro está; pero esta protección sólo le sirve al hombre de bien, al consciente y pundonoroso ciudadano que seguramente no es el que constituye las formidables mayorías; en cambio, caben en el secreto, además de la rara sinceridad preciosa, la venganza, el odio, la deslealtad, la especulación, el disimulo y la cobardía. Corre parejas con el secreto del voto, que es la voluntad gestándose en la sombra, el «cuarto oscuro» que es la penumbra propicia a los alumbramientos impúdicos... Al verificar la necesidad de la no revelación del voto, a cualquiera se le ocurriría pensar que se trata de ocultar algo dañoso, peligroso o vergonzoso: se trata, por el contrario, nada menos que de la expresión de la soberanía popular!.. I la verdad es que esta soberanía ha sido y sigue siendo tan torpe que, a lo sumo, ha engendrado gobiernos que se le contraponen y le resisten como un término de la antítesis hegeliana. Se trataría de una inversión de la fábula saturnina.

No nos coloquemos, empero, en el terreno ético o lógico para resolver o contemplar una cuestión práctica como la del sufragio democrático. Entre la época de cruda mentira y la actual de disimulación se advierte un sensible progreso. El voto secreto ha realizado la tarea de arrancar el albedrío popular de manos fuertes, tenaces, ambiciosas: manos de gobernantes-caciques. Pero vota el pueblo?.. Han desaparecido los caciques?.. Demasiado se sabe que las mayorías constituyen no un producto socialmente natural, proveniente de la polarización ocasional de ideales o juicios prácticos, sino una bella manufactura lograda por el concierto del espíritu vil y rebano de los más con la actividad insidiosa, mercantil y catequística de los corifeos. La actuación de alguna fuerza electoral disciplinada y libre, en el sentido democrático, no desmiente la archisabida inidoneidad del pueblo «soberano»; la atenúa, a lo sumo, y demuestra que ese pueblo

puede ser gradualmente emancipado de su condición de recua gruñidora.

Desde antiguo viene exhibiéndose al pueblo como a una informe masa de bajas pasiones doradas por el cálculo de los políticos profesionales; alguno ha dicho que el pueblo recuerda mucho al mar traidor con su flujo y reflujo, con su horrible entraña poblada de naufragos... Hace casi tres siglos Robert Filmer, sintetizando el pensar de ilustres predecesores griegos y romanos, expuso certeros juicios al respecto en el capítulo que intituló: «Es antinatural que el pueblo gobierne o elija gobernantes», de su «Patriarcha». Aunque el ilustre «campeón del poder absoluto», como lo motejara su contendor Locke, nos resulte ahora una figura de vitrina o de sarcófago es de justicia reconocer que, si no su tesis central, más de una de sus afirmaciones antidemocráticas mantienen el carácter de oportuna crítica a la aptitud del pueblo para cumplir la tarea de selección que el comicio debiera significar, porque en el hecho se cumple una selección a la inversa. El voto secreto acabará con el vicio apuntado? No; el voto secreto es un ardid y nada más. Puede ser un mecanismo de transición pero no un deseable sistema para una democracia efectiva.

Alejado el pueblo del comicio por el temor, por la fuerza, por el desengaño o por la propia incapacidad, se hizo necesario educarlo en el deber: he ahí la justificación buscada al sufragio obligatorio. El individualismo revolucionario pretendió que el voto era consecuencia de la ejercitación de un «derecho» inalienable e imprescriptible. Pero no pasó mucho tiempo sin que alguien, Augusto Comte, emitiera en una bella frase la inevitable paradoja: «nadie tiene otro derecho que el de cumplir con su deber». La cosa pública— que es nada más que lo privado coordinado y rítmico— llegó a tornarse patrimonio exclusivo de una oligarquía, según se ha dicho. Vino, pues, la hora de que aquel desdichado derecho se transformara en un solemne

«deber». Pero, de primera intención, resultó inconciliable la condición soberana del pueblo con la obligación que se le creaba. Entonces, socorridamente, acudió el hábil teórico que superando la antítesis de «derecho» y «deber» expresó que el votar no era ni una ni otra cosa: que era simplemente una «función social», es decir, una actividad socialmente exigible por indispensable para asegurar la realidad de la vida representativa. Todos, desde entonces, hemos comprendido que el sufragio popular debe ser organizado como función social. Hemos tardado en darnos cuenta de que si se había consagrado el dogma político de la soberanía del pueblo la voluntad de éste debía ser fielmente traducida en el comicio. Ha pasado, en efecto, la era en que el mundo de la actividad se dividía en dos mitades: la una, para los derechos; la otra, para los deberes. I pasó porque los hombres se persuadieron de que nada valían los derechos teóricos ni los deberes cumplidos por la coacción. Estamos todavía lejos de realizar la función social del sufragio. Hemos visto ya lo que hay de grotesco en el voto secreto. Veamos ahora lo del voto «obligatorio».

Qué se logra con la obligatoriedad? . . . Simplemente expresar, sin decirlo, que a todos concierne la responsabilidad en la suerte de los destinos públicos. Que no se concibe, en una sana democracia, la vida ciudadana al margen de la renovación o de la organización gubernamental. Que el gobierno «debe» no solo tolerar el voto, así sea adversario, sino exigirlo. Que a la indiferencia y al abandono de otrora debe suceder la agitación cívica. Pero como no entendemos sino torcidamente las cosas, hemos aquí que de la pasividad hemos saltado al febriciente electoralismo bajo y soez.

Muy otra sería la política, y los políticos no podrían ser lo que comunmente son, si un ideal político-social nutriera, vivificara, alentara en las sedicentes formas colectivas de la opinión. Porque el pueblo que conceptualmente

es algo como indistinto y unipolarizado, se nos ofrece, en el fatigoso devenir, fraccionado y escindido, a la manera de una inasible red de acciones y reacciones. Las unanimidades populares son cada día más imposibles; son quimeras de tiranos y dictadores, como que son degradantes apariencias, propias de períodos de fuerza reaccionaria: se incuban en el terror y viven en la vileza. Esta multiplicidad podría ser promisoría si no fuera mera dependencia de especuladores más o menos bien disfrazados de parientes — en distinto grado — de la Patria . . . En buena hora que ese pueblo soberano aparezca diversificado en núcleos de amplitud y significación varia: partidos, bandos, conglomerados, más o menos meteóricos y pujantes que, a la distancia, dan la sensación saludable de la inquietud bullente de la vida. Pero no nos hagamos ilusiones: alguna vez hemos visto, desde una colina, cómo brillaba al sol algo que se nos antojó una fuente sonora y cristalina y que, ya desde muy cerca, resultó una charca infecta. Este error puede padecerse también en lo político. Distingamos, pues, entre las ululantes masas lanzadas al comicio sin clara noción de la responsabilidad y de la función que la vida democrática aparea; especie de nubes protectoras para los desordenados apetitos desperitados en caciques ambiciosos; y los partidos orgánicos, animados de una fe galvanizada por el fuego de ideales acendrados. Aquéllas son hordas electoras, materia dócil, unas veces, rebelde otras, innoble siempre, de la soberbia y la rapacidad, hechuras de la incomprensión y del caudillismo plutocrático, alimentadas con odios groseros, con mentidos fervores, con candentes necesidades. Son falanjes históricas, reclutadas y excitadas por los mangoñadores de la política trapisondera que prostituyendo las más generosas ansias colectivas, socavando las más firmes bases del orden estatal, infamando y hasta quebrando los más fecundos valores sociales, fabrican con el cohecho, el fraude, la mentira, el cinismo y la insolencia el

más horrible endriago que, por ser de matriz comicial, debe acogerse y saludarse como el más alto y bello logro de los ideales cívicos. Los segundos, en cambio, verdaderos entes dinámicos, son los únicos que logrando la relativa equivalencia entre número y fuerza expansiva de civilidad, reflejan — con imperfecciones y deficiencias de suyo excusables — un quimismo de conciencias y voluntades fecundado por noble pasión, capaz de dominar, instante por instante, la formidable y desconcertante complejidad del devenir social.

¿De qué sirven el secreto y la obligatoriedad del voto con una masa ignorante, vil, mercenaria, torpemente ilusa? . . . Tanto valdría poner en manos de un niño un instrumento de precisión que no tardaría en ser ingenuamente manoseado. Los políticos profesionales no tienen tiempo ni sinceridad ni capacidad necesarios para contemplar el asunto con la altura y la generosa amplitud, hasta diría altruísmo, que serían menester. Se han hecho programas! . . . Pero qué adefesios, qué lugares comunes, qué cobardía y qué ignorancia revelan esos programas; qué miedo a las francas posiciones ideológicas, qué sensualidad más visible, qué ramplonería más acomodaticia, sigilosa, escurridiza y ampulosa hay en esos programas! . . . No, no, eso es pura insolencia e impudicia! . . . Todavía es, por eso, la política para muchos, un arte de ascender a favor del propio vacío, de medrar a imitación de los cesoideos, de brillar como fuegos fatuos, de mistificar como los magos de feria . . . Pero ¿qué podrá decirse de la parodia representativa que no haya sido sugestivamente explotado por el incisivo talento de Max Nordau? . . . El ha exhibido, en toda su desgarrada desnudez al pueblo soberano, y en toda su inconfundible truhanería al político prepotente. Uno y otro parecen los héroes de una epopeya regresiva. Malo era que el pueblo no votara; no lo es menos, para el porvenir de la democracia, hacerle

creer que vota cuando falta lo que podríamos denominar «la materia social del voto».

Aquella «voluntad general» que tentara Rousseau erigir en baluarte de la soberanía, no se ha logrado aún por el sufragio; prescindiendo de las abstrusas y retorcidas consideraciones del gran ginebrino se descubre ya en él la todavía teórica distinción entre una expresión colectiva «que atiende sólo al interés general» (la «volonté générale») y la simple suma de intereses particulares que se conciertan en aparentes núcleos orgánicos y cívicos para emprender el asalto a la «res publicae».

Cabe esperar horas más típicas y brillantes, más lúcidas y sinceras para la democracia representativa? Rousseau nos sale al paso: «De tomar — dice — el término democracia en su acepción rigurosa jamás ha existido verdadera democracia ni existirá nunca.» Por fortuna, nada debe tomarse rigurosamente sino las cantidades matemáticas, abstracciones de la realidad y las elaboraciones lógicas, pretendidas anticipaciones o abstracciones de la realidad. Mas cuando se dice que la democracia — según la clásica fórmula cuantitativa — es el gobierno de «todos», no podría entenderse, ni aun en el seno de las democracias directas, que sea de todos «a la vez», como cuando en una asamblea se llama debate general a la controversia en que todos se empeñan aunque los asambleístas no hablen «a la vez». El gobierno de todos, de hecho, es y ha sido siempre imposible. La democracia representativa, se sabe demasiado, está fundada en tres supuestos indispensables: imposibilidad de que todos, a la vez, pongan mano en la cosa pública; necesidad de una selección gubernativa y capacidad popular para realizar soberanamente esa selección. Este último supuesto es gratuito en mucha parte. Es verdad: el sufragio ha pasado por la fase totalmente negativa (gobiernos electores), por la fase, pseudo-consciente (partidos de estructura inorgánica, ocasional, sin conocida

ideología) y, por una parte, se ha establecido el secreto y la obligatoriedad del voto, y por otra, se ha introducido en el criterio mayoritario el utilitarista o totalista (representación de las minorías). Pero se progresa sólo formalmente: falta hacer del pueblo una energía autónoma y del sufragio un dinamómetro de la expansión o madurez de los ideales, anhelos y necesidades colectivos. Todavía estamos lejos de esa posibilidad. Pueden dormir tranquilos, digerir sin sobresaltos, vivir en plenitud, holgar parasitariamente, los felices prestidigitadores, malabaristas, cuerdistas, transformistas y «tonys» de la farándula política. El pueblo duerme, sobresaltado, pero duerme como un niño que soñara con un bello y perfeccionado muñeco mientras abraza contra el débil pecho un sucio y ridículo monigote...

Córdoba.

CeDInCI



## La filosofía de la aventura

POR

JORGE SIMMEL

CADA cosa que nosotros hacemos o que sentimos adquiere un doble significado: tiene tanta amplitud y profundidad, contiene tanto de alegría y de sufrimiento, cuanto puede darnos por el hecho de ser vida de una manera inmediata; y al mismo tiempo forma parte del conjunto de nuestra vida. No es solo un todo delimitado en sí mismo, sino también parte de un organismo. Según se le considere desde uno u otro punto de vista, lo que encierra cada vida, es decir su contenido, puede presentarse bajo una configuración completamente distinta. Acontecimientos que por su significado, tal cual reside en ellos, podrían ser muy semejantes, son, si se les considera en relación con el conjunto de la vida, absolutamente divergentes; y por otra parte esos acontecimientos que no serían en manera alguna comparables por su significado propio, pueden desempeñar papeles casi idénticos como elementos constitutivos del conjunto de nuestra vida. Cuando de dos cosas vividas, cuyos contenidos dados no ofrecen casi diferencia, una se siente como si fuese una «aventura» en tanto que la otra no lo es, es en su diferente relación frente a la vida donde hay que buscar esta causa.

La forma más general de la aventura es aquella que toma por el hecho de aislarse en cierto modo del conjunto

de la vida. Entendemos por este conjunto el resultado de la participación de los hechos que encierra la vida—tan irreconciliables y opuestos como sean—a un proceso de vida única que circularía, por así decir, a través de ellos. Nosotros llamamos aventura a lo que se «opone» al entrelazamiento de los eslabones de la vida, a ese sentimiento de que a pesar de todas las corrientes contrarias, de todos los recodos, de todos los obstáculos, existe sin embargo una corriente que continúa su curso a través de todo.

La aventura constituye, sí, una parte de nuestra existencia a la cual otras partes vendrán a yuxtaponerse ya sea antes o después de ella, pero sin embargo ella se desarrolla, por su sentido más profundo, fuera de la continuidad general de la vida. Con todo, ella difiere aún de aquello que en nuestra vida se debe puramente a la casualidad, de todo lo que es extraño a nuestra vida y que solo roza la epidermis. En tanto que se aísla del conjunto de la vida, se reintegra a ella, por decirlo así, por medio del mismo desplazamiento; siendo un cuerpo extraño a nuestra existencia está sin embargo ligado a su centro, de una manera cualquiera.

De un modo mucho más resaltante de lo que acostumbramos a decirlo de los demás hechos de nuestra vida, la aventura tiene un comienzo y un fin. En lo que se refiere a los acontecimientos del día o del año, vemos en general que uno de ellos termina en tanto que, o porqué, otro comienza; se delimitan uno por otro, y es así como se forma o se expresa la unidad del conjunto de la vida. La aventura, al contrario, es, como tal, independiente de un antes y un después, y sin ningún miramiento por uno u otro de estos factores determina sus límites. Allí donde se declina la participación en la continuidad de la vida, o mejor, allí donde no se hace propiamente dicho, necesario declinar esa participación, porque hay a primera vista una sensación de extrañeza, de despego, de aislamiento, decimos que nos acontece una aventura. Le falta

a ésta esos fenómenos de endosmósis y de exosmósis con las partes que en la vida son sus vecinas, y por medio de las cuales la vida adquiere unidad. Esta delimitación que hace que la aventura se destaque del curso total de una existencia, no es mecánica, es al contrario orgánica: así como un organismo no determina su forma en el espacio por el hecho de que haya obstáculos que de todos lados los compriman sino porque el impulso de su vida le da por dentro una forma, así la aventura no está terminada porque alguna otra cosa comience, sino porque el tiempo que ocupa, su límite radical, corresponden a una determinación de su sentido interno. Es en esto en lo que reside en primer lugar la relación profunda que existe entre el aventurero y el artista, y lo que explica, tal vez, igualmente, la atracción que el artista siente por la aventura, porque es bien la esencia de la obra de arte eso de recortar un pedazo de las series infinitamente continuadas del mundo y de la vida, librarlo de los conjuntos que forma que se basta a sí misma y que está mantenida como por un centro interior. Cuando una parte de la existencia, tejida como todas en la continuidad de la misma, es percibida como si formara una unidad replegada sobre sí, la forma común a la obra de arte y a la aventura, queda creada.

El hecho de que un conocimiento aislado y debido a la casualidad pueda implicar un significado y una necesidad, determina la noción de la aventura, en su oposición con todas las circunstancias de la vida que el destino coloca en su periferie. Un acontecimiento no es una aventura sino a condición de poder ser definido por esta doble determinación: se precisa primero que posea un sentido característico cuya realización esté encerrada entre un comienzo y un fin, y luego, se precisa que a pesar de toda su contingencia, a pesar de la circunstancia de estar excluido de la continuidad de la vida, forme parte integral en la naturaleza y de la determinación del individuo que

vive esa vida, y todo esto en virtud de una necesidad secreta cuyo sentido sobrepasa en mucho al de las series más racionales de la vida. Aquí es donde puede verse la relación que hay entre el aventurero y el jugador. Es cierto que el jugador está expuesto a todas las vicisitudes del azar, pero lo está por el hecho de que él cuenta con los favores de la fortuna, de que él considera como posible la vida condicionada por el azar, más aún: por el hecho de vivir esa vida el azar adquiere para él una racionalidad velada. La superstición, que es típica en el jugador, no es otra cosa sinó la manifestación palpable y por consiguiente pueril de ese esquema que penetra y envuelve toda su vida: hay en el azar un sentido, un significado, que implica una necesidad de cualquier manera que sea, aún cuando esta no surja de la lógica racional. Abandonándose a superstición por medio de la cual él trata, merced a signos y medios cabalísticos, de atraer el azar en su sistema final, el jugador rompe el encanto que lo aislaba y lo hacía inaccesible, busca en él una sumisión a un orden de cosas regido por leyes que no por ser fantásticas dejan de ser tales. Y es así como el aventurero permite que el azar, que se encuentra fuera de una serie vital, sea sin embargo englobado en cierto modo por el sentido que determina una serie. Llega así a un nuevo sentimiento de vida caracterizado por la excentricidad de la aventura, sentimiento éste que establece en su vida una necesidad nueva e importante, precisamente por la distancia que existe entre lo que se debe al azar y viene del exterior y el eje que mantiene y da una orientación a su existencia. Hay en nosotros un conflicto inconciliable entre el azar y la necesidad, entre la probabilidad fragmentaria que viene del exterior y el sentido global de una vida que se desarrolla en el interior. Por eso las grandes formas con las cuales revestimos lo que la vida contiene, son las síntesis, los antagonismos o las transacciones de estos dos aspectos fundamentales. La aventura es una de estas formas. Cuando

el aventurero de profesión hace de la ausencia de todo sistema en su vida, un sistema, cuando trata de probar que acontecimientos exteriores debidos a la pura casualidad forman parte sin embargo de su necesidad interior, no hace, al fin y al cabo, sinó evidente de un modo, por decir así, macroscópico la forma esencial de toda «aventura», comprendiendo también la del individuo que no es un aventurero. Pues, con el término aventura, nos interesa siempre designar un acontecimiento que se encuentra, lo mismo, más allá del hecho puramente brutal cuyo sentido sigue siéndonos exterior, como lo está de la serie vital y continúa en la cual cada eslabón contribuye a dar al que lo sigue un sentido global.

Sucede también a veces, que lo expuesto, adquiere un significado mucho más profundo todavía. Aún cuando la aventura parece descansar sobre divergencias que se manifiestan en el seno mismo de la vida, puede suceder que la vida, en su conjunto, aparezca como una aventura. Para esto no es necesario ser aventurero ni haber vivido muchas aventuras particulares. Aquel que tiene esta actitud especial ante la vida debe sentir que ésta, en su conjunto, está dominada por una unidad superior que se eleva por encima de la totalidad inmediata de la vida, como ella, a su vez, se eleva por sobre los episodios particulares, que constituyen nuestras aventuras cotidianas. Puede ser que nosotros estemos sometidos a un orden metafísico, puede ser que nuestra alma viva una existencia trascendente y que nuestra vida consciente sobre la tierra solo sea un pedazo desprendido del conjunto inexpresable de una existencia que se realiza más arriba de ella. El mito de la transmigración de las almas es tal vez una tentativa informe para expresar el carácter segmentario de cada vida dada. Para aquel que siente a través de la vida real una existencia secreta y espiritual del alma, para quien el alma no está ligada a las realidades sinó en una lejanía, por decir así, borrada, la vida en su totalidad dada y limitada ha de

aparecer—en oposición a ese destino trascendente y continuo en sí—como una aventura. Ciertas disposiciones religiosas del alma parecen llevar a ese resultado. Cuando avaluamos nuestra carrera sobre la tierra tan solo como un tiempo de prueba que precede la realización de destinos eternos, cuando solo la consideramos como una estada pasajera y no como una patria, es evidente que no es ésto sinó una de las maneras de colorear ese sentimiento general según el cual la vida se siente como si fuese una aventura. Por ese medio caracterizamos la vida como el conjunto de los síntomas de la aventura: la aventura está situada fuera del sentido especial y del curso constante de la existencia, y sin embargo le está ligada por un destino y una simbólica secreta; es un azar fragmentario, y sin embargo es una cosa acabada en sí misma, tal como una obra de arte. Reúne todas las pasiones, como lo haría un sueño, y sin embargo está destinada como éste a ser olvidada; hace como el juego oposición a lo serio, y como el «Pongo» del jugador, se resuelve en una alternativa entre la ganancia mas elevada o la destrucción completa.

La síntesis de las grandes categorías de la vida, entre cuyas formas particulares está la aventura, se cumple también entre la actividad y la pasividad, entre lo que conquistamos y lo que se nos brinda. Es cierto que la síntesis de la aventura hace resaltar el contraste de estos elementos de una manera sumamente sensible. Por un lado la aventura nos hace tomar posesión del mundo por medio de un acto de violencia. Y esto es evidente si se opone a ello la manera como adquirimos los dones del mundo por medio del trabajo. El trabajo tiene, como si dijéramos, una relación orgánica con el mundo, y desarrolla los materiales y las fuerzas del mismo de manera de orientarlos continuamente hacia fines más humanos, en tanto que en la aventura tenemos una relación inorgánica con el mundo. La aventura tiene el porte conquistador, el

gesto rápido del que se apodera al azar y se fía a la suerte, sin investigar si lo que él desprende así del mundo podría estar en proporción consigo mismo, con el mundo, o más aún con la relación que existe entre el mundo y él. Pero, por otro lado, la aventura nos entrega sin embargo, al mundo de manera más completa y menos reservada que lo que lo hace cualquier otra de nuestras relaciones, pues estas últimas están ligadas a la totalidad de nuestra vida mundial por mayor número de puétes y por eso estamos mejor garantidos contra los choques y los peligros que pueden incumbirnos. Estamos por decirlo así, mejor preparados para desviarlos o adaptarnos a ellos. La actividad y la pasividad en el entrelazamiento de las cuales se desliza nuestra vida alcanzan aquí su polaridad extrema: por una parte todo depende de la fuerza y la presencia de espíritu individual, por otras nos abandonamos totalmente a las fuerzas y a los albores de la vida, los cuales pueden en un mismo instante favorecernos o destruirnos de arriba abajo. La unidad por medio de la cual reunimos, en cada momento de nuestra vida, nuestra actividad y nuestra pasividad frente a la vida, alcanza la mayor tensión de sus elementos; es como si éstos no formasen más que los dos aspectos de una sola y misma vida que los une por una fuerza secreta. Y por habernos hecho sentir eso tan profundamente, la aventura, ejerce sobre nosotros el más poderoso de sus encantos.

Viendo así en la aventura el punto de intersección del momento de seguridad y del momento de inseguridad de la vida, no nos limitamos a ver la misma relación bajo otro ángulo. La certeza que tenemos del resultado de una acción, da a esta acción un colorido particular. Si, al contrario, no estamos seguros de llegar al fin de nuestro propósito, si somos concientes de la incertidumbre del éxito, esto no solo disminuye la intensidad de nuestro sentimiento de seguridad, sinó que también nuestra actitud en la práctica viene a ser determinada interior y exteriormente

de un modo muy especial. El aventurero se conduce frente a lo que es irracional en la vida como ordinariamente nos conducimos nosotros frente a lo que es calculable de antemano. Cuando un enmarañamiento con los elementos inciertos del destino hace dudoso el éxito de nuestra acción, acostumbamos a poner freno a nuestro impulso, a prepararnos retiradas, a no adelantar sino paso a paso, tanteando. En la aventura procedemos totalmente a la inversa: precisamente sobre los caprichos de la suerte, sobre el azar, y sobre un mas o menos es en lo que arriesgamos todo. Quemamos los puentes a nuestras espaldas, caminamos deliberadamente sobre las nubes, como si ellas debieran llevarnos sean cual fueren las circunstancias. Hé ahí el «fatalismo» típico del aventurero. Aún cuando las sombras del destino no sean para él mas transparentes que para los demás, él se conduce como si lo fueran. En su temeridad típica, desprecia las seguridades reales o posibles y se construye para justificarse una seguridad, una confianza en su éxito, que generalmente solo acompañan la previsión de acontecimientos que se perfilan netamente y que pueden medirse de antemano. El aventurero, que cree en la certeza de un acontecimiento aún cuando no pueda contar sobre él, de antemano, expresa de este modo de una manera subjetiva la convicción fatalista, de que nuestro destino, que no conocemos, no es por eso menos seguro; y por eso los actos de un aventurero, revisten a los ojos de un hombre normal un carácter de locura, porque, para ser considerados como cuerdos, supondrían un conocimiento de cosas que escapan al saber. Es cierto que el aventurero confía en cierto modo en su propia fuerza pero cree ante todo en su buena estrella, y en suma, se abandona a esos dos sentimientos fundidos en una unidad singularmente poco diferenciada. Si es esencia del genio el estar en relación inmediata con las unidades secretas que la experiencia y la función analítica de la inteligencia desagregan en fenómenos totalmente aislados, el aventurero

de genio, se encuentra, como por un instinto místico, viviendo en un estado de cosas en el cual la suerte del mundo y la suerte individual no estarían, por decir así, aún diferenciadas, y por eso el aventurero está propenso a tener un rasgo de «genialidad». Es esta estrella particular, la que hace que él dé como base a su acción, todo lo que hay de más incierto e incalculable de antemano,—así como otro cualquiera solo lo hace con aquello que se puede calcular de antemano—es esta estrella lo que hace comprender esa «seguridad de sonámbulo» con que el aventurero conduce su vida, seguridad que permanece inquebrantable ante todo desmentido de los hechos y que prueba por ese medio hasta qué punto esa estrella entronca en el «a priori» de su vida.

Si la aventura es una forma que puede realizarse por medio de una infinidad de contenidos de la vida, estas determinaciones, hacen, comprender sin embargo, que hay un contenido que tiende ante todo a revestir esa forma: es el contenido erótico,—y esto es tan notorio, que en el lenguaje corriente de la palabra aventura implica forzosamente casi, un significado amoroso.

En primer lugar es fácil ver que el amor reúne en sí los dos elementos que hemos encontrado reunidos igualmente en la aventura, a saber: por una parte la fuerza conquistadora, por otra una gracia, un favor que no se puede forzar. Es tan solo en el hombre, tal vez, donde podría encontrarse cierta equivalencia de estas dos direcciones, las cuales, por otra parte solo en él se encuentran diferenciadas de manera muy clara. La prueba estaría en el hecho de que la relación amorosa, es en regla general una «aventura» para el hombre solamente, en tanto que para la mujer aparece ordinariamente, bajo otros aspectos.

La actividad de la mujer en la novela de amor está penetrada de una manera típica por la pasividad, que le ha tocado en suerte, ya sea por la historia o por la naturaleza; por otra parte su manera de recibir la dicha es un

don inmediato de sí misma. En la mujer estos dos polos psíquicos se encuentran más cercanos. En el hombre la tensión es mucho mayor y por eso el choque de esos dos elementos dá a su amor un sello de aventura mucho más marcado. El hecho de que el hombre es quien pide, quien ataca, y a menudo quien arranca impetuosamente, impide la mayor parte del tiempo ver en cada acontecimiento amoroso tal cual se presenta de ordinario, el factor importante del destino, la dependencia de una fuerza sobre la cual no se puede contar y que escapa a toda sujeción. Y al decir esto no me refiero solamente a la dependencia del asentimiento del otro, sino a algo más profundo. Ciertamente toda reciprocidad de amor es un don que no puede ser alcanzado, sea cual fuere la intensidad del amor, pues el amor se sustrae a toda exigencia, a toda igualdad en el reparto, es por principio dependiente de una categoría bien distinta de la que forma la idea de la compensación mútua. Pero más allá de lo que recibimos del otro como un don siempre espontáneo, hay en toda fortuna de amor un factor más profundo y por decir así, impersonal, hay un favor del destino. No es solamente el hecho de que recibimos este amor del ser amado, es el hecho de que recibirlo de su parte, es un don de esas potencias sobre las cuales el hombre no puede contar. En el acontecimiento más glorioso, en el más positivo que se desarrolle en ese campo, hay algo que debemos aceptar con toda humildad. Es el hecho de que la fuerza que por sí misma alcanza éxito, y que da a toda conquista un tono de triunfo y de victoria, el hecho de que esta fuerza se alíe al favor de la suerte, prepara en cierto modo la estrella propicia que caracteriza la aventura.

La relación que hay entre el contenido erótico y esta forma de vida general que es la aventura, tiene su raíz en capas más profundas. La aventura se encuentra, por decirlo así, aislada del conjunto de la vida, apartada de ella; su comienzo y su fin no están ligados por lazo

alguno al curso continuo de la existencia, ella contempla esta corriente como si pudiese prescindir de ella, y sin embargo está siempre en armonía con los instintos más secretos y con una última intención de la vida, distinguiéndose por eso del episodio que se debe puramente a la casualidad. Cuando el amor es tan solo efímero, consiste precisamente en este entrelazamiento de carácter puramente tangencial y sin embargo central. Podría suceder que solo produjera un resplandor momentáneo en nuestra vida, como un rayo de luz, que pasando apresuradamente fuera, alumbra el interior de una habitación; sin embargo éste amor satisface una necesidad, o mejor dicho solo es posible merced a una necesidad,—que se llama física, psíquica o metafísica—que reside en la base o en el centro de nuestro ser y que está ligado al acontecimiento fugitivo, como esa claridad pasajera y debida a la casualidad está ligada a nuestra nostalgia de luz.

Semejantes analogías y similitudes de formación en el amor y la aventura implican forzosamente que la aventura no cuadra con el estilo de vida de la vejez. La aventura según su propia naturaleza y el encanto que le es específico, es una forma que debe ser «vívida». La realización de un contenido propio de una aventura no constituye aún una aventura. El hecho de haber corrido un peligro de muerte, o el de haber conquistado una mujer para una dicha efímera, el hecho de que factores desconocidos, que han sido puestos en juego, hayan traído una ganancia sorprendente o una pérdida inesperada, el hecho de introducirse bajo un disfraz físico o psíquico en esferas de la vida, de las cuales se vuelve a su esfera habitual, como si volviese de un país extranjero, todo eso, necesariamente, no constituye aún una aventura, y sólo será tal, por medio de una cierta tensión del sentimiento vital en la realización de semejantes contenidos. Solo cuando una corriente va y viene entre las probabilidades extrínsecas a la vida, las cuales resultan arrastradas por la fuente

central de fuerza vital, solo cuando esa coloración, esa temperatura, esa cadencia especial del proceso de la vida constituyen lo que hay de más característico, lo que en cierto modo domina el contenido de un acontecimiento, solo entonces el hecho vivido se convierte, propiamente hablando, en aventura. Luego esta idea de acentuación, es estraña a la vejez. La juventud, es en general, la única que sabe de tal preponderancia en el proceso de vida sobre los contenidos de vida, mientras que para la vejez, en quien ese proceso comienza a aflojar y a cristalizarse, son los contenidos los que prevalecen, los que persisten en cierto modo de una manera intemporal e indiferente, frente a la pasión y al ritmo que los anima cuando se realizan. En la vejez, pueden presentarse dos casos: o bien el anciano vive replogado sobre sí mismo y habiéndose despegado de él los intereses periféricos, ya no tienen punto de contacto con el centro de su vida ni con las necesidades que la gobiernan; o bien el centro de su vida se atrofia, se desparra, los pedazos de su vida se aíslan, su existencia solo le sirve para acentuar lo que es tan solo puramente exterior o accidental. En ninguno de los dos casos es posible la relación que une el destino exterior a las fuentes de vida interior—relación propia como para engendrar la aventura;—en ninguno de los dos casos hay esa sensación del contraste, inherente a la aventura, y que proviene del hecho de que toda la fuerza y toda la intensidad de la vida corren a chorros en una acción que está sin embargo completamente aislada del conjunto de la vida. Este desplazamiento en la acentuación hace desaparecer toda la presuposición dinámica de la aventura. Lo que forma la atmósfera de la aventura, es justamente el hecho de que al imponerse de una manera absoluta, el proceso de la vida se acelera hasta el punto de borrar el pasado y el futuro, y concentra así la vida con una intensidad tal que el contenido ya vivido se vuelve relativamente indiferente. Lo mismo que para el verdadero jugador, no es la ganancia

de una suma cualquiera de dinero el motivo decisivo de su pasión pero sí, el juego mismo, la violencia del sentimiento constantemente balanceado entre la fortuna y la desesperación, la proximidad casi palpable de potencias demoníacas que decidirán por una o por otra, así el encanto de la aventura reside casi siempre en la intensidad de la tensión con que ella nos hace sentir la vida. Es eso precisamente lo que forma ese lazo que une la juventud y la aventura. Aquello que se llama la objetividad de la juventud, es simplemente el hecho de que los materiales de la vida, dentro de su significado objetivo, ceden en importancia al proceso que los arrastra, a la vida misma. La vejez es «objetiva», ella hace con los contenidos, que la vida ha abandonado y dejado subsistir en un estado en cierto modo intemporal, una nueva formación; vive en la contemplación, en la objetividad de las consideraciones, y librada de la inquietud que da a la vida el carácter de presente. Todo eso, hace que la aventura sea estraña a la vejez, hace del anciano aventurero un ser antipático, casi una caricatura, y no sería difícil explicar toda la naturaleza de la aventura, probando que ella es la forma de vida que por excelencia, menos conviene a la vejez. Todas estas determinaciones y situaciones de la vida que son estrañas a la forma de la aventura, y que hasta le son hostiles, no impiden, observadas desde un punto de vista mas general, que la aventura aparezca, en la práctica, mezclada a toda existencia humana, fuere cual fuere: ella interviene por todas partes como elemento, pero en la mayoría de los casos, está repartida en proporciones tan mínimas, que no se le puede percibir de una manera microscópica, y que desaparece bajo otros elementos. Independientemente de esta representación que se eleva hasta una metafísica de la vida según la cual nuestra existencia sobre la tierra sería en su totalidad y en su unidad una aventura, todo acontecimiento que forma parte del dominio de lo concreto y de lo psicológico reviste ciertos caracteres que hacen que se

encuentren dentro de cierta medida, en el «umbral» de la aventura. Es ante todo la separación de un acontecimiento del conjunto de la vida, lo que le dá ese carácter. En realidad, el hecho de pertenecer a esa totalidad no expresa en manera alguna el significado adecuado de cada una de las partes que la constituyen. Aún en los casos en que una de las partes de la vida está íntimamente ligada al todo, aún allí donde parece—cual una palabra no acentuada en el curso de una frase—enteramente absorbida por la vida que se desliza, un sentido más agudo podría reconocer fácilmente en esta parte de la vida un valor propio; ésta se opondría—con un significado centralizado en sí misma—a esa existencia total, a la cual parece por otra parte, como si dejáramos, indisolublemente ligada. Visto desde el centro de la personalidad, cada acontecimiento parece ser tanto una necesidad que se ha desarrollado en la unidad misma de la historia del Yo, como un accidente extraño a ésta, un accidente cuyo significado profundo escapa a toda comprensión, como si residiese, en alguna parte, en el vacío. Así es como cada acontecimiento está acompañado por una sombra de lo que, bajo una forma clara y condensada, constituye la aventura, sombra que con extrañeza, vemos surgir a menudo.

Lo mismo sucede con la relación que existe entre lo accidental y lo que está conforme con el sentido racional de la vida. Desde la empresa mas asegurada y mas burguesa, hasta la aventura más irracional, hay una serie continua de manifestaciones de la vida dentro de las cuales lo comprensible y lo incomprensible, lo merecido y lo otorgado, lo que puede ser calculado de antemano y lo que se debe a la casualidad se mezclan en una infinita variedad de proporciones. Y marcando la aventura uno de los extremos de esa serie, el otro participa por eso mismo de ese carácter. Nuestra existencia se compone de momentos determinados cada uno, a la vez, por el efecto de nuestra fuerza y por un abandono en las fuerzas y en las cosas

impenetrables y por ese lado nos volvemos todos aventureros. En la misma esfera en que nos colocan nuestros fines y nuestros medios, en el campo de nuestra actividad y los deberes que comporta, no podríamos vivir un solo día, si no diésemos un valor absoluto a las probabilidades cuyos efectos en el porvenir no pueden ser calculados, si no creyésemos que nuestra fuerza es capaz de efectuar por sí sola lo que sin embargo solo puede realizar con el concurso incierto de las potencias del destino.

Los contenidos de nuestra vida son constantemente asidos por formar nuevas que se entrelazan y que hacen nacer así un todo: formación artística, concepción religiosa, valuación moral, reciprocidad del sujeto y del objeto. Podría ser que si se considerase el ancho de ese gran río de vida en cualquier lugar de su curso, no hubiese en él una sola de esas formaciones y aún muchas otras, que no diese por lo menos una gota de sus ondas. Pero es tan solo ahí donde esas formaciones abandonan el estado fragmentario y mixto bajo el cual las hace aparecer el curso ordinario de la vida; es tan solo cuando llegan a dominar los contenidos de la vida, que ellas se convierten en las formaciones puras a las cuales la lengua da un nombre. Tan pronto como la tendencia religiosa a creado por sí misma a Dios, ella se convierte en «religión»; tan pronto como la forma estética se torna indiferente a su contenido y se sirve de el nada más que para realizar una vida que se preocupa solo de sí misma, ella se transforma en «arte»; tan pronto como el deber moral, se cumple solo por el hecho de ser un deber independientemente del cambio de sus contenidos, aún cuando estos hayan en su origen determinado la voluntad, se llama «moral». Lo mismo pasa con la aventura. Nosotros somos los aventureros de la tierra. Nuestra vida está atravesada a cada instante por las tensiones que constituyen la aventura. Solo cuando esas tensiones se han vuelto tan intensas que llegan a dominar los materiales sobre los cuales ellas

influyen, solo entonces y nada más se puede hablar de «aventura», pues ésta no consiste en los materiales que ella dá o que quita, en las alegrías o sufrimientos que ella procura,—desde que todo esto es accesible igualmente en otras formas de vida;—ella se caracteriza ante todo por el radicalismo por el cual se manifiesta como siendo una tensión característica de la vida. Por la intensidad de estas tensiones el acontecimiento común se convierte en una aventura. Esta no es, propiamente hablando sinó un trozo de vida entre otros trozos, pero ella pertenece a esas formas, que tienen más allá de su simple participación en la vida y de la contingencia de sus contenidos, la fuerza secreta de hacer sentir por un instante, como acumuladas en ellas, la suma entera de la vida.

CeDInCI



## La Novela

POR

FELIX ESTEBAN CICHERO

LOS enemigos de la literatura novelesca se han propuesto, a lo que parece, demostrar a su público que la novela tiende a desaparecer y que se trata de un arte inferior. De España viene la primera de las versiones y de Francia la segunda. Pero ocurre que son apreciaciones individuales.

Ultimamente ha escrito Azorín que a José Ortega y Gasset le ha parecido posible anunciar la caída de este género literario juzgando el todo por el detalle: Pío Baroja, aunque no participamos de la opinión de que Baroja no es un novelista. Creemos lo contrario, precisamente, y nos parece que Baroja no sólo es un novelista, sino hasta muy novelesco; admitiendo, desde luego, que escribe a veces malas novelas con ser admirable creador de ellas. Y hemos leído, además, esta frase: «Consideremos la evolución de la novela y veremos que es a la vez un género degenerado y advenedizo». ¿Por qué? Paul Souday agrega: «Es advenediza, puesto que no existía, o existía apenas, en los grandes siglos literarios». La afirmación de Souday no nos preocupa, con haber sido pronunciada hace unos días apenas. Es verdad que la novela no tiene su tronco en Grecia, como la tragedia, pero la afirmación no posee importancia. La novela puede considerarse, si lo desea Souday, un producto

de la democracia, pero no olvide el reputado crítico francés que la grandeza de su hermoso país descansa en la República. Además, la novela está en su hora, causa también que presenta a Ortega y Gasset equivocado. Más exacto sería decir que la novela se afirma en el siglo actual después de su ruidosa presentación en el año 30 del siglo XIX.

Desde que se conoce la novela sábase una cosa cierta de ella: que nada la rige y que obedece a razones tan naturales que no ha sido posible reglar su construcción ni darla sitio de estabilidad en determinada sociedad. La novela, ¿qué es, pués? Quizás nos sea permitido responder con una afirmación breve: la vida.

La vida, sí, y esto teniendo en cuenta que hay novelas de diversos estilos. Nos afirmamos en la idea de que así lo es basados, sobre todo, en la diferencia de caracteres que la anima. De la vida rusa nace una novela absolutamente distinta que de la sociedad francesa. Y en realidad son diferentes por eso mismo de que la novela es la vida.

Un temperamento imaginativo, a lo Verne, ¿dá novelas reales? Y si la realidad representa la vida y el novelista se aparta de ella, ¿ha escrito, con su obra, una novela? Sí, nos parece. Habría, ese novelista, salido de los límites ordinarios que abarca su vista para extenderse a los extraordinarios que recorre su visión, pero en todo caso figurando una existencia, un juego social que supuso realizable. A la hipótesis Verne, ¿quién la podría desprender hoy día de un fuerte fundamento científico?

Nos hemos alejado del propósito que provoca este artículo seguros de que puede aparecer la pregunta escéptica y anticipamos, como se ve, un esbozo de la defensa. Y pasemos a hablar de la vida, es decir, de la novela, si es narrada con amplitud; del cuento, si nos referimos a su síntesis literaria.

Puede aceptarse la determinación que la literatura preceptiva ha dado de la cuestión que motiva la novela. De esa cuestión se ha dicho que es la «farsa». Parece, según

quienes pretendieron hacer una técnica para administrar la confección de la novela, que esta «farsa» debía producir una parte, la primera, expositiva; otra parte, la segunda, de complicación; y, finalmente, una tercera parte, la de desenlace. Si la consideración nace de los principios humanos que plantean la gran cuestión de la vida, caemos en esos mismos términos. Un comienzo, por cierto, han de tener los hechos. Es posible que se trate de un principio sencillo pero esto habrá de seguir su curso trayendo algunas incidencias y complicaciones que hagan «interesante» el asunto; ese proceso de los hechos, del «documento», con toda naturalidad, nos habrá dado el «nudo» que, finalmente, será deshecho por obra de los mismos acontecimientos y se producirá, por ley lógica, el final, o lo que es lo mismo, el «desenlace». Tomadas así las cosas, nada cuesta creer que la novela tiene un período de exposición, otro de complicación y su término con la solución. Resuelto este punto indispensable, ¿cómo o con qué elementos se debe proceder a escribir una novela? Hémos con el conflicto... de los otros, porque para nosotros podríamos repetir para acabar pronto con el expediente, que con los elementos que nos den la vida o la imaginación; o ambas a la vez. Porque así como el hombre de estado modifica el curso de los pueblos y a las veces de la vida orgánica de las familias, al hombre de letras se le concede el derecho de proyectar el juego de una sociedad mejor que la existente. Entonces, pués, la farsa, el todo de la novela, dejaría de ser una cuestión técnica para serlo natural.

Los modernos españoles, movidos por el movimiento que en París se ha producido en punto de la literatura novelesca, han opinado en el asunto. Ese pensamiento nos interesa fundamentalmente por la relación estrecha que mantiene con el carácter americano. Por eso iremos afirmando nuestra tesis en la palabra de algunos pensadores que hacen o critican la novela en España. Baroja, v. gr., asegura que la «cuestión» es la farsa y el «hombre» el

farsante. Ortega y Gasset resume su pensamiento en esta línea «Llamamos *farsas* aquellas realidades en que se finje la realidad». Uno y otro caen, con brillante estilo, en lo que ya, en el famoso año 30 de Francia, afirmaron los precursores de la novela más universal: el naturalismo que, según se le dé vuelta, puede presentar los colores reflejos de un cristal cortado en forma poliedra, pero sin dejar de ser un trozo de cristal. . . Farsa, la vida; vida la farsa. Muy bien. Sea de cualquier manera y estaremos con la novela.

Para sostener el principio que dá carácter a la afirmación de que la novela tiene su mejor fuente en la vida, podríamos tomar, en Francia, dos ejemplos entre cien: Balzac, creador de la llamada escuela experimental (otros lo posponen a Stendhal y a Flaubert), y su procesador, más genial aún: Zola, que le asigna la prioridad indicada. En su tratado sobre «la novela experimental», Zola abunda en afirmaciones claras, sencillas y fáciles de comprender. En alguna parte dice: «...los novelistas no describimos por describir, por un capricho y un placer de retóricos. Estimamos que el hombre no puede ser separado del medio en que vive, y que se completa por su traje, por su casa, por su localidad, por su provincia». En otra parte afirma: «No admitimos que sólo exista el hombre y que él sólo tenga valor, persuadidos, por el contrario, de que es un simple resultado, y que para obtener el drama humano, real y completo, es preciso ir a buscarle en todo lo que existe». Complemento magistral para esta tesis la dá la siguiente razón de Maupassant refiriéndose a Flaubert: «En lugar de exponer la psicología de los personajes con disertaciones explicativas, Flaubert la hacia simplemente aparecer por sus actos. Lo interior era así descubierto por el exterior, sin ninguna argumentación psicológica». (Cita de Azorín).

Los modernos españoles se alejan de la novela descriptiva y escogen la dialogada. Por su parte, los escritores rusos parecen ser más individualistas e íntimos. Podríamos definir, para nuestro juicio, de este modo sintético los tres es-

tilos más aceptados: los rusos, con el agua fuerte del carácter de sus tipos; los españoles, con la movilidad atrayente del diálogo; los franceses con la descripción del medio. De los tres tipos de novela citados podríamos tratar de formar uno, es decir, tomar la fuerza humana de la rusa, prendida a su turbulenta sociedad; la pintura ambiente de la francesa, ajustada a su fuente de filosofía política, y el parlamento de la española, tan armónico al carácter de su pueblo. Y no nos podrían interrumpir con estas preguntas: ¿y la idiosincracia, y el carácter, y el Estado? . .

Baroja opina, por ejemplo, que es el fondo sentimental de cada novelista el que dá carácter, «su» carácter, a la novela. ¿De dónde saca, por otra parte, ese carácter sentimental el novelista? De su época. Es la idiosincracia colectiva la que está influyendo y la que ha influido en el espíritu del escritor y por eso cada época representa su carácter a través de la literatura. La misma deducción puede hacerse si se considera la escasa trascendencia de que disfrutaban la novela histórica (épica), y la novela romántica (la lírica).

En América latina, donde la fusión de razas es un hecho efectivo, quizás armonicen las distintas modalidades de la novela, de acuerdo al esbozo que hemos realizado recién. Pero ni Rusia podría poner en boca de su hombre íntimo el lenguaje ágil y pintoresco, exterior de España, ni a Francia le sería fácil mover esos caracteres en su sociedad hecha por un temperamento colectivo distinto a esos. La novela de hoy, en efecto, no se singulariza por una denominación que, en todo caso, no sería acertada. La verdad nos demuestra que ni España puede pretender vivir de la gloria de Cervantes, ni Pérez Galdós había creído representar «la» novela en España. No se ha dado otro Quijote y Pérez Galdós se supo «un» novelista. En cambio, en Francia, donde no hubo el milagro de ese Quijote vivieron cien grandes autores que trasplantaron al libro el proceso magistral de su sociedad. Por eso se explica

que el año 30 del siglo pasado fuera para Francia el momento decisivo de su evolución literaria. Surgen de ella dos escuelas claramente en oposición: la romántica y la realista, aunque luego deriven del realismo las tendencias fisiológica y psicológica, con lo que traducimos el hecho así: que dentro del realismo existen sobrados elementos de trabajo. Por eso ha triunfado y se ha hecho socialmente universal.

Los novelistas modernos no parecen alejados de aquellos días. Se observa aligerado el estilo, es verdad, pues al ganar lectores la novela ha debido ser adaptada un poco a la modalidad diligente con que el público lo resuelve todo. Porque, la sonada frase de Renán afirmando que «la ilusión de los novelistas es creer que se dispone de tiempo para leerlos», murió poco después que su eco saliera de la acústica de la Academia.

Hay quienes no quieren estar con la novela francesa porque es realista. Entre éstos parece contarse el agudo pensador José Ortega y Gasset, que definiendo unas «reflexiones sobre la novela» ha escrito: «Esto (habla de la existencia) nos indica en qué sentido es esencial a la novela el «realismo», y uso el vocablo entre comillas para sugerir que es sospechoso aunque inevitable. Precisamente porque la novela es, tal vez, el único género literario constitutivamente «realista», precisamente porque intenta suscitara una «realidad» imaginaria, resulta incompatible con nuestra realidad efectiva. Para evocar la suya interna necesita desalojar y abolir la circundante». Pero los novelistas modernos españoles, que ejercen actualmente influencia decisiva en los escritores de nuestra América, no han podido ni querido desentenderse de ese realismo circundante, y por sino bastara el caso de Blasco Ibañez lo probaremos con pocas citas más.

Escribe Azorin: «La novela es varia; es varia como la vida. No se la puede reducir a un sólo molde. Y existirá la novela (alude a la cita sobre la creencia de Ortega y

Gasset de que la novela puede morir) en tanto que los hombres conserven la memoria de los sucesos».

Baroja define su adhesión a esta idea en los siguientes términos: «Hay, no cabe duda, la posibilidad de esa novela clara, limpia, serena, sonriente, sin nada atormentado; pero por ahora vemos la posibilidad y no el camino de realizarla. Aunque viéramos ambas cosas, la posibilidad y el camino, no sería fácil que los escritores que hemos comenzado la vida cuando triunfaban los apóstoles de la literatura social: Tolstoi, Zola, Ibsen, Dostoiewski, Nietzsche, pudiéramos hacer obras claras, limpias, serenas, de arte puro».

Chaves Nogales nos explica «cómo se hacen las novelas» en un artículo con bastantes reflexiones agudas, pero resume en un párrafo esta afirmación que nos interesa: «La técnica es siempre original, se dá en el escritor de un modo natural y subconciente».

Los Souday están en minoría, lo cual es positivamente consolador.

Hablando de esa hipotética técnica para construir novelas bastaría, a objeto de confundir al estudioso, tomar la línea central de todo lo que se ha escrito últimamente a su respecto. Pero el juicio sereno y definitivo, ante el montón de afirmaciones, resumiría el decir del legajo en esta palabra sensata y dura: «¡nada!» Yo creo, al fin, que una de las dificultades mayores para realizar una novela está en la redacción del diálogo,—arte que dominan los españoles,—que habrá de ser concordante con la modalidad y medio ejecutado por las personas elegidas para la obra. El diálogo tiene que desarrollarse sin violentar el curso natural del estilo. Conquistada su sencillez y claridad, la novela habrá encontrado al novelista. Porque ocurre frecuentemente que existiendo, porque es la vida, la novela anda desencontrada con el novelista. . .

Con estos conceptos por norte, buscaremos en las novelas americanas los valores de nuestra literatura. Los tenemos.

## España y la nueva vida americana <sup>(1)</sup>

POR

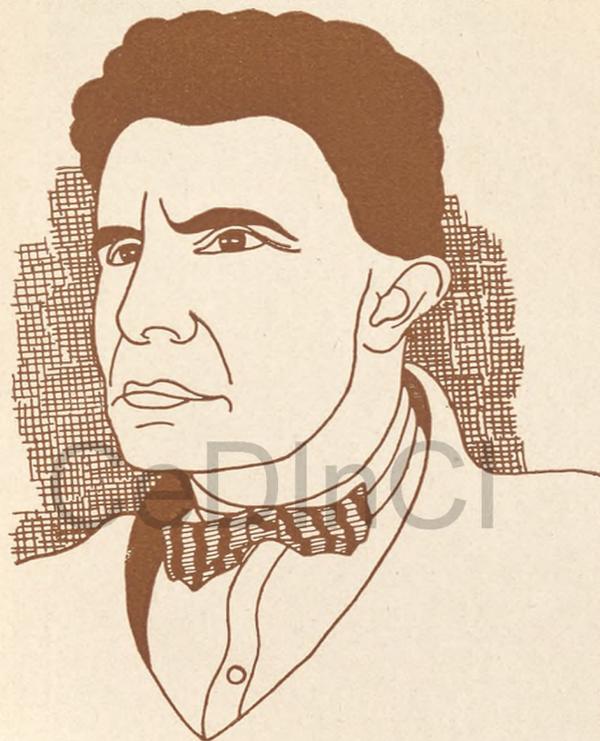
C. TREJO LERDO DE TEJADA

**L**A celebración del día de la raza, es para nuestros pueblos de común origen indo-americano, una institución creada y generalizada recientemente; por eso, en cuanto a su significado y tendencias, adolece en su desarrollo de la confusión y desorientación que caracteriza a nuestros medios en cuanto a su ideología en materias étnico-políticas.

Tanto para la mayoría de españoles, como para algunos elementos latino-americanos, la fiesta de la raza es una cosa hecha para servicio del españolismo que debe consistir en homenajes a España y en ceremonias cívicas o privados en los que el representante diplomático español preside, recibiendo el homenaje y trasmitiéndolo a la Corona. Esta interpretación de la fiesta de la raza es fundamentalmente errónea, revela la marcada pobreza consiguiente a todo criterio unilateral, que convierte una tesis o principio de supremas finalidades, en una idea pequeña o punto de vista local y anémico.

Yo he sostenido siempre, que nuestros pueblos indo-americanos en su gran proceso histórico, emplearon el pri-

<sup>(1)</sup> Estas reflexiones fueron escritas con motivo del día de la Raza.



HANS TIETZE

mer siglo de su vida independiente en tanteos, experimentaciones, acomodamientos, ensayos de organización, etc.; en una palabra, en su formación, planteo y solución de los problemas de su política interior; este plazo, fué como si dijéramos el de su crecimiento para llegar real y verdaderamente a una mayoría de edad, a una madurez, que no tenían al declarar su independencia a principios del siglo pasado.

Precisamente en los linderos de ese proceso de formación o crecimiento, que fué su edad adulta y ya al pasar a una plena madurez, empezaron a ver con claridad su homogeneidad étnica, y al vislumbrar esos problemas étnico-políticos de nuestro continente, se afirmó la idea de la unidad racial y solidaridad indo-americana. Este estado de opinión latente, tomó y tomará varias formas y manifestaciones, entre las que, una de las iniciales fué la fiesta de la raza, que, es para toda la América hispana de una enorme trascendencia y significación. Nunca he sido hispanóforo; al contrario creo firmemente que el pueblo español tiene grandezas únicas en la historia universal, que su cultura y psicología raciales son y tienen que ser una de las bases angulares de la cultura indo-americana, que como expresión de nacionalidad y madurez ha de ser la suprema tendencia que caracterice el segundo siglo de la vida independiente de nuestros pueblos hispano-americanos. Pero junto a este factor hay otro para nosotros preferente y de mayor importancia que es el ancestro indígena, el netamente americano; de la fusión de ambos, ha de surgir nuestra propia espiritualidad, nuestra cultura continental y en este inmenso ritmo de cultura y nacionalidad indo-americana estará, o no estará España; esto, no somos los americanos sus antiguos hijos los que hemos de resolverlo sino España misma y para ello tiene que encararse con el dilema ineludible de su momento histórico presente: o España sigue incrustada en la política europea contrariando todas las leyes e intereses de

su raza o viene a convivir con la política americana que es distinta fundamentalmente de la europea y opuesta a ésta en muchos aspectos y finalidades; en cuyo caso tendrá entre nosotros el sitio de honor y veneración que le corresponde por tantos conceptos científicos y emotivos.

Durante los cien años posteriores a la época Colonial, han pasado en América muchas cosas. Ahora no son nuestros pueblos indo-americanos, los que tendrían que acentuar su españolismo; es España la que debe americanizarse un tanto, para poder ser armónica en nuestro gran conjunto racial.

Hecha la anterior aclaración previa, continúo el desarrollo de mi tema.

Fué necesario como dije antes el transcurso de nuestro primer siglo de vida independiente, para que fuera incubando en nuestra alma colectiva el proceso lento y biológico de nuestras nacionalidades, de nuestras personalidades étnico-colectivas, frente a la vida internacional, dándonos así la madurez psicológica que había de transformarse al fin en conciencia y visión, no solo de los problemas y puntos de vista de nuestras políticas interiores, sino también de la exterior y continental; sin perder ya de vista los intereses comunes y similares de toda nuestra raza que imponen como criterio defensivo ante la crisis y desastres mundiales, una urgente solidaridad biológica, tendencia latente ya en varios continentes como inspiración de política institucional futura, ante el derrumbe de la vieja vida y ciclo de profundas transformaciones que presenciamos en todas partes.

Nuestra visión en tan importante asunto, tuvo que ser en América por razón de adolescencia, incompleta y confusa. Con excepción de un Bolívar, San Martín, Sarmiento, Sucre, Alberdi, Rosas, etc. que fueron por sobre las miserias de conceptos partidistas, poderosos y fuertes símbolos combativos de ideales patrióticos de amplitud AMERICANA, frente a fuerzas y tendencias extranjeras de

absorción que fueron y siguen siendo orgánicamente antagónicas de nuestra raza común; con excepción de Juárez Lerdo de Tejada, Santos Degollado, etc., que por el norte aniquilaron y derrotaron definitivamente esas mismas tendencias absorbentes con la ejecución del Emperador Maximiliano de Austria, instrumento de la Santa Alianza; la misma que manejaba las intrigas extranjeras por el sur; nuestros gobiernos y políticos, nuestra historia toda, está llena de pequeñas figuras hinchadas y agrandadas artificialmente por demagogías y caudillismos que han explotado los innumerables heroísmos inventados por las literaturas oficiales en su turno de poder; en una palabra, hemos adolecido de una miopía, de un localismo, de una política aldeana más o menos plagada de heroísmos bélicos paradójicos que nos ha hecho muchos males, entre ellos, el de descoyuntar y dividir a nuestros pueblos separándolos con absurdas rivalidades y un lamentable desconocimiento de unos a otros que toca con frecuencia los linderos del desprecio. Es que dentro de la incultura americana del siglo pasado por sobre el alma inmensa de Bolívar y San Martín predominaron las pequeñas almas de los caciques y figuras secundarias que solo movían egoísmos y pequeñas heroicidades de aldea.

Por eso nuestros pueblos, por estado biológico enfermizo, han pasado hasta hoy su vida de rodillas, admirando y copiando culturas extrañas, formándose en su organismo la idea absurda de despreciar sus propios tipos y valores, creyendo que éstos eran la negación del progreso y que los extraños, constituían la cima única de la perfección humana.

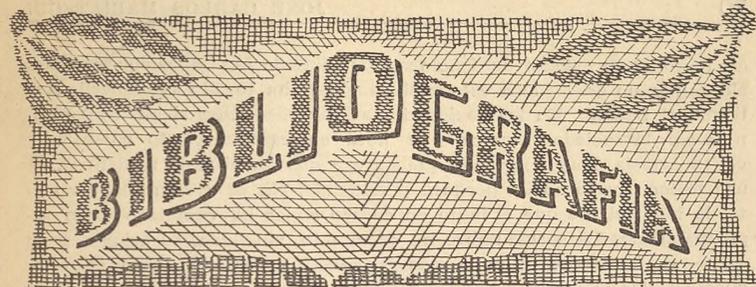
Dentro de tamaños desatinos, languidecieron los ancestros y bases milenarias de nuestras nacionalidades y nos quedamos sin cultura alguna, porque no son importables las culturas y lo único que hemos podido traer de fuera es el progreso material, es decir la civilización. Nuestro problema ahora, es de rectificar esos desaciertos impropios

prios ya de nuestra madurez y formar la cultura propia, la nuestra, que solo puede ser obra de nuestros propios espíritus y sensaciones.

Los calvarios son dolorosos y necesarios, son fenómenos de biología, de crecimiento y desarrollo, pero en ellos, se fragua la experiencia y el dolor, los fracasos y engaños forman la sabiduría, la madurez, ese estado espiritual que en el individuo se llama *Mayoría de edad*, *Personalidad*: y que en los pueblos se sintetiza todo en una frase *NACIONALIDAD*.

La celebración del día de la raza es precisamente una festividad indo-americana, que incluye una confesión halagadora y llena de revelaciones optimistas; es la institución creada y sostenida por todos nuestros hermanos, que se han dado cuenta ya y expresan en ella dos principios de enorme trascendencia: Primero. — Que todos debemos ser *verdaderas NACIONALIDADES* y no colonias o tributarios con apariencia independiente de intereses y orientaciones de políticas y culturas extranjeras. Segundo. — Que por razones geográficas, étnicas, históricas, ancestrales, espirituales, económicas y de biología defensiva presente y futura, todos nuestros pueblos reconocen ya sin ambages una raza común toda vez con una misma festividad, con idéntica simbolización y fecha, se reúnen año con año para celebrar la fiesta de la raza común.

Este es el síntoma revelador, ésta será como antes dije la tendencia suprema del segundo siglo de nuestra vida independiente: el esfuerzo por formar una enorme colectividad, asociación o federación latino-americana, para encarar y resolver ya nuestra política dentro de ese criterio armónico, que ha de forjar nuestra cultura propia, la *NACIONALIDAD*, la independencia espiritual y material de nuestra gran raza común.



## CUENTOS ANDINOS

Por ENRIQUE LÓPEZ ALBUJAR; Lima 1925.

**M**E parece superfluo constatar que de la civilización incaica, a los hombres de la nueva generación, más que lo que ha muerto nos preocupa lo que ha quedado. El problema de nuestro tiempo no está en saber cómo ha sido el Perú. Está más bien, en saber como es el Perú. El pasado nos interesa en la medida en que puede servirnos para explicarnos el presente. (La nostalgia pasadista es un romanticismo impotente y estúpido. Las generaciones constructivas sienten el pasado como una raíz, como una causa. Jamás lo sienten como un programa).

Ahora bien. Lo único casi que sobrevive del Tawantisuyu es el indio. La civilización ha perecido; no ha perecido la raza. El material biológico del Tawantisuyu se revela, después de cuatro siglos, indestructible y, en parte, inmutable. Aguirre Morales no cree que en el «documento humano» de las serranías se puede descifrar el secreto del Tawantisuyu. El indio de la república, para Aguirre Morales, no es sino el vestigio de la plebe del Imperio. Y, como según su teoría el espíritu de la civilización quechua residió exclusivamente en la nobleza, el residuo deformado de la plebe nada sabe ni puede decirnos. Pero ya hemos visto cómo confutan esta teoría las innumerables cosas en las cuales se descubré la trama humilde de esa civilización. Tenemos que obstinarnos, por consiguiente, en reconocer en el indio apático de nuestras serranías la mejor ruina, el mejor documento del Tawantisuyu. El vestigio humano de una civilización no es, ciertamente, un vestigio negligible.

El estudio del indio de nuestra época enseña mucho sobre la historia incaica.

El hombre muda con más lentitud de la que en este siglo de velocidad se supone. La metamorfosis del hombre bate el record en el evo

moderno. Pero este es un fenómeno peculiar de la civilización dinámica. No es por un azar que a esta civilización le ha tocado averiguar la realidad del tiempo. En las sociedades asiáticas, — afines si nó consanguíneas con la sociedad incaica — se nota en cambio cierto quietismo y cierto éxtasis. Hay épocas en que parece que la historia se detiene. Y una misma forma social perdura petrificada. No es aventurada, por tanto, la hipótesis de que el indio en cuatro siglos ha cambiado poco espiritualmente. La servidumbre ha deprimido, sin duda, su psiquis y su carne. Lo ha vuelto un poco más melancólico. Bajo el peso de estos cuatro siglos el indio se ha encorbado moral y físicamente. Más el fondo oscuro de su alma casi no ha mudado. En las sierras abruptas, en las quebradas lontananas, a donde no ha llegado la ley del blanco, el indio guarda todavía su ley ancestral.

El libro de Enrique López Albújar «Cuentos Andinos» explora estos caminos. Los «Cuentos Andinos» aprehenden, en sus secos y duros dibujos, emociones sustantivas de la vida de la sierra. Y nos presentan algunos escorzos del alma del indio.

López Albújar coincide con Valcárcel en buscar en los Andes el origen del sentimiento cósmico de los quechuas. «Los Tres Jircas» de López Albújar y «Los Hombres de Piedra» de Valcárcel traducen la misma mitología. Los agonistas y las escenas de López Albújar tienen el mismo telón de fondo que la teoría y las ideas de Valcárcel. Este resultado es singularmente interesante porque es obtenido por diferentes temperamentos y con métodos disímiles. La literatura de López Albújar quiere ser, sobre todo, naturalista y analítica; la de Valcárcel, imaginativa y sintética. El rasgo esencial de López Albújar es su criticismo; el de Valcárcel, su lirismo. López Albújar enfoca en su libro el presente; Valcárcel enfoca en el suyo el pasado. López Albújar mira al indio con ojos y alma de costeño; Valcárcel, con ojos y alma de serrano. No hay parentesco espiritual entre los dos escritores; no hay semejanza de género ni estilo entre los dos libros. Sin embargo, uno y otro escuchan en el alma del quechua idéntico lejano latido.

La Conquista ha convertido formalmente al indio al catolicismo. Pero, en realidad, el indio no ha renegado sus viejos mitos. Su sentimiento mítico no ha variado. Su animismo subsiste. El indio sigue sin entender la metafísica católica. Su filosofía panteísta y materialista ha desposado, sin amor, al catecismo. Más no ha renunciado a su propia con-

depción de la vida que no interroga a la razón sino a la naturaleza. Los tres *jircas*, los tres cerros de Huánuco, pesan en la conciencia del indio huanuqueño más que el ultratumba cristiano.

«Los Tres Jircas» y «Como habla la Coca» son, a mi juicio, las páginas mejor escritas de «Cuentos Andinos». Son también las más henchidas de sugerencias. Pero ni «Los Tres Jircas» ni «Como habla la Coca» se clasifican propiamente como cuentos. «Ushanam Jampi» en cambio, tiene una vigorosa contextura de relato. Su fuerza, su sobriedad, son gemelos de las de «El Campeón de la Muerte». Y a este mérito une «Ushanam Jampi» el de ser un precioso documento del comunismo indígena. Este relato nos entera de la forma como funciona en los pueblecitos indígenas, a donde no arriba casi la ley de la República, la justicia popular. Nos encontramos aquí ante una institución sobreviviente del régimen autóctono. Ante una institución que declara categóricamente a favor de la tesis de que la organización incaica fué una organización comunista.

En un régimen de tipo individualista, la administración de justicia se burocratiza. Es función de un magistrado. El liberalismo, por ejemplo, la atomiza, la individualiza en el juez profesional. Crea una casta, una burocracia de jueces de diversas jerarquías. Por el contrario, en un régimen de tipo comunista, la administración de justicia, es función de la sociedad entera. Es, como en el comunismo indio, función de los *yayas*, de los ancianos.

El prologuista de «Cuentos Andinos», señor Ezequiel Ayllón, explica así la justicia popular indígena: «La ley sustantiva, consuetudinaria, conservada desde la más oscura antigüedad, establece dos sustantivos penales que tienden a la reintegración social del delincuente, y dos penas propiamente dichas contra el homicidio y el robo, que son los delitos de trascendencia social. *Yachishum* o *Yachachishum* se reduce a amonestar al delincuente, haciéndole comprender los inconvenientes del delito y las ventajas del respeto recíproco. El *Alliyáchishum* tiende a evitar la venganza personal, reconciliando al delincuente con el agraviado o sus deudos, por no haber surtido efecto morigerador el *Yáchishum*. Aplicados los dos sustantivos cuya categoría o trascendencia no son extrañas a los mesdios que preconizan con ese carácter los penalistas de la moderna escuela positiva, procede la pena de confinamiento o destierro llamada *Jitarishum*, que tiene las proyecciones de una expatriación definitiva. Es la ablación del elemento enfermo, que constituye una amenaza para la seguridad de las personas y de los bienes. Por último, si el amonestado,

reconciliado y expulsado, roba o mata nuevamente dentro de la jurisdicción distrital, se le aplica la pena extrema, irremisible, denominada *Ushanam Jampi*, el último remedio, que es la muerte, casi siempre a palos, el descuartizamiento del cadáver y su desaparición en el fondo de las lagunas, de los ríos, de los despeñaderos, o sirviendo de pasto a los perros y a las aves de rapiña. El Derecho Procesal se desenvuelve pública y oralmente, en una sola audiencia y comprende la acusación, defensa, prueba, sentencia y ejecución».

Otra nota del libro de López Albújar que se acuerda con una nota del libro de Valcárcel es la que nos habla de la nostalgia del indio. La melancolía del indio, según Valcárcel, no es sino nostalgia. Nostalgia del indio arrancada al agro y al hogar por las empresas bélicas o pacíficas del Imperio. En «Usganam Jampi» la nostalgia pierde al protagonista. Conce Maille es condenado al exilio por la justicia de los ancianos del Chupán. Pero el deseo de sentirse bajo su techo es más fuerte que el instinto de conservación. Y lo impulsa a volver furtivamente a su choza, a sabiendas de que en el pueblo lo aguarda tal vez la última pena. Esta nostalgia nos define el espíritu del pueblo del Sol como el de un pueblo agricultor y sedentario. No son ni han sido los quechuas aventureros ni vagabundos. Quizá por esto ha sido y es, también, tan poco aventurera y tan poco vagabunda su imaginación. Quizá, por esto, *jircas* o sea los dioses lares del terruño gobiernan su vida. El indio no podía ser monoteísta. Desde hace cuatro siglos las causas de la nostalgia indígena no han cesado de multiplicarse. El indio ha sido frecuentemente un emigrado. Y, como en cuatro siglos no ha podido aprender a vivir nómada, porque cuatro siglos son muy poca cosa, su nostalgia ha adquirido ese acento de desesperanza incurable con que gimen las quenas.

López Albújar se asoma con penetrante mirada al hondo y mudo abismo del alma del quechua. Y escribe en su divagación sobre la coca: «El indio, sin saberlo, es schopenahuerista. Schopenahuer y el indio tienen un punto de contacto, con esta diferencia: que el pesimismo del filósofo es teoría y vanidad y el pesimismo del indio, experiencia y desdén. Si para el uno la vida es un mal, para el otro no es ni mal ni bien, es una triste realidad, y tiene la profunda sabiduría de tomarla como es».

Unánimemente encuentra certero este juicio. También él cree que el pesimismo del indio es experiencia y desdén. Pero, el historiador y el so-

ciólogo pueden percibir otras cosas que el filósofo y el literato tal vez desdennan. ¿No es este pesimismo, en parte, un rasgo de psicología asiática? El chino, como el indio, es materialista y escéptico. Y, como en el Tawantisuyu, en la China, la religión es un código de moral práctica más que una concepción abstrusamente metafísica. El libro de López Albújar no aborda estas cuestiones ni tenía por qué abordarlas. Pero le pertenece el mérito de plantear su debate. Lo cual basta para dar una idea de la hondura de sus sugerencias.

JOSÉ CARLOS MARIATEGUI.

## DE LA VIDA INKAICA

Por LUIS A. VALCARCE. Editorial Garcilaso. Lima.

### I

En los diversos escritos que compone su reciente libro «De la Vida. Inkaica», Luis A. Valcárcel nos ofrece, en trozos tallados distintamente, —leyenda, novela, ensayo— una sola y cabal imagen del Tawantisuyu. El libro de Valcárcel no es un pórtico monolítico. Valcárcel ha labrado amorosamente las piedras de diferente porte. Pero luego ha sabido combinarlas y ajustarlas en un bloque único. La técnica de su arquitectura es la misma de los quechuas. ¿Quién dice que se ha perdido el secreto indígena de soldar y juntar las piedras en un monumento granítico? Valcárcel lo guarda en el fondo de su subconciencia y lo usa con sigilo aborigen en su literatura.

Este libro, en cual late una emoción persistente e idéntica, así cuando su prosa es poética como cuando es crítica, contiene los elementos de una interpretación total del espíritu de la civilización incaica. Valcárcel reconstruye imaginativamente el Tawantisuyu en una megalítica mole de piedra. Ahí están todos los rostros, todos los perfiles, todos los contornos del Imperio. Valcárcel suprime de su obra el detalle baido y la esfumatura prolija. Su visión es una síntesis. Y, como en el arte incaico, en su libro, la imagen del Imperio es esquemática y geométrica.

En las páginas del escritor cuzqueño se siente, ante todo, un hondo lirismo indígena. Este lirismo de Valcárcel, en concepto de otros comentaristas, perjudicará tal vez el valor interpretativo de su libro. En concepto mío, no. No solo porque me parece deleznable, artificial y ridícula la tesis de la objetividad de los historiadores, sino, porque considero evidente el lirismo de todas las más geniales reconstrucciones históricas. La historia, en gran proporción, es puro subjetivismo y, en algunos casos, es casi pura poesía. Los sedicentes historiadores objetivos no sirven sino

para acopiar pacientemente, expurgando sus amarillos folios e infolios, los datos y los elementos que, más tarde, el genio lírico del reconstructor empleará, o desdenará, en la elaboración de su síntesis, de su épica.

Sobre el pueblo incaico, por ejemplo, los cronistas y sus comentaristas han escrito muchas cosas fragmentarias. Pero no nos han dado una verdadera teoría, una completa concepción de la civilización incaica. Y en realidad, ya no nos preocupa demasiado el problema de saber cuántos fueron los incas, ni cuál fué la esposa predilecta de Huayna-Capac, cuyo romance erótico no nos interesó sino muy relativamente. Nos preocupa, más bien, el problema de abarcar íntegramente, aunque sea a costa de secundarios matices, el panorama de la vida quechua. Por esto, los ensayos de interpretación que Valcárcel define y presenta como «alganas captaciones del espíritu que lo animó», poseen un fuerte y noble interés.

Valcárcel, henchido de emoción quechúa, parece destinado a escribir el poema del pueblo del sol más que su historia. Su libro no es en ningún instante una crítica. Es siempre una apología. Tiene una constante entonación de canto. Domina su prosa y su pensamiento el afán de poetizar la historia del Tawantisuyu y la vida del indio. Pero esta lírica exaltación logra acercarnos a la íntima verdad indígena mucho más que la gélida crítica del observador ecuaníme. Valcárcel interpreta a su pueblo con la misma pasión que los poetas judíos interpretan al Pueblo del Señor.

## II

Si Valcárcel fuese un racionalista y un positivista, de esos que exasperan la ironía de Bernard Shaw, nos hablaría después de calarse las gruesas gafas del siglo XIX, de «animismo» y de «totetismo» indígenas. Su erudita investigación habría sido, en ese caso, un sólido aporte al estudio de la religión y de los mitos de los antiguos peruanos. Pero entonces Valcárcel no habría escrito, probablemente, «Los hombres de piedra». Ni habría señalado con tan religiosa convicción, como uno de los rasgos esenciales del sentimiento indígena, el franciscanismo del quechúa. Y, por consiguiente, su versión del espíritu del Tawantisuyu no sería total.

La teoría del «animismo» nos enseña que los indios, como otros hombres primitivos, se sentían instintivamente inclinados a atribuir un ánima a las piedras. Esta es, ciertamente, una hipótesis muy respetable de la ciencia contemporánea. Pero la ciencia mata la leyenda, destruye el símbolo. Y, mientras la ciencia, mediante la clasificación del mito de los «hombres de piedra» como un simple caso de animismo, no nos ayuda eficazmente a entender el Tawantisuyu, la leyenda o la poesía nos presentan, cuajado en ese símbolo, su sentimiento cósmico.

Este símbolo está preñado de ricas sugerencias. No solo porque, como dice Valcárcel, ese símbolo expresa que el indio no se siente hecho de barro

vil sino de piedra perenne, sino sobre todo porque demuestra que el espíritu de la civilización incaica es un producto de los Andes.

El sentimiento cósmico del indio está íntegramente compuesto de emociones andinas. El paisaje andino explica al indio y explica al Tawantisuyu. La civilización incaica no se desarrolló en la altiplanicie ni en las cumbres. Se desarrolló en los valles de la sierra.—Valcárcel, certeramente lo remarca.—Fué una civilización crecida en el regazo abrupto de los Andes. El Imperio Incaico, visto desde nuestra época, aparece en la lejanía histórica como un monumento granítico. El propio indio tiene algo de piedra. Su rostro es duro como el de una estatua de basalto. Y, por esto, es también enigmático. El enigma del Tawantisuyu no hay que buscarlo en el indio. Hay que buscarlo en la piedra. En el Tawantisuyu, la vida brota de los Andes.

La ciencia misma, si se explota un poco, coincide con la poesía respecto a los orígenes remotos del Perú. Según la palabra de la ciencia, el Ande es anterior a la floresta y a la costa. Los aludes andinos han formado la tierra baja. Del Ande han descendido, en seculares avalanchas, la piedra y la arcilla, sobre los cuales fructifican ahora los hombres, las plantas y las ciudades.

Y la dualidad de la historia y del alma peruanas, en nuestra época, se precisa así como un conflicto entre la forma histórica que se elabora en la costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la naturaleza. El Perú actual es una formación costeña. La nueva peruanidad se ha sedimentado en la tierra baja. Ni el español ni el criollo supieron conquistar los Andes. En los Andes, el español no fué nunca sino un *pionnier* o un misionero. El criollo lo es también hasta que el ambiente andino extingue en él al conquistador y crea, poco a poco, un indígena. Este es el drama del Perú contemporáneo. Drama que nace, como escribí hace poco, del pecado de la Conquista. Del pecado original transmitido a la República, de querer constituir una sociedad y una economía peruana «sin el indio y contra el indio».

## III

Pero estas constataciones no deben conducirnos a la misma conclusión que a Valcárcel. En una página de su libro, Valcárcel quiere que repudiamos la corrompida, la decadente civilización occidental. Esta es una conclusión legítima en el libro lírico de un poeta. Me explico, perfectamente, la exaltación de Valcárcel. Puesto en el camino de la alegoría y del símbolo, como medio de entender y de traducir el pasado, es natural pretender, por el mismo camino, la búsqueda del porvenir. Más, en esta dirección, los hombres realistas tienen que desconfiar un poco de la poesía pura.

Valcárcel va demasiado lejos, como casi siempre que se deja rienda suelta a la imaginación. Ni la civilización occidental está tan agotada y

putrefacta como Valcárcel supone; ni una vez adquirida su experiencia, su técnica y sus ideas, el Perú puede renunciar místicamente a tan válidos y preciosos instrumentos de la potencia humana, para volver, con áspera intransigencia, a sus antiguos mitos agrarios. La Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla.

JOSÉ CARLOS MARIATEGUI.

### EL DECAMERÓN NEGRO

Por LEÓN FROBENIUS. Edit. por la «Revista de Occidente». Madrid. 1925

CONOZCO tres Decamerones. Es el primero que escribiera aquel sublime bastardo que se llamó Giovanni Boccaccio, quien sabiendo que «humana cosa è aver compassione degli affitti», creó, para nuestro regocijo, su extraña e irregular obra de arte, en la que la belleza del estilo se alía absurdamente a la grosería de lo narrado. No escatimándonos la descripción escatológica—ala que realiza, crudamente, la situación de los propios narradores, tal como los presentara el mismo autor—Boccaccio ha realizado un libro perdurable. Es que, a la crudeza del estilo se agregan circunstancias tales, que tornan merecida una celebridad de otra manera injusta.

Conocidas fueron, pues, en todo el Orbe civilizado, su obras, al par que las de los autores más eminentes, y los conceptos en ellas encerradas—a veces ocultos tras la nube de epítetos mal sonantes y expresivos con que placiale adornarlos—eran glosados luego por los escritores de otras tierras. (Es muy posible que tal cosa ocurriera con su poema satírico *Il Corbaccio* o *Laberinto di Amore*, que dió oportunidad al Arcipreste de Talavera don Alonso Martínez de Toledo, para la redacción de su *Corvacho* o *Reprobación del amor mundano* (1438), a pesar de que no falten quienes—pese a la similitud de título y de tono—pretendan hacer derivar la obra del de Toledo del seco sermón que el moralista polígrafo don Francisco de Eximenis publicara, poco antes, bajo el título del *Libre de las Donas*.)

Débase, sin duda, a este influjo de la producción del célebre *cittadino fiorentino*, la realización de LE NOUVEAU DÉCAMÉRON. (París, E. Dentu,

éd. 1885), con un plan de realización muy semejante. Otro es, sin embargo, su espíritu. Si el Decamerón antiguo había sido narrado «in dieci giorni, da una onesta brigata di sette donne, e di tre giovani nel pestilenzioso tempo della pasata mortalità fatta», el nuevo Decamerón habría de serlo por un conjunto formado por los mejores escritores galos. Cada tomo, de los diez que, a semejanza del modelo, componen la obra, está formado por diez narraciones de autores eminentes, a quienes los monarcas del día conceden la palabra. Y así, cobra una vivacidad de conversación animada y atenta. La gentil valoración hecha por los circunstantes, y aún la cortés objeción y disidencia, agregan cordialidad a esta suerte de antología, que es practicada no a base de una tendencia determinada, sino con una gran amplitud de concepto. Fuera vano, sin embargo, buscar en ella, lo que tan pródigamente nos brindara Boccaccio. La fineza de paladar de los lectores a quienes va destinada, no consiente el abuso de las salsas espesas con que adereza sus escritos el enamorado de Fiammetta. Hay, por el contrario, páginas de tan sutil delicadeza, como fuera imposible hallar en el primitivo *Deo gratias*. De entre ellas, ninguna aventaja, en contenida emoción, a la encantadora *Marcelle aux yeux d'or*, que Anatole France nos ofrece.

El novísimo Decamerón a que ahora he de referirme, es un Decamerón exótico y misterioso. León Frobenius, el etnógrafo en trance de develar los enigmas africanos, nos entrega hoy un manojo de narraciones folklóricas. Ampliando, así, la labor que otros comenzaron, realiza obra meritoria. Por él sabremos cómo se reacciona, en cierta parte del mundo alejada de nuestra civilización—que errónea y arrogantemente creemos la única—ante el Amor, ante la Muerte, ante la Gloria.

Adornados con un poco de retórica occidental, pero conservando, en el fondo, el irreductible perfume de la selva africana, estos cantos heróicos nos muestran, al par que las pequeñas fabulillas, el mecanismo de la vida indígena. Por ellos sabemos que el pueblo de los Sahel es un pueblo noble y esforzado, en el que florecen valientes guerreros. Estos acuciados por una superior necesidad de gloria—a la que se alía un régimen de vida semi-matriarcal—salen por los caminos, cual nueva caballería andante, en busca de aventuras. Ya es un reino que conquistar, un gigante que vencer, un monstruo que desbaratar. Y el triunfo, fuere cual fuere, no se pierde en el silencio o el anónimo. Para ello el guerrero se acompaña de su *diali*, especie de trovero medioeval, cuya finalidad es la de celebrar con sus cantos las hazañas de su señor, enriqueciendo de tal manera el *Pui*, es decir, la colección de sus gestas familiares. Cuando al comienzo de una hazañosa expedición, llega el noble guerrero ante una aldea, se detiene a su puerta. Y en tanto que él descansa, sobre una

leve estera, sus miembros fatigados, y el *sufa*—o escudero—retiene de las bridas las bestias sudorosas, el *diali* templea su instrumento y lanza, ante el asombro de las gentes lugareñas, las estrofas sonoras de la epopeya familiar. Sigúele a este alto en medio del camino un idilio regio. Pero a de ser su precio, la realización de nuevas empresas que den honra y provecho. Si,—como hace notar Benjamin Jarnes, uno de los nuevos valores españoles, en su bellísimo comentario a esta obra—«la mujer no es corona, ni es ídolo» y el guerrero se desembaraza de aquella inquietud casi mística del amor medioeval, no es menos cierto que desde el sitio en que la organización social la ha relegado ella vela por el hombre—por *su* hombre—y le ayuda a vencer y a vencerse. Es así como la bella Satumata crea el recurso que convierte a Samba Kulung en un valiente caballero. Mas no falta, tampoco, la mujer fatal, devoradora de hombres, como aquella extraña Analia Tu-Bari, por cuya causa Samba Gana se da muerte con su invencible acero.

No es ésta una publicación erudita, ni desea serlo. Para ello, fáltale la apostilla explicativa, el comentario erudito, la cita que devela las fuentes. Ya lo hicieron notar Jarnes y Gimenez Caballero. El propósito que guía al editor es el de educación estética, antes que el de enseñanza etnográfica. Sin embargo, a las vueltas del relato, aparece más de un detalle típico y más de un pormenor social que no puede desdeñar el estudioso.

Parece ser que, de un tiempo a esta parte, el hombre occidental harto de esa literatura de «menage a trois», que llega a París incansablemente, ha comenzado a buscar otros motivos. De ahí el éxito de esa literatura de ambiente cosmopolita, que con tanto éxito cultiva Paul Morand y que no es—con todo—una solución del problema ya que solo varían los escenarios...

José Ortega y Gasset, que tan hábilmente otea desde su mirador de la *Revista de Occidente*, en busca de las nuevas corrientes estéticas, filosóficas y literarias, ha señalado ya, en *Las Atlántidas*, ese anhelo fáustico—para decirlo con Spengler—que el hombre occidental experimenta, y que se traduce, en literatura, por el deseo de conocer las escuelas y los arquetipos hasta ahora ignorados. El público europeo ansia aparejar sus naves, proa a lo exótico y a lo desconocido. El arte negro se pone de moda. Triunfa en la escultura y se insinúa en otras manifestaciones artísticas.

El jazz—música de negros americanos—triumfa con su técnica primitiva y sabia, que consiste en hacer surgir la armonía del conjunto de estridencias aisladas. En la novela, un hombre de color educado a la europea, René Maran, conquista de un golpe el *Prix Goncourt*, de 1921, y la celebridad. Pero *Batouala*, como alguna otra publicación posterior,

no tienen la pristina ingenuidad, un poco triste, que el Occidente anhela. Son la obra de un escritor justiciero que devela los misterios infamantes de la administración colonial. El público europeo orienta su deseo y su curiosidad hacia las cosas olvidadas y las musas lejanas. Quiere olvidar, nó ser juzgado.

Ortega y Gasset siente su influjo y nos da, en su tardío cuarto tomo de *El Espectador*, un falso cuento negro—*Dan-Auta*—pseudo superchería literaria que recuerda la de Ramón Gomez de la Serna, empeñado en proveernos de una falsa novela rusa. Hoy, el verdadero modelado ha sustituido al primitivo calco. Suerte es que así sea, tanto más cuanto que nos aporta narraciones tan bellas como ese formidable poema, *El laúd de Gassire*, el mas hermoso del libro, en cuyas páginas, cálidas de heroísmo, retiembla el grito de guerra de los Fosas:

¡Oooh! ¡Dierra, Agada, Gana, Sila! ¡Oooh! ¡Fasa!

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.

#### LA REFORMA EPISTEMOLOGICA DE EINSTEIN

Por CORIOLANO ALBERINI. Rev. de la Universidad de Buenos Aires, Marzo - Mayo 1925.

ESTÁ escrito este trabajo en una manera de prosa filosófica que, si se generalizara, bastaría por sí sola a desvanecer más de un prejuicio contra la filosofía; manera precisa, exacta, acusando una tensión de espíritu que parece no podría mantenerse durante mucho tiempo. Para el autor, la teoría de Einstein es «el fruto supremo del gran fermento epistemológico de los últimos treinta años, fermento cuyo comienzo coincide precisamente con la decadencia del positivismo, ya que la reacción epistemológica refleja la crisis de los axiomas del mecanismo, directa o indirectamente prohijados por la ortodoxia positivista». El elemento cardinal de la reforma de Einstein es haber «creado una nueva manera de medir la realidad inorgánica». El Dr. Alberini insiste en el carácter estrictamente científico de la relatividad, atendiendo a corregir el error, muy difundido en ciertas zonas culturales, y más por deficiencia de crítica que por incompleta información, de un sentido o alcance extracientífico o filosófico de la teoría. Apunta muy justamente cómo, en el interés popular hacia el relativismo einsteiniano, late la sospecha de que en su interior se agita algo destinado a sobrepasar la mera ciencia. Nunca, en efecto, una doctrina científica ha suscitado curiosidad

tan universal, inexplicable por su corrección al universo de Newton, ya que muchos han sabido por primera vez de Newton y de la mecánica clásica al procurar enterarse de Einstein. El hombre común, desconocedor de los escamoteos de la gnoseología, bien seguro de sus realidades, acude a los libros de vulgarización relativista seducido de antemano por los estupendos juegos de prestidigitación que espera ver hacer con la materia, el espacio y el tiempo: apetencia filosófica y aún metafísica, antes que pura curiosidad científica.

Respecto a las relaciones de relatividad y filosofía, sostiene el Dr. Alberini que Einstein no participa de las conclusiones de sus filósofos; del espíritu de su obra, deduce que acepta la realidad agnóstica de estructura racional objetiva, sin que crea absoluto este racionalismo dados sus elogios al pragmatismo tibio de Poincaré. «A primera vista—agrega,—pudiera creerse que el autor es el más indicado para ilustraciones sobre la posición filosófica de su teoría. Nada, sin embargo, más discutible, pues bien pudiera suceder que Einstein encuentre, como Newton, su Kant. De cualquier modo, el terreno está bien preparado para discutir las relaciones entre la filosofía y la ciencia; y esto no lo debemos a Einstein, cuyo célebre principio ha dado al conocimiento científico una transparencia epistemológica jamás lograda. Esta es, en mi sentir, la la ventaja filosófica menos discutible que ofrece la teoría de la relatividad».

«La claridad es la buena fe del filósofo», dice no sé dónde Schopenhauer. En el escrito aquí comentado sorprenden la claridad de pensamiento y la claridad de expresión; el autor se ha puesto bien en claro él mismo antes de arrojar de poner en claro a los demás. La palabras de Alberini no son de las que el lector puede leer distraído, en una niebla de semicomprensión; todo esto ha sido pensado intensamente, y con la misma intensidad va a clavarse en el espíritu del lector. Este discurso académico, sobrio y hondamente pensado, es todo lo contrario de las disertaciones frondosas y escasas de pulpa, a que nos tiene acostumbrados nuestro diletantismo de la cátedra y de la tribuna.

FRANCISCO ROMERO.

### SAIN JOAN; A CHRONICLE PLAY

Por BERNARD SHAW. Edit. 1924

○ RILLANDO los setenta años—en ese tiempo remansado en que el escritor, ya bien reconocido el mundo en sus libros, se encuentra en posesión de la mañana, del mediodía, de la tarde y la noche y puede consagrarse con justicia a sólo especularlos—Jorge Bernardo

Shaw renuncia al domingo y da con sus mejores páginas y es riquísimo en su poniente, *Vuelta a Matusalén* y *Santa Juana* evidencian ese don último, esa incansabilidad en el pensar que ya es famosa tradición de su pluma. Al primero lo juzgo su mejor drama (calladamente afirmo con eso que es el mejor de esta centuria) y del segundo diré que no le va en zaga. Lo he frecuentado con alegría, juntando el goce espiritual al razonador, la gustación del corazón a la del intelecto. Conozco la entera labor de Shaw y en *Santa Juana* no he tropezado con el menor auto-plagio: cosa de que mi pobreza se maravilla.

Santa Juana de Arco fué heroica y Bernardo Shaw no le cercena la heroicidad. Eso es inusual y lindísimo *An das Goettliche glauben—Die allein, die es seiber sind*, pensó Hoelderlin. (Crean solamente en lo divino aquellos que lo son). En el siglo pasado hubo muchos hombres que, no creyendo en lo divino, se atarearon a novelarlo y lo hicieron a su imagen y semejanza, quiero decir ruinmente. Eran los abogados de la muerte y les resultaba inverosímil cualquier pasión, cualquier abundancia del ser, cualquier largueza de la vida. A puro amarretismo espiritual nos armaron un Argos tuerto, un Jesucristo librepensador, un Judío Errante que no llegó ni a la esquina, un Moreira cangalla, un don Juan Tenorio castísimo, un taciturno Shakespeare que no supo agarrar la pluma. A unos los escandalizó el destino de Lázaro, obligado a resucitar; otros, incapaces de urdir fábulas nuevas, barajaron las motivaciones de las antiguas y difundieron la de la nobleza de Judas y ese chisme conventillero sobre si Cristo la festejó a Magdalena. ¡Cuánta intromisión de la muerte, cuánto no-ser o apenas-ser!

La *Santa Juana* de Shaw no nos infiere supercherías de esa ralea. El gran dubitador que la ha escrito, tan incrédulo de la ciencia y de la misma literatura, cree muy de veras en la vocación de heroísmo y a *Santa Juana* no le ha dudado la santidad. Ella padece su calvario en sus páginas y lo mismo puede afirmarse de los demás interlocutores de la tragedia. No hay personajes secundarios en la obra. Cada cual, vive la unicidad del destino suyo y en esas vidas encontradas que la guerra entrevera y desordena como muchos aceros, cada uno intenta justificarse y cree poder contar, allá en la arraigadura del fuero interno, con la amistad secreta de Dios. Ojalá sea así. El pudor de cada alma está respetado y el dramaturgo no se olvida nunca del yo, de todo el señor yo que hay en el último atorrante y que es tan dueño de la luna y del mundo como cualquiera de nosotros. Esa reverencia prolija, ese asutito y benévolo acatamiento de la unicidad de las almas, es como una herencia de Browning. Pero el de Browning no es el único nombre que su lectura me aconseja; quiero añadir el antitético de Flaubert. Este, a fuerza de arcaísmos y cachivaches, mintió un Cartago que se nos cae a

pedazos; Shaw, sin vidrieras ni antiguallas y en un inglés que es contemporáneo de Dempsey, inventa la Edad Media. Tal vez la misma, la mismísima, que ya Dios inventó.

JORGE LUIS BORGES

### LA VILLE MERVEILLEUSE

(ROMAN DE LA VIE HISPANO - AMÉRICAIN)

Por FRANCISCO CONTRERAS. La Renaissance du livre. París.

**F**RANCISCO CONTRERAS, crítico agudo y artista de ley, viene desde hace diez años cumpliendo el noble propósito de mostrar a Francia y por medio del francés a todo el mundo culto el movimiento intelectual de América en la persona de sus representantes. Este propósito americanista ha guiado, mejor dicho, originado una de las tres formas de su actividad: la crítica. En la lista de sus obras —diez y siete volúmenes incluyendo el presente,—cinco responden a ese principio de su programa de labor, con lo que ha obligado el reconocimiento y la gratitud de América para consigo.

Dentro de su plan de trabajo se ha internado hoy en un terreno en el cual el antedicho propósito se extiende más allá de la manifestación intelectual. En el nuevo libro, primero de una serie «qui interprétera la vie de l'Amérique Espagnole, et en particulier du Chili, durant les derniers trente ans a la compagne, a la ville, a la cité», Contreras, dejando por esta vez a un lado la crítica, ha tomado por asunto de divulgación al propio pueblo. Su talento de escritor, puesto al servicio de este deseo, le ha auxiliado en su realización. Y le ha auxiliado a maravilla.

Llama Contreras novela a este trabajo y explica en el prólogo el por qué de la clasificación: *La ville merveilleuse* es la novela de una región y de una época. Los siete episodios que la integran mantienen entre sí una relación más o menos estrecha, y «tout se développe dans le même «ien et dans le même laps de tems». Pretende también que existe a través de la obra una definida relación de continuidad, ya que en el mismo lugar y en el mismo tiempo, a través de los siete episodios, pasan los personajes principales, visibles o simplemente nombrados. Y concluye:

«A pesar de su composición fragmentaria, la obra así concebida es una narración completa, una verdadera novela. Se descubre en ella fácilmente una unidad perfecta, porque en realidad todo se desarrolla en torno de un grupo de personas, grupo que es el verdadero protagonista y todo ocurre en un lugar determinado y en un tiempo reducido. Esta no es pues la novela de muchos casos particulares, sino la de una región y de una época».

Siendo *La ville merveilleuse* exclusivamente esto, la novela de una región y de una época ¿de qué medios podrá valerse el autor para objetivar, para *personalizar* como sujeto artístico lo que carece de fisonomía exterior, de contorno geométrico visible? El espíritu de un pueblo y de una época está representado por los hombres y por las acciones de los hombres que viven en ellos. Habrá que *ver vivir* a estos hombres y su manera especial de vida nos dará el carácter espiritual de su época y de su región. Aquí entonces de los casos particulares, que considerados como caminos para llegar al fin que el autor se propone, no pasarían de ser cuestión de procedimiento. Sería empequeñecerlos, porque estos casos particulares son en el libro de Contreras acaso lo más valioso, en nuestra opinión.

Estos casos particulares no tienen, aunque su autor lo afirme, una rigurosa relación de continuidad. A pesar de la homogeneidad de los asuntos, de las semejanzas recíprocas de los personajes—todos ellos están esclavizados al poder de lo sobrenatural, enfermos del misticismo español del siglo XVI que parece se hubiera detenido en las ciudades aisladas de Centro-América, agravado todavía por el influjo de tradiciones y supersticiones indígenas,—tampoco existe una verdadera unidad de conjunto. El libro no es, pues, una verdadera novela. Cada uno de los episodios es en sí un cuadro con relieve, fuerza y vida propios, un cuento bello y vigoroso. No importa que el mismo grupo sea en todos el protagonista, ni que la acción transcurra dentro de las unidades aristotélicas de tiempo y lugar, si el asunto que forma el nudo de las narraciones es en cada uno diferente.

Dejamos ahora el último reproche para el final

Desde la primera página nos llama la atención el rigor del trazo y la luminosidad de la expresión con que Francisco Contreras dibuja un escenario o pone en movimiento un personaje. Estos forman en su libro una galería numerosa y pintoresca. En la persecución del fin anunciado —*la contrée l'époque*—ha tenido que echar mano a más de setenta figuras, sin duda para infundir de esta *ciudad maravillosa* animación y ruido humanos.

Aquí de los recursos del escritor. Todos estos personajes, pasan reposada o rápidamente por cada uno de los episodios, poseen carácter y personalidad propios. ¡Con qué seguridad de mano está dado el toque vital, el trazo que un instante hace surgir del tumulto anónimo del escenario un sujeto que siente y vive por su propia cuenta! A Contreras le basta para ello con un sólo detalle y como artista que es sabe elegirlo y colocarlo a tiempo.

La reunión de todos en uno y común escenario fija el ambiente de este sujeto impersonal que es la *ville merveilleuse*. A medida que se avanza en la lectura del libro véese cómo poco a poco éste se levanta y cobra carácter espiritual y fisonomía física.

El fondo sentimental en que se desplaza la acción es en cada episodio semejante en naturaleza y color. Se llega así a la definición que Contreras dá de su obra, pues esta multitud que constituye la vida del sujeto pasa mientras dura la acción por un estado común de alma que se transmite en *alma* de la ciudad.

Ella ha nacido de los casos particulares. Sobre éstos queda al final magníficamente pintada en nuestra imaginación por obra de la poderosa fuerza de sugestión que alienta en cada una de las páginas del libro.

Observada en detalle, *La ville merveilleuse* triunfa enteramente del análisis. Cada cuento, arquitectónicamente considerado, es una obra perfecta. El motivo se desarrolla con proporción, lógica, y va por sí sólo hacia el desenlace fatal que, con un trazo seguro, da la magnitud total de la emoción en que ha sido sentido, emoción que se comunica al lector y le coloca ante el cuadro con el espíritu sobrecogido por una sensación de angustia, miedo o piedad.

Otro valor ponderable en Contreras es su facultad de iluminar escenas. Los ejemplos superabundan. Para muestra citamos la única en el interior sombrío de la iglesia, —*La Chonette*— en un momento de locura mística en que un buen número de feligreses se flagela con un entusiasmo muy siglo XVI. El cuadro, de una potencia realista sorprendente, es digno del pincel de Goya.

El sentido de la luz en Contreras es otra cualidad no menos loable. Prefiere los tonos violentos —claridad enceguecedora, sombra intensa,— y distingue también los esfumados del crepúsculo y de la noche de luna. El tono común, la atmósfera de la obra es sombría, ya que en el total viene a ser elemento de evocación y como tal tiene que corresponder al espíritu general de la misma.

Francisco Contreras ha escrito su obra en francés. Su francés es perfectamente gramatical, suelto y bello. Abundan páginas que no desdenarían firmar algunos maestros de la prosa francesa. Salvo los sustantivos propios y los términos criollos intraducibles, todo lo demás, modismos, canciones, ha sido traducido literalmente.

Pero el autor no es francés sino chileno y bien chileno y el espíritu de su obra chileno también por donde se le busque; su obra, leída en francés, no puede ser sentida sinó en castellano. Esta vez, a nuestro juicio, Contreras ha ido demasiado lejos en su propósito de divulgación y, lo que es peor, en perjuicio de su patria y de su lengua. Debía traducir su obra al castellano: Chile, la obra, la literatura americana y él mismo saldrían gananciosos con ello.

M. LÓPEZ PALMERO.

## SEGUNDO LIBRO DE LOCO AMOR

Por BERNABÉ DE LA ORGA. Edit. «La Facultad», Buenos Aires, 1925

COPIOSA es, sin duda alguna, la producción de libros de versos en nuestra República. Continuamente el mercado literario nos ofrece frutos de esta índole, y, como es obvio, la abundante cosecha nos muestra los más variados productos: Algunos, los menos, alcanzaron el tiempo de sazón; otros, a la leja, están diciéndonos que fueron cortados en agraz; y también los hay de aquellos madurados a fuego, artificialmente, engañosos productos de escaparate que al primer mordisco denotan su condición de fruta fofa.

Podríamos, sin embargo, en medio de esta abigarrada producción literaria, tentado una división en gros, separar los poetas en dos grupos según caracteres muy visibles: Es, a veces, el poeta sintético de corazón adentro, que da la nota íntima en un tono apagado de crepúsculo; que desmaya de una amarga tristeza y nos canta *su angustia* — corolario de esa inquietud que despiertan las cosas ignoradas cuando empiezan a vislumbrarse — en versos que son como un desprezamiento femenino, como una muelle y algodónada languidez. O es el poeta de las novísimas generaciones literarias que vive la hora actual, oteando los últimos progresos de la civilización y que despreocupándose a veces de la forma — o utilizándola como una sensación visual más — nos mete los variados motivos de sus versos por los cinco sentidos y nos da la visión de lo que se propone por medio de imágenes exuberantes, exactas, claras y oportunas; poeta que nos ofrece a beber en rústico cacharro un agua pura y sabrosa.

El autor de «Segundo libro de loco amor» no podría ser considerado en ninguna de estas dos posiciones, lo cual sin que sea un esencial mérito, denota ya una despreocupación por estar *a la moda* (moda que suele ser causa de muchas ridiculeces) y que para quien consigue su objeto, constituye un timbre más de valía.

Nos atreveríamos a decir que Bernabé de la Orga es un poeta cerrero, primitivo, agrio — hasta cuando canta el amor que a la mayoría hace humedecer los ojos — no solo por los asuntos y la manera de tratarlos, sino también por los utensilios de que se vale como medio de expresión.

Embebido en la lectura de los clásicos, nótese bien entre ellos mismos, cuales son sus autores predilectos. El vocabulario y ciertos giros que usa tienen mucho del castellano empleado por el Archipreste de Hita, el Infante don Juan Manuel y el cantor de «los milagros de la

«Gloriosa» lenguaje rústico de un idioma que no había alcanzado la flexibilidad, soltura y armonía a que habían de conducirle, algún tiempo después, los maestros del siglo de oro.

Como el anónimo autor del «Poema de Alexandre» piensa el señor de Orga que:

Fablar curso rimado por la cuaderna vía,  
A sílabas cuntadas, ca es grant maestría.

Y por eso vemos que en su primera obra: «Libro de loco amor» — publicado en el año 1923 — y en este «Segundo libro de loco amor» prefiere emplear en la mayoría de sus composiciones la cuarteta monorrima de versos alejandrinos.

Como dijimos, no es solo la parte formal lo único que nos trae el recuerdo de los viejos autores, sino también el pensamiento macizo, la comparación ajustada, el uso constante del apotegma, los giros, las palabras y hasta cierto atrevimiento, dureza y exesiva sencillez que solemos encontrar en ellos.

Después de quince años de trabajo — lo decía en el prólogo — el señor Bernabé de la Orga publicaba su primer libro de versos. Retozaba en cada línea la sangre arisca. Era un canto de juventud, de fuerza, de vida. Era un «Evohé!» gritado desde la cima de un monte, con toda la fuerza de los pulmones, y que iba dando tumbos hasta morir en la última quebrada.

Aquella obra: «Libro de loco amor» tenía por escenario el campo: sierra o llano; las ciudades no aparecían casi, cuando más una aldea se veía a la distancia. Los personajes: una mujer y el poeta. Es verano. Medio día. Pleno sol. Vaho tibio y embriagante de las eras. Con estos elementos no cabe duda que era el deseo instintivo, salvaje, el que había de aparecer en todo momento y que cada verso tendría por ritmo único el bullir de la sangre ardorosa. Más aún: la mujer que encontraba en su camino este poeta, no era la recatada y pudorosa serranilla que con gracia musical cantó el Marqués de Santillana, ni tampoco la desaliñada y robusta mujerota que encontrara en su viaje el Archipreste, sino un tipo intermedio: menos descuidada de su persona que la una, y más pronta a entregarse que la otra.

En «Segundo libro de loco amor» ya la mujer no está en primera línea; no es que haya desaparecido por completo, no! De vez en vez — de la misma manera que en otoño hay días de fuerte sol — por los alrededores de algún poblado se nos aparece el espigado cuerpo de la moza con su andar prometedor. Ahora preocupa más al autor el paisaje y las cosas que va descubriendo en sus continuas andanzas por muy diversos lugares.

«Laderas del San Roque» es un excelente cuadro serrano. Pierde la composición al ser mutilada, sin embargo entresaquemos los siguientes versos:

La cáfila de cabras andaba por el risco.  
Los chivos nuevecicos, más ya buscaban cisco.

Prendidos a las ubres pedían la chorrada  
con un hopeo dulce y alguna testerada.

Las madres reposaban en el duro echadero  
o lamían la sal de buen sabor casero.

Y ví mi tierra en torno por millares de hectáreas.  
¡Grito de libertad, dí en las puntas calcáreas!

El poeta ha viajado mucho; y como es siempre grato después de un largo peregrinaje, gozar del descanso con un libro en la mano, él busca refugio en la paz campesina y se entrega a leer y escribir. En todos los versos nótase marcada e inconfundible huella de este noble ocio, que adquiere forma concreta, diríamos así, en el capítulo: «Al márgen de los clásicos». Las fábulas orientales del «Calila y Dimna» — que tanta materia proporcionaron a la literatura no solo española sino también extranjera — los proverbios morales, la novela picaresca, ofrécenle motivo para sus acertadas glosas.

El pensamiento filosófico que campea en todos los consejos que el poeta da, lo encontramos expresado en las palabras liminares: «Goza: porque envejecerás; goza: porque morirás». Y así finaliza el capítulo de «Ejemplos del tiempo que huye» con estos versos:

Antes que el tiempo breve en tus brazos se exhale  
cosecha dulcemente las rosas de la vida.

Y no podía ser otro el lenguaje de quien ha disfrutado las horas como o dejan columbrar sus dos libros optimistas y llenos de vida sana.

Como resultaría largo transcribir algunos pasajes, mencionemos aquí: «La route et la croûte», «Cántica de la pata coja» y las epigramáticas «Vida del Lazarillo de Tormes» y «En el viejo puente» que nos parecen ser de las mejores composiciones.

Cierra el libro la poesía intitulada «El Mundo y la Vida» que es quizá una de las más sustanciosas. En ella hace aguadas observaciones sobre diversos asuntos, discurriendo con naturalidad ya con el aire lí-

gero y zumbón del ironista ya con una fugaz gravedad de dómine, pero siempre salpimentando sus versos con la expresión gráfica y certera a usanza de aquel veloso y pescozudo Juan Ruiz.

De «El Mundo y la Vida» desglosamos la siguiente cuarteta.

Hay vino generoso y vinagre en mis cuencos.  
Hay cantares derechos, otros gafos y rencos.  
Hay cabríos cerreros y corderos pastencos.  
Bienes que me son propios, bienes que son mostrencos.

Esto, como es lógico, podría ser aplicado a todo libro y según la cantidad en que se encuentren de los unos y de los otros, resulta la calidad de la obra ofrecida.

El señor Bernabé de la Orga puede considerarse satisfecho al saber que su libro no es de los que una vez leídos, van a parar al rincón de la biblioteca a donde el lector no llega nunca.

Cuando se ha trasegado el vino de los clásicos a los propios odres, guardan estos para siempre el perfume deleitable.

HUMBERTO B. VERA.

## CeDInCI

### TANGARUPÁ (CUENTOS)

Por AMORIN. Editorial Claridad; Buenos Aires 1925

**T**IENDEN estos relatos, de ambiente rústico, hacia los fuertes efectos dramáticos. En una visión particular de determinado escenario campestre — Tangarupá es «un lugar de la tierra» — se desarrolla la tragedia de una serie de vidas hermanas en la obscuridad de sus destinos miserables. A la estancia como al rancho de la descripción novelesca no asoma el sol glorioso de la naturaleza plena, ni su atmósfera física y moral, espesa y viciosa, recibe el beneficio de una ráfaga de aire puro. Falta la presencia consoladora de una mujer o de un niño de alma blanca en ese medio en el cual se mueven figuras siniestras de la ignorancia, la superstición y la torpeza bárbara. Elenco bien elegido y expertamente manejado, por lo demás, para que cada episodio enderece con eficacia hasta el límite de la emoción conmovedora y rayana, a veces, en lo espeluznante.

De los cuatro relatos contenidos en el libro, «Tangarupá» alcanza el carácter y las proporciones de una novela breve. Es el conflicto afligente de un matrimonio de estancieros que no ha fructificado en el premio del hijo. Simple ella hasta la bobería, con ingenuidades y preguntas de

niño; absorbido él por la preocupación de su falta de descendencia y por su campaña tenaz contra las hormigas, el diálogo se desliza a propósito de ese doble motivo casero en rápidas escenas que perfilan fielmente las dos psicologías rudimentarias. Y como el marido insiste en su queja sempiterna, ella recurre a los prestigiosos oficios de la curandera que lleva curados «muchos casos como ese». El milagro buscado se operará, en efecto, pero gracias a la intervención del niño ciego, personalizado en la triste figura del gaucho cuyo destino de hijo de un amor inconfesable vino a quedar, desde su infancia, en manos de la médica. Este paisanito triste y tímido tiene alegrías fugaces de pájaro silbador. Ha adquirido el hábito de acompañar su soledad y su tragedia íntima con el consuelo del silbido. Después de su aventura, huye tragándose los vientos para librarse de una persecución imaginaria.

El desarrollo del tema se presta a la descripción realista que en cierto momento, en el capítulo penúltimo, llega a presentar un cuadro de aberración abominable. Y el relato culmina en un final dramático de originalidad bien lograda.

«Quilanderas», «El pájaro negro» y «Los explotadores de pantanos» son narraciones breves, esbozos dramáticos, también, de intensidad progresiva, a veces linderas en lo macabro.

El estilo llano y conciso, que gana espacio y tiempo para urgir el desarrollo de la acción, como es propio de buenos cuentistas, cobra frecuente realce en el hallazgo de la metáfora feliz.

ALFREDO FERNÁNDEZ GARCÍA.

### «LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS» DE ARTURO CAPDEVILA

(«CUENTOS SOÑADOS» APARECIDOS EN EL CORRIENTE AÑO)

**A**L favor de la tibieza vernácula reanúdase la inconclusa conseja; el óleo encendido acendra la unión de la palabra patriarcal; la ronda doméstica escucha. . . Hasta que el reloj cauchés o flamenco, preferidos por Mauricio Maeterlinck para medir estas horas, anuncie la madurez del alma para el sueño. En la atmósfera del espíritu recién devorado por las imágenes rutilantes del día, se desvanece el color y el brillo de la luz refractada, se descomponen las figuras, y sólo encontramos «el remedio y la burla de nuestros propios actos, lejanos o próximos». Este ambiente, del cual no sale, mientras sueña, la mayoría de las personas, está poblado por las entelequias de la realidad: es la zona del sueño donde la apariencia de las cosas regresa hacia la materia informe. La forma inmaterial—«el vapor de las cosas»— «florece en la zona en que

los genios fundaron la Ciudad de los Sueños propiamente dicha. En esta etapa, a que llegan pocos, «todo se olvida. La personalidad habitual se desvanece. Es un mundo aparte». Pero he aquí que la sabiduría antigua discurre al oído su viejo apotegma: la memoria es un castigo que los dioses infirieron a los hombres.

Aun estos senos recónditos del espíritu, en la inconsciencia del sueño, son visitados por las evocaciones. Porque el poeta ha escrito los «cuentos soñados» bajo la sugestión de sus excursiones ideales a los países suntuosos, a veces tristes, a veces alacres, cuyas culturas ha pensado, antes de ahora, con benedictina pertinacia.

Se dirían cuantos escritos por un hombre en estado sonámbulo, desde la perspectiva transfiguradora del Oriente fantástico, en los que el autor comparte la inquietud de edades extintas con las preocupaciones contemporáneas. Cuentos que se desenvuelven en una atmósfera sobrenatural, que ofrece al poeta frondosa ocasión para las creaciones opulentas y trágicas de la imaginación.

FRANCISCO LUIS MENEGAZZI.

## LITERATURAS EUROPEAS DE VANGUARDIA

Por GUILLERMO DE TORRE. Editor Caro Raggio; Madrid, 1925

TUCÍDIDES escribió en el frontispicio de uno de sus crónicas: *Antes de ahora, nada historiable ha acontecido en la historia de Grecia*. Esta declaración prueba la carencia de sentimiento histórico que caracterizó a aquel pueblo. Los griegos, sensibles sólo al presente absoluto, ignoraron esta angustia de futuro y de pasado que controla todos y cada uno de nuestros momentos, y que — nacida con los poetas latinos — alcanzó plenitud en el siglo XIX — siglo de las *Filosofías de la historia* — y en estos nerviosos días de periodismo y de reloj.

Guillermo de Torre, al historiar los movimientos de vanguardia, adopta una postura crítica muy digna del feliz cronista griego. *Antes de ahora* — podría haber dicho — *nada memorable ha ocurrido en la historia de la literatura*. Salvo varias atinadas menciones de Walt Whitman, de Quevedo y de Góngora y un minucioso capítulo dedicado a Herrera y Reissig, su libro no demuestra gran inquietud por el pasado literario. Es cierto que la intención de Guillermo de Torre es presentarnos un resumen de los novísimos postulados estéticos, pero no es menos cierto que la mejor manera de justificarlos hubiera sido buscar verificaciones probatorias en la misma raíz del ayer artístico. El carácter polémico de su obra habría ganado en eficacia convincente.

El ensayo sobre la metáfora, por ejemplo, es incompleto. En Francia, este activo recurso emocional fué diestramente manejado desde el ciclo juglaresco — Thibaut de Champagne, en el Norte, y Bertrand de Born, en el Mediodía, practicaron un fresco y candoroso linaje de metáforas. Y tanto en el *Roman du Renart* como en el *Roman de la Rose*, el lenguaje alegórico comienza a ser ejercitado sabiamente. En España, mucho antes de Góngora, Lope y Quevedo — geniales potentados del idioma — el empleo de la imagen poética no era un secreto. Juan de Mena, el primer poeta español que tuvo lúcida conciencia del instrumento verbal, inventó un lenguaje poético y regaló al repertorio lexicográfico castellano con varios neologismos útiles. El verbo *confuir* — entre otras voces — nació de su pluma. En Portugal, los cancioneros de la Vaticana y de la Ajuda así como los *torneles* y *cantigas de amigo* de los trovadores del período *dionisiano* son ricos semilleros de agudas imágenes. Por otra parte, los textos de escolástica y de apologética cristiana abundan también en figuraciones metafóricas. San Anselmo, San Buenaventura, San Francisco de Asís, San Agustín y San Alfonso de Liguorio usaron discretamente del lenguaje directo. Acabo de gozar esta luminosa imagen didáctica de San Pablo: *La fe es la sustancia de las cosas que se esperan*. Y la Biblia, a su vez, ¿cuántos ejemplos de metáforas no suministra al lector menos avisado?

A Guillermo de Torre no le faltan condiciones de investigador, y su curiosidad intelectual está firmemente reconocida por los jóvenes de su generación. Por ello es más sensible, en su obra, la falta de un estudio más amplio acerca de la evolución histórica de este maravilloso vehículo de expresión pura que es la imagen.



Divídese este libro, aparte de unas oportunas glosas iniciales, en tres grandes partes: *Gestas de vanguardia*, *Desde el mirador teórico* y *Otros horizontes*. Dedicar la primera parte a las cuatro principales manifestaciones de la nueva sensibilidad: cubismo, futurismo, ultraísmo y dadaísmo. A la escuela suprarrealista — definitiva cristalización de Dadá — dedica unas breves apostillas suplementarias.

La segunda parte — la más personal y la mejor expuesta de todo el volumen — encara el aspecto doctrinario y técnico de las novísimas literaturas. Casi toda ella está inspirada en la *poesie d'aujourd'hui*, de Jean Epstein, y en *La deshumanización del arte*, de Ortega Gasset (este último estudio, aparecido hace dos años en *El Sol* y editado ahora por Calpe), que, dicho sea de paso, son las más certeras codificaciones estéticas intentadas en torno al arte nuevo.

La *verdad pensamiento* oponiéndose a la *verdad acto* — según Epstein —, lo *intelectual* contra lo *sensorial*, el *ilogismo* frente al *realismo* — según Ortega —, son los postulados elementales de la poesía actual, y De Torre sabe discriminarlos con agudas experiencias propias. Cada escolio es, de este modo, un recio sillar en la sólida fábrica de su argumentación.

El subjetivismo intraobjetivo — la *Einfühlung* de los alemanes —, en su faz de problema abstracto y particular con respecto al espíritu contemporáneo, es analizado sumaria pero inteligentemente.

La parte final aborda una especie de estudio psicológico de las recientes generaciones. Dos estados de espíritu perfectamente actuales — el *sentimiento cósmico* de los unanimistas, desde Whitman hasta Romains, y el *sentimiento cosmopolita* de Larbaud y Morand — motivan una admirable exégesis estimativa de Guillermo de Torre.

Cierra el libro un escolio vivaz y emocionado a la Cinegrafia.

En lo que respecta a las literaturas americanas, el libro de Guillermo de Torre no ofrece un justo espectáculo. Entre otros errores, incurre en el de situar a Lugones como discípulo de Herrera. Y omite muchos nombres estimables: el del mejicano Tablada y el del peruano Hidalgo, por ejemplo.

Con todo, *Literaturas europeas de vanguardia* es uno de los libros críticos mejor inspirados, más intensos y más juveniles que se haya publicado en español, desde hace tiempo.

Guillermo de Torre ha prestado un incalculable servicio a los escritores de nuestra generación. Su obra disipará el encono desconfiado de ciertos intelectuales timoratos y pondrá en claro la honradez de nuestros propósitos renovadores y de nuestra limpia voluntad.

FRANCISCO LUIS BERNARDES

#### DERECHO POLÍTICO (ENSAYOS)

Por CARLOS SANCHEZ VIAMONTE. Edit. por la revista Sagitario

**E**S este un libro valiente. Por él, su autor rinde tributo a la generación y a la sociedad en cuyo seno vive y lucha, un esfuerzo honesto en favor de la causa a que se ha consagrado por entero: la lucha por la verdad.

Labor propia y libre de estudioso, es la que exhibe su autor, como para demostrar a los «pesimistas», los de brazos cruzados, que no hay mejor campo para la fuerza moral de la juventud, que el estudio viviente de los hechos sociales.

Hay que producir y luego publicar lo que se piensa, puesto que, en la vida, publicar es parte de la función dinámica del pensamiento.

Es su primer libro: no alimenta el autor la idea de haber hecho un libro definitivo, pero es una obra sincera y honesta (raras cualidades, hoy,) porque revelan en sus páginas, la preocupación seria por problemas jurídicos, pero de grande interés social y humano.

Valiente, porque en la crítica certera del criterio individualista, principio tutelar de nuestro derecho público, llega al fondo de la cuestión: plantea crudamente la crisis del régimen democrático y anhelando una solución, proclama sin ambages el criterio social o colectivo (asociación profesional); indicando, sus esperanzas de que con estas normas no solo solucionemos el problema político, sino, contribuiremos también al mejoramiento del régimen social.

Muchos lo piensan, pero pocos lo escriben: unos por miedo a una mal llamada crítica y otros por las cómodas razones del callar de Sancho.

Pero este libro de un espíritu joven, es un libro valiente, infringe «el buen callar sanchesco» y tienen sus páginas el soplo inconfundible de la franqueza intelectual.

Atrae la atención del público lector y universitario sobre cuestiones tratadas con miedo en el rígido y vetusto derecho constitucional de nuestras universidades.

Decididamente embanderado el autor en la escuela colectivista o socialista (por anti-individualista), en la concepción del derecho, por convicciones arraigadas ya, por la experiencia pavorosa de post-guerra, cree que vivimos un momento de profunda transformación, que vamos creando, lenta, pero firmemente, al abrigo de nuevas concepciones jurídico-económicas, un estado social más claro y más en armonía con la justicia y el derecho a la vida.

Tal es en breves términos la orientación del nuevo derecho, que tiene en Duguit y en Menger, dos propulsores formidables de las nuevas tendencias, los «nuovi orizzonti» como dice Cimbali, — teórico también de la nueva doctrina.

Los ensayos tienen todos una unidad, que responde a la unidad del tema que les inspira: el sufragio, su naturaleza, y sus concomitancias con los problemas del Estado y la Soberanía.

Sanchez Viamonte es el primero en estudiar, bajo tan interesante punto de vista, toda la profundidad del sufragio.

No solamente en su naturaleza jurídica o política, buscando y reuniendo las ideas encontradas de los tratadistas, sino que se remonta a las fuentes lejanas: Tomás de Aquino, Suárez, Bodin, Vico y de ellos a Rousseau y Kant, o sea a los creadores de la filosofía del derecho público moderno.

Es imposible, dado el estrecho campo de una bibliografía, seguir al autor, en el detalle, de la decentración y refutación de los mil sofismas de esta materia, en la que abundan como pantanos en campos bajos. Esto es ya materia de comentario crítico detenido.

Apenas el autor se desembaraza de una argumentación cuando sostiene con valentía la necesidad de una amplia renovación de conceptos.

Al reclamar sinceridad en los profesores, ofrece toda su valentía: «El gobierno de la sociedad, fué desde el comienzo, una imposición de la astucia y de la fuerza».

«El pueblo soberano solo existe como función abstracta cómoda de invocar para la legitimación de cualquier violencia, de abajo o de arriba».

No es la originalidad, sino la franqueza de los conceptos, lo que hacemos notar.

Desde la mañana del mundo, hombres sutiles no se dejan engañar. Lafontaine nos enseña toda la Política en la fábula célebre de «el lobo y el cordero». Allí «no enturbiar las aguas» es la razón de estado: Voltaire dice que «el primer rey no fué sinó un bandido con suerte».

Marx empieza uno de sus libros sosteniendo «que la fuerza es la partera de las sociedades».

Pero, — cerrando las citas, — hay valentía en decirlo siempre, aunque ahora como los augures de la decadencia, profesores solemnes, enseñen sofismas, de cuya tontera, ellos mismos se rien.

Guardando la unidad debida sigue el autor desarrollando el sufragio en sus relaciones con la opinión pública, los partidos políticos y termina expresando sus deseos y esperanzas de que, al amparo del fecundo sentido socialista del derecho, que ha dado autores como Menger y jueces como Magnaud, se acerque la humanidad a «la tierra prometida», que no ha logrado aún a pesar de sus cruentas transformaciones.

La Revolución francesa lo vislumbró, pero no pudo llevarlo a cabo, por estar ella imbuida en los principios individualistas de entonces los de sus grandes tribunos.

Dar a la libertad el fundamento económico, principio básico de la nueva escuela que tiene elementos sindicalistas, es el propósito que anima a los luchadores de la Rusia desde 1917, como el individualismo de Rousseau animaba a los hombres de la Revolución.

FRANCISCO L. BARRETO.

Noviembre de 1925.



## La Interpretación del Alma Keshua

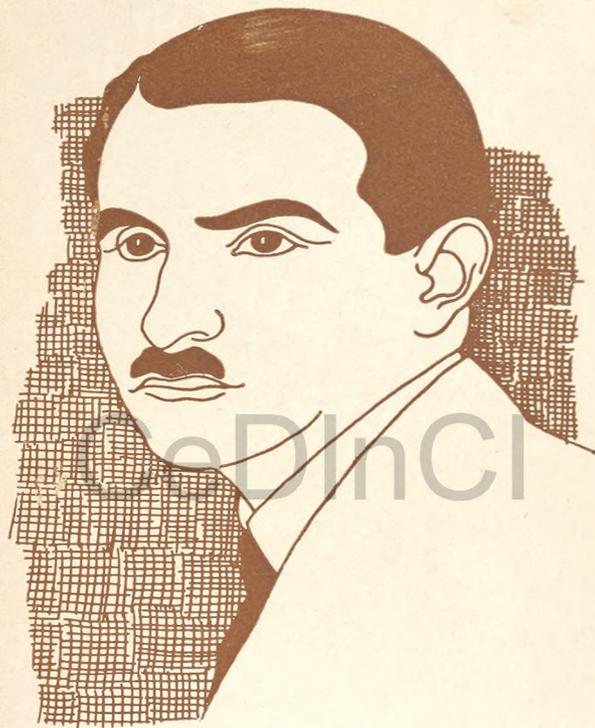
**H**ONDO y complejo motivo, esbozado sin perspectiva y analizado periféricamente. Divagadores de todas las teorías, esnobistas eruditos de heterogéneas observancias, han elucubrado tesis y conclusiones sobre la realidad social de la masa aborígen. Mirando las fases segmentales, los aspectos episódicos, han construido un andamiaje de frases hechas. Y así, toda crónica o folleto, tras una ergotizante exposición de considerandos retóricos, epiloga con «la tristeza del indio», «el hermetismo del alma keshua», la degeneración paladina de una raza inferior».

Hay quienes miran sin ver una realidad social, pero estos exégetas del ánima aborígen, ni han mirado ni han visto. Desde la ciudad comfortable — donde vegetaron siempre — moldean terminologías sobre un complejo que ignoran o que conocen a través de crasos prejuicios. No sería iconoclasta afirmar que todos los estudios de interpretación de la conciencia indígena, adolecen o de un conceptualismo intrincado y difuso, o de estar sustentados ya en abstracciones, ya en el anecdotario trivial, desvirtuado por la referencia.

La corriente mental indígena, no ha sido captada aún: hay necesidad de descubrirla. Pero, intuyéndola, más que haciendo diletantismo crítico desde el aula universitaria, con estado de ánimo europeo. Para emitir juicios sobre esta realidad, no basta coleccionar datos de sico-análisis y exponer deducciones lógicas: Hay que acercarse, después del conocimiento del ambiente social, a la intelección de la mentalidad en dinamismo. Precisa crearse una sensibilidad nueva. Y es que el juicio sociológico no puede ser frío y sencillo juicio lógico. Ni tampoco, sustantivamente, reflejo del mundo subjetivo del intérprete. Ha de ser glosa palpitante del dinamismo realista, trasunto sintético de la concepción y el pensamiento consensuales.

No existe un isobarismo mental, ni en el tiempo histórico, ni en el espacio geográfico. El europeo, vanidosamente, ha sentado el dogma de un principio contrario, cuando sus ideas, sus concepciones, sus valoraciones, no son mundiales, sino exclusivamente occidentales. Los hombres y las colectividades formadas fuera de esa cultura parcial, no tienen, no pueden tener, un pensamiento análogo ni una infraestructura símil. Pertenecen, no solo a estadios, sino a culturas diferentes. Sus procesos espirituales siguen trayectorias no solo divergentes sino hasta opuestas: el indú tiene un ideario espiritualista, de sentido contemplativo y trascendencia ética, antítesis del que profesa el hombre de occidente, amoral, egoísta y pragmático. El concepto del honor arrastra al samuray a practicar el harakiri, mientras que al occidental solo puede conducirlo a la versallesca solución del duelo. Diferencias de grado y de naturaleza en el sentido de la vida.

Precisa una sensibilidad nueva, porque la realidad social indígena es la realidad distinta. La concepción de la vida, el devenir síquico, el complejo mental del keshua no son los mismos que los del europeo o los del europeizado. El indio vé y siente el panorama con mirada y sensorio diversos. El mundo fenomenal tiene para él otros



EDWIN ELMORE

grados de motividad. Sus nervios no son los nervios hiperestesiados del hombre occidental. Su concepto del mundo está condicionado por una tradición que no ha sufrido el contagio de los fermentos europeos. Muy otros han sido los gérmenes, la génesis y el desenvolvimiento de su cultura, de esa cultura cuya savia vital se mantiene genuina y latente, a pesar de la violenta intrusión de la levadura que importaran los elementos de otros pueblos y otra raza.

La conciencia sociológica indígena, regiamente condicionada por el ambiente y por la simbolización maravillosa del paisaje, está fuertemente determinada por la tradición incásica. Al estudio del indio como ente síquico, como sujeto histórico, debe preceder la sensibilidad de la tradición, la subjetivación del paisaje. Tradición que, mas que simple etapa de referencia histórica, es venero de concepciones, creencias y relaciones; paisaje que, mas que mero escenario yerto, es sugerencia perenne, savia viva traducidas en actividad integral por los hombre que en él sienten su raigambre ancestral y a través del que reflejan todo el complejo de su dinamismo colectivo y personal.

Juzgar al indio fuera de la corriente tradicional, fuera del ambiente vernáculo, es analizar una osamenta troglodítica, sobre la mesa pulida de un museo. Será hacer ciencia, pero ciencia muerta, ciencia absurda por tratarse no de un conglomerado pretérito y ausente de la actividad contemporánea, sino de un sumando humano vivo, compulsivo, con esa presión multánime de todo lo que es fuerza anímica, económica y social en el devenir de un pueblo, vale decir mejor, de un continente. Y esta es la categoría de estudio que, hasta hoy se ha hecho, de la realidad indígena.

Se nos presenta el indio deformado, achatado, muerto. Pésimos traductores nos presentan una realidad crucificada e inerte. Exégetas que estudian con idéntico criterio

la momia y el hombre, la ruina inánime y el drama social en plena acción.

Mas aún. No puede hacerse un estudio completo del problema, si solo se llega a la interpretación del indio como ser y como masa, aisladamente, circunscrito por la peculiaridad de su tradición y condicionado por la influencia del paisaje y del medio. Hay que aguzar la visión y la sensibilidad, al expresar la naturaleza y las modalidades de relación, entre la raza aborígen y los segmentos extraños. I, para ello, hay que mostrar lepras sociales, crímenes consuetudinarios, expoliaciones macabras, morbosidad colectiva. Descubrir obscuras causalidades de retrogradamiento — mas profundas que la coca y el alcohol — exhibir complicidades, señalar, es decir, acusar. Y los hombres que tienen valor para dedicar toda una vida a hojear folios de biblioteca, son muchos: los que tienen el de consagrar un instante a la acusación necesaria, son muy pocos.

Hasta hoy no se ha realizado obra profunda ni sincera, con tendencia netamente sociológica, sobre la cuestión del indio. Se ha hecho estudio supérfluo, epidérmico, por salvar — en muchos casos — el apuro universitario. Toda tesis doctoral sobre el «ayllo», «la comunidad indígena» «el comunismo inkásico» son elucubraciones librescas, rebuscamientos de insecto. Plagios entre comillas, citas de Garcilaso y Montesinos, transcripciones hilvanadas en hibridez inconexa. Los otros, jesuítas o subconcientemente, han realizado labor de disculpa; disculpa de los responsables. Ha habido interés en dar la deformidad por la realidad. Interés que ha determinado la insinceridad de la traducción, la pacatería del avizoramiento, el silencio sobre puntos sustantivos, esenciales.

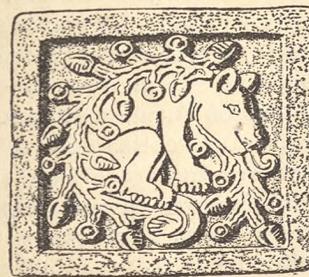
Es que la cualidad primordial de una labor con tendencia filosófica, de desentrañamiento de embriones y factores sociales, es decir la verdad. Pero — en el Perú, sobre la cuestión indígena — decir la verdad sería enunciar

postulados turbulentos y revolucionarios, descubrir, a plena luz, oprobiosas iniquidades. Y, cuando hay intereses activos o en potencia, nada mas peligroso ni mas inconveniente. Para decir la verdad sobre el indio hay que enfrentarse a un mundo de prejuicios, a una montaña de carroña, a una casta poderosa de pachecos intelectuales y de traficantes que disponen de la fuerza para acallar, o del oro para comprar. La voz que diga esta verdad será voz nueva. Iconoclasta y de desafío. Iconoclastismo que verticalmente se niegue a ser turibulario de íconos figulinos, amasados por la prostitución periodística. Desafío que llegue hasta no tomar en cuenta la cólera de los nipotarcas omnipotentes, a hacer caso omiso de la fobia de una oligarquía poderosa, feudalista y clerical.

La voz que proclama la verdad sobre el alma keshua, será la de un hombre del «nuevo ciclo», de quien sepa sentir y plasmar esa realidad hasta hoy hermética. Voz revolucionaria, acusadora y por ello anuncio de una era fecunda y creatriz.

EUDOCIO O. RAVINES.

Buenos Aires, noviembre 1925.



## Edwin Elmore

**E**N estas mismas columnas recojimos la acusación que hiciera Vasconcelos contra ese poeta mercenario que responde al nombre de José Santos Chocano. En aquella página, con cuyo espíritu todos nos solidarizamos, se hacía ostensible la lucha que mantienen los hombres libres en defensa de un ideal de justicia y amparo de la conciencia moral del Continente. A fuego rojo se marcaba ahí a los filisteos de la cultura que han hecho de la inteligencia un instrumento vil, puesto al servicio de la tiranía; y del espíritu una baratija cualquiera de una tienda rural.

Como la conciencia resblandecida de este hombre—hablamos del bufón—no acertara a encontrar una postura justificativa, alzó su mano homicida, dando muerte, en forma alevosa, a uno de los autores virtuales de aquélla acusación moral que, como una lápida, pesa sobre la vida de Chocano. La víctima fué Edwin Elmore, amigo y compañero nuestro, quien ha caído noblemente sosteniendo generosos ideales en los que había polarizado la inquietud y preocupación de su vida. Espíritu culto y entusiasta, se había entregado, en estos últimos tiempos, con fervorosa pasión, a trabajar por la realización de un Congreso de intelectuales hispano-americanos. Con este propósito nos visitó el año pasado, cuando tuvimos oportunidad de conocerle y gozar de su trato cariñoso y franco; no hace mucho nos escribía, desde Lima, imponiéndonos de sus

gestiones en ese sentido e insistiendo—el tono de sus epístolas era siempre optimista—en la necesidad de reunir en una asamblea el pensamiento continental.

Había abrazado esta idea con tanto amor, trabaja en ella con tan singular empeño, que iba, poco a poco, venciendo, en parte, la apatía de nuestros intelectuales, contando ya con muchas adhesiones valiosas y no pocos lo secundaban de cerca en su campaña. En ésta circunstancia lo sorprende la muerte. Su desaparición no puede sernos más sensible por el doble motivo de que éramos sus amigos personales y porque con él pierde la nueva generación americana a uno de sus espíritus más preclaros.

En cuanto a Chocano, si nuestra voz fuese escuchada, pediríamos su absolución ante el Tribunal que ha de juzgar su crimen, porque sin recurrir a la tesis lombrosiana, este hombre sin moral es moralmente irresponsable. — SANCHEZ VIAMONTE, AMAYA, GONZALEZ, VERDE TELLO.

He aquí las palabras, que en momentos de la inhumación de los restos de Elmore, pronunció Luciano Castillo, Presidente de la Federación de Estudiantes de Lima:

«La vida de Edwin Elmore, una vida noble e idealista se ha roto definitivamente por mano que todos condenan y acusan. La tragedia ha repercutido sobre las conciencias puras y libres de esta tierra como algo que se desploma sobre ellas. Cuántos habríamos dado nuestra sangre, si hubiera sido necesaria, como la dió uno de los suyos, porque la actividad de sus vasos sanguíneos no se interrumpiera. Miles de corazones hemos vivido angustiados, anhelando que su juventud orgánica y la ciencia fueran más fuertes que la bala que le penetró al cuerpo, destruzándolo.

Y nuestra palabra en este sitio es de protesta, de afirmación de fé ideológica, de exaltación de los altos valores éticos e intelectuales de Edwin Elmore.

Elmore no perteneció a la última juventud universitaria, a esta juventud turbulenta e irrespetuosa que está derribando los mitos negativos y crea los de la justicia, del amor y la esperanza. Elmore pertenece a la juventud estudiantil que nos ha precedido, a esa generación que tiene parte de la enorme responsabilidad de haber consentido formarse la vergonzosa y amarga realidad actual; pero cuando alcanza su título profesional, siente el vacío de una enseñanza unilateralizada y utilitarista e ingresa a nuestra facultad de Filosofía y Letras, para satisfacer su necesidad de cultura desinteresada y humanista, ahí, con la muchachada más joven y de las tradicionales rebeldías, asimila el nuevo espíritu y actúa en los principales movimientos de la juventud, como en la jornada del 23 de mayo para impedir la ignominia de la consagración del país al Corazón de Jesús. Fuera de la Universidad, en su acción diaria, lo hemos sentido cada vez más nuestro. Es un caso de idealismo generoso, que nadie tiene el derecho de atacar. Si Elmore hubiera cumplido la trayectoria de su vida, se habría enrolado definitivamente a la juventud revolucionaria que marcha en América y en el mundo hacia «la lucha final».

Escritor, por vocación, no actuó en nuestra prensa diaria, porque no podía vegetar al lado de ella sin un gesto fervoroso y rebelde. Sus libros, principalmente, «El nuevo Ayacucho» revelan una personalidad vigorosa de escritor.

Sus ideales internacionales y humanos lo llevaron a dedicar una buena parte de su actividad y su talento a propiciar la unión de América Latina, fruto de los cuales será el Congreso de intelectuales libres hispano americanos.

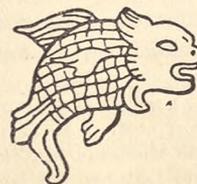
También tiene Ewin Elmore campañas sinceramente patrióticas como la de la Liga de Unión Nacionalista, cuando aún no se habían perfilado sus ideales internacionales y

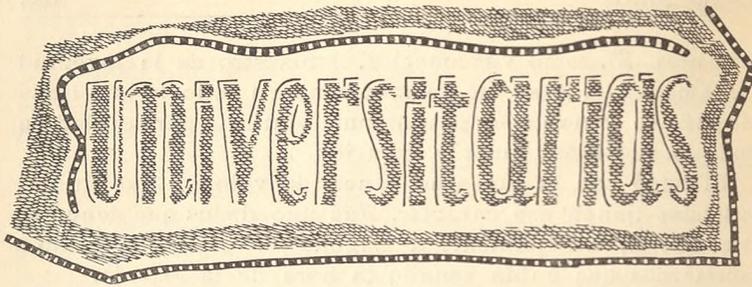
humanos. El, como Vasconcelos, el maestro de la juventud de América, que se siente mexicano en todo lo que tiene de positivo y noble el patriotismo, sentía la peruanidad en todo lo que fuera amor y creación.

El actuó con la juventud saneando valores. Sus últimos artículos tienen ese carácter. Fué uno de los que denunció y combatió, valientemente a Lugones, el poeta que vino a afirmarnos que había sonado la hora de la espada.

Su última actitud intelectual y ética ha sido la defensa del pensador Vasconcelos, por los altos ideales que la vida superior de este hombre representa, y que ha combatido tanto contra todas las formas del egoísmo y del mal. Pero no permitamos que se diga que la mano que tronchó su vida actuó representando ninguna tendencia, así sea ésta reaccionaria o fascista. Las conciencias limpias estarán alertas a que no haya impunidad.

Entre tanto, la Federación de Estudiantes, en nombre de la juventud y de la vanguardia organizada del proletariado que está aquí presente, saluda la memoria de Edwin Elmore».





## Reforma y Enseñanza (1)

**N**ACIDA nuestra Universidad en plena época de renovación de los valores universitarios, en época en que se acentuaba la función social de las universidades argentinas, es decir, la organización de su cultura como instrumento del bienestar y del progreso comunes, en época en que su novísimo estatuto consagraba un régimen reformista, americano digamos, y, necesario para armonizar nuestra idiosincracia, era su destino, y así sucedió, que chocasen las dos tendencias que pocos años atrás conmovieran a las Universidades de Córdoba y La Plata. De un lado la que creía y cree en la eficacia de sus criterios cristalizados a través de sus viejas universidades; y, por el otro, la que proclamaba métodos nuevos para universidad nueva, juventud que veía en ello el nervio vivificador de las instituciones, que en su sed de inquietudes y en su iniciativa audaz era romántica y atrevida en su gesto y heroica en el sacrificio.

(1) Discurso pronunciado por el Ingeniero Rodolfo A. Parfait, en nombre de los graduados, con motivo de la primera colación de grados efectuada por la Facultad de Ciencias Matemáticas de Rosario, en la Biblioteca Argentina, el 6 de Octubre del corriente año.

Esa lucha de hegemonía y de intolerancia hizo crisis en la novel institución en la que quisimos, idealistas, ver la marcha perfecta de su organismo sin haber mediado una intensa preparación espiritual, según unos, y otros que veían, con el optimismo de los hombres sanos, el campo propicio para el florecimiento de nuevas ideologías. Así se retardó el afianzamiento de nuestra casa por la rígida aspereza de los enviados a coordinar, que con un criterio simplista creyeron ver en la implantación de estatutos y ordenanzas vetustas la sumisión violenta de los educandos, olvidando que la disciplina más maravillosa es la espontánea atención y colaboración que obtiene siempre todo verdadero maestro y que la libertad de espíritu y la tranquilidad de la razón son factores de eficiencia, de trabajo, de investigación para que toda casa de estudios sea un instrumento de elevación.

Finalizada la anormalidad por su proceso natural, ha entrado la Universidad del Litoral en su lenta pero segura evolución; pronto su Consejo Superior va a sancionar los Estatutos en que los nuevos principios parecen predominar afianzando así las características de la Reforma, en su triple aspecto de métodos de enseñanza, docencia y formación de los cuerpos directivos, reforma más discutida y difamada que experimentada y que en el fondo no es más que un vasto problema de educación y cultura. Esperemos, pues, ver esa obra practicada por la acción conjunta de profesores, autoridades y estudiantes. Es necesario, también, que éstos al compartir la responsabilidad en la orientación de sus Facultades contribuyan, con sus publicaciones, congresos y certámenes, a resolver fraternalmente los problemas de la Universidad como bien dice el autor de «Universidad Social», un medio lógico de habitar a las generaciones a preocuparse de los cambiantes problemas que en cada época se presentan entre el individuo y la sociedad; manteniendo en actividad, y fuera de la Universidad, la extensión universitaria con

folletos, conferencias y clases permanentes, para hacer llegar a personas de educación deficiente nociones que puedan serles útiles en la vida.

Señores: si alguien nos preguntase lo que conceptuamos fundamental para la formación del criterio y la aptitud, objeto inmediato de toda Facultad, responderíamos: *la enseñanza* en su doble función: docente, de transmisión de los conocimientos y desarrollo de la capacidad de acuerdo a la vocación; y, científica, de ensanche de los conocimientos mediante la investigación que despierte la iniciación espontánea.

Una buena enseñanza debe ser impartida por un profesor cuya sólida cultura se manifieste ser su didáctica y en su orientación de cátedra; y, es normal que a nuestro paso por las aulas hayamos sido influenciado por los juicios o modos de ver y presentar las cosas, ya por el profesor teórico, de ciencia pura, ya por el práctico, de ciencia aplicada. ¿Podríamos afirmar «a priori» sobre la ineficacia de la enseñanza de uno y de otro? Creemos que no, los dos son necesarios en la Universidad y con tanta más razón si consideramos las múltiples formas en que los conceptos se adaptan en la sutil y compleja mente del que aprende, poniendo así, en actividad, la imaginación fecunda del que razona y del que aplica. El primero en su vuelo de imaginación, en su proceso constructivo para demostrar, en su lenguaje de eslabonamiento para conducirnos a un fin, habituándonos a la agilidad mental, nos da posibilidades para resolver con ayuda de su dialéctica, sus simbolismos y su métrica. Por otro lado el profesor práctico, con su técnica necesaria, y toda técnica, como bien dice el autor de «Universidad Social», es objeto de una ciencia, con su espíritu de síntesis y maravilla de precisión nos acostumbra a resolver con rapidez e ingenio los siempre variados e inopinados problemas que en la profesión se nos presentan. La experimentación desempeña su principal papel. La enseñanza profesional

y técnica fortalece, pues, a la cultura y logra la enseñanza científica. En resumen: el profesor de ciencia pura conquista, el de ciencia aplicada coloniza.

Pero, obligada la Universidad a entregar en sus aulas el máximo de enseñanza en un tiempo determinado opta, lógicamente, por la teórico-práctica, con sus preciosos métodos objetivos de coordinación y síntesis. Por eso creemos que es demasiada vehemencia el querer hacer prevalecer la primacía de una en desmedro de la otra.

Cuenta la historia que entre aquellos inmortales artistas de la Grecia del siglo de Pericles, dos escuelas de estilos propios los tenía divididos, representada una por Policleteo, el escultor de la tendencia dórica del atletismo y la severidad y la otra por Fidias con sus tendencias de sensualidad jónica. Llamados los maestros a cincelar una amazona para el templo del Efeso se presentaron en competencia con sus esculturas: Policleteo, Fidias, Cresilas y Faramón, y, es instructiva la anécdota que supone que los administradores del templo aceptaron como jueces a los propio cuatro autores. Cada uno señaló la suya como la mejor, pero como segunda coincidieron los rivales en fijar la de Policleteo. Esta unanimidad hizo que la de éste adornase el templo del Efeso. Como esos estetas helenos mantengamos nuestras convicciones pero ante la belleza de lo mejor demos, pues, ese segundo puesto a la enseñanza teórico-práctica, para que reine en ese templo del saber organizado que es la Universidad.

La enseñanza contemporánea reposa sobre la investigación científica, es decir, cultiva y almacena conocimientos, va de lo conocido hacia lo desconocido, sus conquistas son penúltimas y su nexos: causa y efecto constituye su eterna vitalidad, de ahí pues que sea la investigación el sistema nervioso de toda universidad. Hagamos sensible en sus Facultades a lo más moderno en laboratorios, campos de experimentación y libros, y es altamente elogiada la preocupación de nuestro Rector para satisfacer

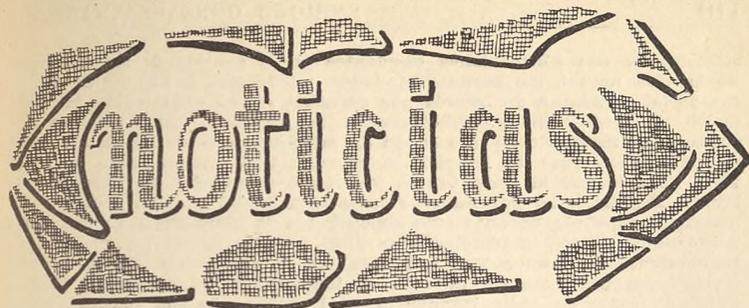
las justas demandas de nuestra Facultad, contando para ello con la encomiable y valiosa ayuda del Exmo. Sr. Ministro que brega para sacar a la Universidad de la penuria del presupuesto.

Esperamos que la Universidad del Litoral por su índole, característica para nuestras capacidades, vele por la integración de la cultura extra-profesional de sus educandos, esperamos también que ensaye un vasto plan de enseñanza abarcando la primaria, pasando por la secundaria, universitaria profesional y culmine en Escuelas de Ciencias y de artes, para que así sus alumnos en sus etapas de aprendizaje lleven en sí la vocación del saber, el hábito de observación, la ambición por las ideas puras, la creación de la belleza y el optimismo en la vida, estableciendo con ello la posibilidad de crear grandes hombres que fecunden a su pueblo, eduquen su energía, y le den confianza en sus fuerzas para ser justos en la distribución de los múltiples recursos naturales de nuestra tierra.

Señores: Agradezco en nombre de los egresados, que me han honrado con esta tribuna, vuestros probos consejos y solo deseamos que la sabiduría guie nuestro pasaje por la vida.

RODOLFO A. PARFAIT

Rosario, noviembre 1925.



## Temas de nuestra América

Los problemas de México

(Continuación)

Por otra parte, el desarrollo de las vías férreas no sólo se mantuvo estacionario durante los diez años de la guerra civil, sino que mucho de lo construido sufrió daños graves que fué preciso reparar apenas la paz quedó restablecida. Hoy se reanuda con gran brío la construcción de ferrocarriles, y no hay que olvidar que los ferrocarriles mexicanos demandan costo y esfuerzos inauditos, y que cada línea significa la resolución de un problema de ingeniería, con inmensos túneles, con tajos enormes y con puentes elevadísimos de monte a monte y sobre abismos.

Aunque nuestra red ferroviaria no está completa y a pesar de que hay regiones, como Yucatán, en que los ferrocarriles locales no están ligados con la red nacional, nuestras líneas nos unen por cuatro puntos del norte con las de los Estados Unidos, foco importantísimo del comercio mexicano, y por el sur, con los ferrocarriles de Guatemala, de tal manera que se puede prácticamente salir en un tren de Nueva York y atravesar en ferrocarril todo el territorio mexicano hasta llegar a la capital de la República guatemalteca. Auxiliár de la red ferrocarrilera son las carreteras, antes descuidadas, y cuya construcción comienza a fomentarse, y que ponen en contacto las poblaciones cuya importancia no compensa, por ahora, el gasto de un ferrocarril.

Con unos dieciséis millones de habitantes, en cifras redondas, y tomando en cuenta las deficiencias del último censo, tiene un promedio de ocho habitantes por kilómetro cuadrado. Mucho más alta la cifra de la población rural que la de la urbana, lo cual es benéfico para el desarrollo agrícola y minero de la nación, el urbanismo tentacular no existe en México, y sólo por causas accidentales llega a verse que se despueble el campo en beneficio de las ciudades.

Hay, sin embargo, urbes populosas. La capital tiene un millón de habitantes con sus suburbios; Guadalajara y Puebla, pasan de los cien mil, y Monterrey, Mérida, San Luis Potosí y Tampico — el gran puerto petrolero — andan al derredor de esa cifra. Con todos los adelantos modernos, bien pavimentadas, bien alumbradas, con servicios de tranvías

eléctricos y con edificaciones excelentes en el sentido de las exigencias de la vida actual, las grandes ciudades mexicanas, y aún las de menor categoría, aumentan de interés por su noble y alto sello tradicional. Producto de tres grandes civilizaciones: la aborigen, conservada en sus ruinas, tan maravillosas que hacen de mi patria una de las más notables zonas arqueológicas del mundo; la colonial, rica como ninguna en América, no sólo por la importancia y poderío económico del virreynato de Nueva España, sino por haberse trasplantado allá toda la cultura de la metrópoli española durante tres siglos y por la abundancia de materiales perdurables de sus mármoles y piedras de construcción; y, por último, la moderna, la cosmopolita, impuesta por el progreso y exigida por las necesidades prácticas de la vida contemporánea, la ciudad de México, asentada sobre su valle legendario y al amparo de sus volcanes paternos, tiene una belleza peculiar y una fisonomía inconfundible de nobleza y señorío. Cada piedra narra, encanta o vaticina, y su bosque varias veces milenario, sus templos y sus palacios de piedra y sus calles anchas y suntuosas por donde cruzan miles de automóviles que llegan a constituir un serio problema de tráfico, nos evocan las razas que poblaron el país antes de la conquista, el auge de lo que fué Nueva España en tiempos de la dominación española y el progreso actual que anuncia un gran futuro.

Alguien ha dicho que a México le pesa la tradición como una enorme carga sobre los hombros. No hay tal. La tradición solamente agobia cuando está muerta, y la mexicana, adormecida por siglos, como esos granos de trigo ocultos bajo el hondo silencio de las pirámides, ha buscado sol para germinar, con un ímpetu de vida que en ocasiones traspasa los límites de la normalidad, pero revelando siempre lo que almacena un pueblo que no se ha realizado aún en todos los órdenes del espíritu. En un pasado que, usando una frase de Ganivet aplicada al terruño, ha sido menester agarrarse a él y golpearlo para que nos diga lo que quiere.

Como no podría entrar en pormenores de índole económica y como he dicho ya que hay muchos a quienes únicamente interesan las cifras reveladoras de progreso material y de riqueza indiscutible, me limito a recordar que México es el primer país productor de plata en el mundo; que figura en primera línea entre los más fuertes productores de oro, cobre y plomo; que posee una enorme abundancia de fibras que le asigna el segundo puesto entre las naciones; que su agricultura es de importancia creciente y que la producción de petróleo sólo es superada por los Estados Unidos. En este ramo, los demás países juntos no llegan a la producción mexicana. Para los que crean que nuestras luchas civiles de los últimos años han acabado con la prosperidad material del país, debo advertir que el comercio exterior asciende a unos cuatro millones de pesetas; que la nación cuenta con una industria nueva y floreciente, con la amplia red telegráfica y con poderosas estaciones de radiotelegrafía. Y por último, que sus trece mil escuelas públicas con un millón cuatrocientos mil alumnos y su alto presupuesto educativo, muestran que México no olvida en medio de sus luchas de renovación que todo su porvenir está cimentado en la educación de su pueblo.

Sin embargo, para la mayoría, México no es otra cosa que un país de leyenda. Nación rica, agitada y pintoresca, dice la vulgar opinión, y con esos tres calificativos parece que quisiera apartarse de la realidad del momento y transformarlo en algo así como el hermano aventurero de quien hay que hablar en voz baja y con quien a lo sumo se puede simpatizar en silencio. Todo se explota en contra suya. La ep-

peya de la conquista, que enfrentó el genio de Cortés al heroísmo aborigen en la más gloriosa pugna que haya presenciado el continente, lejos de interpretarse como garantía a que da derecho el concurso de dos razas fuertes, se recuerda para lamentar la persistencia maravillosa de nuestras familias indígenas, para hablar de fatalidad mestiza y para achacar al cruzamiento de sangre el dolor de nuestro destino.

Es la vieja sociología queriendo convertirse en ciencia exacta y clasificar a los hombres en categorías rigurosas e inamovibles; es la misma ciencia que habla de razas puras y de razas mestizas para asignar a éstas un lugar secundario e incapacitarlas para las grandes empresas que a las razas puras habían tocado en patrimonio; la misma ciencia que fracasó en su propósito en las luchas de oriente y que contempló desconcertada las catástrofes de la guerra mundial; la misma que aprendió tarde y a regañadientes que la cultura se derrumba cuando la riqueza económica y el adelanto material no van acordes con las normas morales de la vida. Esta misma ciencia aprendió que era tiempo de entrar en el terreno de las rectificaciones y que es urgente fundar en otra cosa que en equilibrios artificiosos el bienestar de los pueblos.

México, a pesar de todo ello y de que se debate por fundar a costa de su sangre un futuro basado en la justicia, sigue siendo el hermano aventurero de quien hay que hablar en voz baja y a quien elogiar en sus esfuerzos tiene el riesgo de justificar en sus exaltaciones y en sus rebeldías.

CeDInCI

Es lugar común dar por sentado que el tranquilo período dictatorial del General Díaz constituyó para México una era de progreso, una regeneración nacional, un gobierno de disciplina, fecundo en resultados para un país convulso y turbulento. Si ello hubiese sido así, el haber tratado de echar por tierra el mencionado régimen y haberlo conseguido, constituiría un caso típico de locura colectiva y de constitucionalismo delirante. Pero aquella afirmación categórica es falsa, con las salvedades que voy a exponer.

Dejando a un lado vicios de origen, ya que el Presidente conquistó el poder rebelándose contra autoridades legítimas y violó el principio de no reelección con que justificó su rebeldía, es forzoso hacer el balance de aquella administración decorativa que encubrió por muchos años bajo una prosperidad aparente tanta miseria real, y que minó sus propios cimientos dando origen a la revolución sangrienta, que habrá de ser fecunda en resultados políticos y sociales.

El prestigio de la Administración porfirista fué impuesto en buena parte por las naciones extranjeras, las cuales, desconociendo lo que constituía la vida íntima y las graves necesidades de nuestro país, se pagaban de lo accesorio y llamativo y tomaban cierta prosperidad de país rico y en quietud como el exponente de un bienestar indiscutible. Pasemos revista a los llamados beneficios de aquel régimen y hagámoslo sin pasión, pues son acontecimientos de ayer y viven aún muchos protagonistas de aquella administración sostenida por una complicidad nacional de que hay pocos ejemplos en nuestra historia americana.

El primer beneficio que la opinión exterior y parte de la nacional consignan en el haber de aquel gobierno, fué la paz. Pero la paz no es

un bien por sí misma, sino un medio de conseguir los bienes basados en la equidad y la justicia. La paz de entonces, que ha dado en llamarpaz mecánica oponiéndola al concepto de paz orgánica, fué una paz militar, y no por el hecho de que el General Díaz lo fuese, ni porque hubiera mantenido un ejército formidable, sino por los procedimientos de "mano de hierro" que tan fácilmente confunden la energía con la arbitrariedad; por la sujeción autocrática con que se mantuvo al país como en un puño; por la suma de poder acumulado en manos del Presidente, que mandaba en persona hasta en el último rincón de la República. Esta sumisión absoluta a la voluntad del dictador por parte de un pueblo viril y levantisco, es un hecho de psicología colectiva digno de estudio. Con procedimientos de una habilidad sin grandeza de miras, fundada en un conocimiento profundo de los hombres y de las circunstancias por las cuales atravesaba la nación; con una previsión minuciosa, pero sin el largo alcance que en manos de un verdadero estadista habría sido precioso, el General Díaz aprovechó las discordias de unos y otros para destruir o dominar los elementos que hubieran podido serle hostiles, y sustituyendo el pronunciamiento con el cacicazgo, quedó bien pronto dueño y señor de la república, cogida en las redes complicadas de una serie de autocracias locales sujetas a la voluntad del dictador. Lo que como procedimiento transitorio y orientado hacia más altos fines hubiera podido ser disculpable, fué punible al instalarlo como norma segura y permanente de un gobierno que nunca quiso perder el nombre de constitucionalidad.

Como resultado inmediato de aquella paz, vino la prosperidad económica de México, prosperidad financiera, mejor dicho, porque el país fué organizado al modo de una institución bancaria, dejando sin tocar cuestiones fundamentales de índole económica que más tarde habían de conmovir a la república y de las cuales se desentendió el gobierno dictatorial, atento sólo a nivelar sus presupuestos y mantener con cierto aire de "réclame" un superávit anual en sus rentas públicas. Vióse el país surcado de ferrocarriles; nuestro comercio exterior alcanzó cifras no superadas hasta entonces; el sistema bancario se fundó sobre bases hábiles; la inmigración de capital extranjero fué cuantiosa; nuestro crédito exterior, cimentado en el pago rigurosamente puntual de nuestro servicio de la deuda, hizo aparecer a Méjico como una nación floreciente encauzada en un progreso envidiable y libre ya de sus viejos vicios de guerras civiles y de motines militares.

Sin embargo, la mirada perspicaz de los que contemplaban friamente aquel estado de cosas no se engañó al pensar que bajo la apariencia de aquella prosperidad ficticia asomaban los vicios de la tiranía, y que no sólo no era codiciable para México semejante situación, sino que dentro de ella se incubaban los gérmenes de un gran movimiento revolucionario. Lo que no veían los ojos ciegos o distantes de los extranjeros, lo descubrían la mirada de algunos hombres de México que se daban cuenta cabal de lo absurdo del sistema.

(Continuará.)

GRAN PANADERIA  
Y  
PASTELERIA



GRAN  
PANADERIA Y PASTELERIA

— de —  
ANTONIO CREO & Cia.

Especialidad en Ensaimadas

Sucursal No. 1 — Diagonal 80 entre 3 y 4 — Unión Telefónica 3436  
Sucursal No. 2 — Diagonal 74 esquina 3 — Unión Telefónica 1891  
Sucursal No. 3 — Calle 6 No. 1409, 61 y 62 — Unión Telefónica 470

Calle 50 esquina 4 — Telefono 959 — La Plata

GRAN HOTEL SPORTSMAN

de Eduardo Bonet y Pedro Morandi

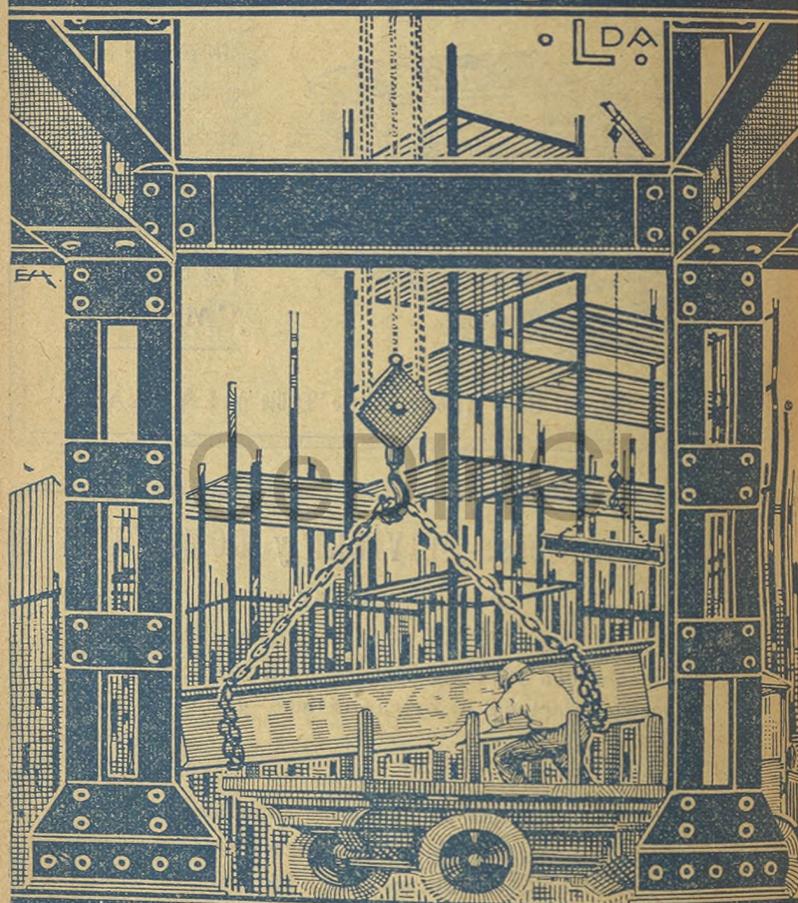
Calle 54, 6 y 7 U. Telef. 299

Grandes comodidades para pasajeros, aseo, confort, seriedad. Casa especial en banquetes y lunch

ATENDIDO POR SUS PROPIETARIOS



CIA INDUSTRIAL Y MERCANTIL  
**-THYSSSEN-**



**CONSTRUCCIONES METALICAS**

901-BELGRANO-907 .. BUENOS AIRES

# AGENCIA **NAUMANN**

## Una Máquina perfecta en todo sentido

Cuiden que ingrese en su hogar para compañera de los suyos una máquina como la "NAUMANN" que es de intachables antecedentes.

PUEDA VD. adquirirla mediante una modesta cuota mensual sin mayores exigencias ni trámites molestos.

### ¿Dejará pasar esta oportunidad?

Antes de comprar otra marca coteje precio y calidad de la "NAUMANN"

PARA  
Coser  
Bordar  
Vainillar  
Festonear  
Zurcir  
etc., etc.



Agujas  
y  
repuestos  
para  
toda  
máquina  
de coser

Lecciones de Bordados gratis hasta terminar.

ENSENADA, BERISSO, MAGDALENA, CORONEL BRANDZEN

CONCESIONARIO:

**J. Deolindo Repetto**

DIAGONAL 80 N. 635 - LA PLATA

**Ortopedia y Corsetería**  
— DE —  
**CESAR ARCHETTI**



**Corsés**  
**Fajas**  
**Piernas**  
**Brazos**  
**Bragueros**  
—  
**Artículos**  
**de goma**  
—  
**Muletas,**  
**etc.**

Avenida 51 N° 637 - Tel. 818 - LA PLATA

**BOCCIA Hnos.**  
**POMPAS FUNEBRES**

CARRUAJES PARA CASAMIENTOS  
Y BAUTISMOS

Calle 57-13 y 14 - N° 918 - U. T. 1056

SUCURSAL:

Calle Barcelona 4452 - Berisso  
U. T. 222 - Ensenada

*Servicio Nocturno*

**Compañía Argentina de Electricidad**

PARA TARIFAS E INFORMES

DIRIGIRSE A:

Calle 4 esquina 45

LA PLATA

**BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES**

La Plata: Avenida Independencia 726 Buenos Aires: Calle San Martín 137 y 153

**CORRESPONSALES.** — En los demás pueblos de la provincia y en los principales puntos del interior de la república y territorios nacionales y en las más importantes plazas comerciales del exterior: en Europa, Estados Unidos de América, Méjico, Panamá, Cuba, Costa Rica, Guatemala, San Salvador, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay.

Tiene corresponsales y gira sobre los puntos de España y los de Francia e Italia que tienen oficina postal.

**OPERACIONES.** — El banco se ocupa de todas clases de operaciones: descuentos, cauciones, recibe depósitos, abre cuentas corrientes, emite giros y cartas de crédito. Se encarga de cobranza de documentos, cupones y cuotas de terrenos, de administración generales y de propiedades.

**PRESTAMOS HIPOTECARIOS.** — Hace préstamos con garantía de inmuebles ubicados en la Provincia de Buenos Aires. En dinero efectivo amortizable en 10 años. En bonos hipotecarios amortizables en 33 años.

**PRESTAMOS CON PRENDA AGRARIA.** — Sobre haciendas y cereales.

**TASA DE INTERES ANUAL SOBRE DEPOSITOS**

ABONA: En cuenta corriente a oro sellado y moneda legal, sin intereses.

**En Caja de Ahorros:**

Hasta \$ 10.000 después de 60 días .....	4	o/o
Por las sumas que excedan de \$ 10.000 hasta 20.000	3	o/o
A plazo fijo de 30 días....	1	o/o
A plazo fijo de 60 días....	2	o/o
A plazo fijo de 90 días....	3	o/o
Mayor plazo .....	Convencional	

COBRA: Por adelantos en cuenta corriente, Descuentos, cauciones, etc. .... Convencional  
Casa La Plata, diciembre 30 de 1924.

ANTONIO PICAREL Gerente

**Carlos Servente**

LA PLATA - CALLE 7 N. 783 Tel. 400

**Cambios**

**Titulos**

**Operaciones  
de Bolsas y  
Bancarias**

**PASAGES**

Para Europa de 1<sup>a</sup> 2<sup>a</sup> y 3<sup>a</sup>

**ALFREDO LUCHETTI**

MOLINOS A VIENTO

**LUCHETTI**

Marca Registrada

Tanques Australianos,  
Bebederos, Flotantes,  
Bombas y Cilindros,  
Depósitos, Subestructuras para depósitos,  
Caños y accesorios,  
Norias y Máquinas agrícolas de reconocida superioridad :: ::

6 Esq. 55 - Unión Telefonica 452 - La Plata

ALMACEN  
"EL PORVENIR"

La casa mejor surtida y  
la más conveniente  
para hacer Vd. sus  
provisiones.

Ciruelas Francesas  
grandes y jugosas  
kilo \$ 0.50

CALLE 53 ESQUINA 5  
TELÉFONO N. 687  
LA PLATA

"EL BUDA"  
—  
ANTIGÜEDADES

—  
ARTE Y DECORACIÓN  
ALHAJAS DE ESTILO

—  
Unica casa en su estilo  
en Sudamérica

—  
SE COMPRAN Y SE CANJEAN ALHAJAS  
POR SU VERDADERO VALOR

—  
SUIPACHA 696 B. AIRES  
U. T. RIVAD. 2424

LUIS FERRARIO

IMPORTADOR

49 N<sup>os</sup> 484/88 - U. T. 29 - LA PLATA

Sección SANIDAD

Bañaderas, Lavatorios, Bidets, Calentadores de baño, Artefactos niquelados y todo lo relacionado con la higiene moderna.

Sección ELECTRICIDAD

Instalaciones eléctricas, Arañas, Brazos, Estufos, Lámparas, Planchas, Material eléctrico, etc.

VARIOS

Materiales para obras sanitarias.

Se acuerdan créditos  
a pagar por mensualidades

Para una "toilette"  
primaveral...

ELIJA LA TELA DE  
HILO LOS BOTONCI-  
TOS A TONO EL  
GUANTE EXQUISITO  
LA MEDIA APRO-  
PIADA

EN

POGGIO Hnos.

47-665

U. T. 3650 - LA PLATA

Ing. Jaime Vieyra

TASACIONES Y PERITAJES

Escritorio:

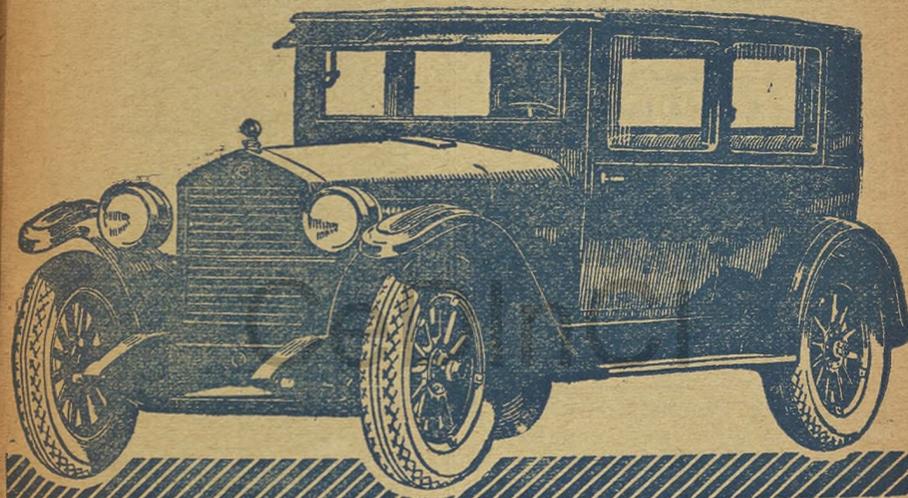
Buenos Aires: Victoria 571 — La Pla-  
ta: 53 N<sup>o</sup>. 678 — Teléfono 2130.

Revista de Cirugia  
DE BUENOS AIRES

Director: Dr. Alberto Gutierrez

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Victoria 1189 — Buenos Aires

HUDSSO Y ESEX



AGENTES — ZANOLLI Hnos. — 47-835 — Tel. 1492 LA PLATA

Oficina de Propaganda Comercial

La primera de la Provincia de Buenos Aires

FUNDADA Y DIRIGIDA POR

LUIS SALA Y ESPIELL

Calle 9 N<sup>o</sup>. 972 — LA PLATA

Especialista en campañas originales e inéditas,  
con renovación diaria de textos y grabados, sobre  
cualquier institución, negocio o producto de carácter  
científico, industrial y comercial :: :: :: :: :: :: ::

### Dr. Eusebio Albina

Sub-director del H. Melchor Romero  
Calle 53, N.º. 681 — U. Teléf. 1218  
LUNES, MIÉRCOLES y VIERNES 1 á 3 La Plata

ENFERMEDADES DE LOS OJOS  
ANTEOJOS Y OPERACIONES

### Dr. Diego M. Argüello

MEDICO OCULISTA

Consultas todos los días de 15 a 18  
Calle 51 N.º 458 T. 272 La Plata

### ANALISIS

### Doctores Grau y Arena

Extracción de sangre. Lunes,  
Miércoles y viernes, de 17 a 20.  
Diag. 74 N.º 1117 U. T. 1956  
(Plaza Italia)

### Dr. Alejandro Riglos

MEDICO VETERINARIO

Diagonal 79 N.º. 657. — La Plata.

### Dr. Simón Mendy

CIRUJIA GENERAL — PARTOS  
GINECOLOGIA

Horas de consultas: 14 a 18  
Calle 7 1082, Teléf. 10 La Plata

### ESTUDIANTINA

DIRECTOR:

JUAN MANUEL VILLAREAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 49, esq. 1 (Coleg. Nacional)

### E. CARASSALE PONS y Cía.

ASUNTOS ADMINISTRATIVOS Y JUDICIALES, REPRESENTANTES Y CORRESPONSALES DE DIARIOS, GESTIONES DE COBROS, DE SUELDOS Y SUBVENCIONES.

Escritorio: 7 - 775 - U. T. 3250 — LA PLATA

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

### “LA COMERCIAL”

— DE —

### ANTONIO LOFEUDO

Agente de Seguros en general

Se aceptan toda clase de operaciones Comerciales, Judiciales y Administrativas.

Se reciben propiedades en alquiler

Arrendamiento de campos - Compra y venta de casas y terrenos - Operaciones hipotecarias y garantía de alquileres.

Se anticipa dinero sobre alquileres y construcciones - Confección de planos de toda clase - Se pagan derechos e impuestos.

Se gira el importe de los alquileres a cualquier parte del mundo a satisfacción del interesado.

Calle Diagonal 80 N.º 1065 - U. T. 3710

LA PLATA

### VALORACIONES

REVISTA DE HUMANIDADES

CRITICA Y POLEMICA

Editada por el grupo de estudiantes Renovación de La Plata

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 60, N.º. 682. La Plata

### Lattermoser

UNICO IMPORTADOR DE LAS AFAMADAS MARCAS DE PIANOS

MASON Y HAMLIN

CHICKERING

CHAPPELL

BOSENDORFER

SPRUNCK etc. etc.

Doy facilidades de pago y una liberal concesión por pianos usados en cambio.

RIVADAVIA 853

BUENOS AIRES

### EMILIO PERNAS

IMPORTACION DE ACEITES DE OLIVA Y PIMENTON

DEPOSITO DE ZAPATILLAS Y ALPARGATAS “LLAVE”

Ventas por mayor y menor

CALLE 3 Núm. 844

Unión Telefónica 1919

LA PLATA

### D. M. MALAGAMBA

Explotacion de Bosques, Aserradero y Corralon de Leña y Carbon

### Escritorio y Depósito

Calle 37 115 y 116 - U. T. 166

LA PLATA

# CONTADURIA GENERAL DE LA PROVINCIA

BALANCE AL 31 DE AGOSTO DE 1925

INGRESADO AL 31 DE AGOSTO DE 1925	VALORES	EFECTIVO	EGRESADO AL 31 DE AGOSTO DE 1925	VALORES	EFECTIVO
<b>Recursos de presupuesto—</b>			<b>Presupuesto—</b>		
Ordinarios . . . . .	12.253.509.24	—	Sueldo y gastos . . . . .	26.456.704.69	—
Extraordinarios . . . . .	2.488.410.06	55.895.40	Deuda Pública . . . . .	334.651.46	—
Especiales . . . . .	1.184.137.33	16.000.—	Banco de la Provincia, Deuda Pública . . . . .	12.593.770.16	—
			Art. 2º del Presupuesto. Uso del Crédito . . . . .	2.500.000.—	5.000.000.000
			Escuelas:		
			Depto. en el B. de la Provincia		
			Porcentaje . . . \$ 6.933.712.20		
			Saldo Art. 14 del Presupto. > 1.541.368.78	8.475.080.98	50.360.207.29
<b>Cuentas generales—</b>			<b>Cuentas generales—</b>		
Entrada eventual . . . . .	54.573.33	—	Venta de Tierras . . . . .	49.302.—	—
Revisación planos e inspección cloacas . . . . .	13.287.27	—	Entrada Eventual . . . . .	12.372.50	—
Anticipo de sueldos . . . . .	308.70	—	Obras Salubridad La Plata. . . . .	27.919.70	—
Recaudación . . . . .	46.768.667.95	—	Ordenes Judiciales. . . . .	96.718.62	386.312.82
Venta de reservas para cloacas. . . . .	875.—	960.—	Arrendamiento de lagunas . . . . .	—	16.000
Intereses y descuentos . . . . .	0.90	—			
Venta de planos. . . . .	25.—	—			
		46.837.738.15	<b>Cuentas especiales—</b>		
<b>Cuentas especiales—</b>			Depósito en garantía . . . . .	205.578.79	1.133.532.13
Depósitos en garantía. . . . .	249.878.29	1.443.258.76	Fondo Montepío. . . . .	4.141.697.30	—
Fianzas . . . . .	—	28.400.—	Embargos Judiciales . . . . .	89.023.28	—
Caja Popular de Ahorros. Anticipo sueldos . . . . .	751.364.51	—	Ley 30 octubre 1911. Municipalidades. . . . .	80.263.95	—
Fondo Montepío. . . . .	3.069.644.73	—	Caja Popular Ahorros. Anticipo sueldos . . . . .	751.364.51	—
Embargos judiciales . . . . .	87.085.99	—	Dirección de Desagües . . . . .	20.611.37	—
Ley 30 Octubre 1911. Municipalidades. . . . .	207.347.14	—	Banco de la Provincia, Fondo Municipalidades . . . . .	105.050.26	—
Impuesto de Desagües. . . . .	20.611.37	—	Ley 30 octubre 1911. P. de Menores. A. A. . . . .	224.392.97	—
Banco de la Provincia. Fondo Municipalidades . . . . .	115.041.95	—	Julio C. Chiappe. . . . .	5.070.06	—
Porcentaje a Municipalidades . . . . .	105.050.26	—	Municipalidades. Banco de la Provincia . . . . .	115.041.95	—
Ley 30 de Octubre 1911. Patronato de Menores A. A. . . . .	963.35	—	Banco de la Provincia. Comisión Cobro Impuestos . . . . .	76.492.54	—
Producido Vivero del Bósque . . . . .	2.—	—	Producido Escuela de Avic. . . . .	180.—	—
Casa de Baños . . . . .	3.144.10	—	Obras Catedral, Producido venta títulos . . . . .	100.000.—	—
Producido Venta Títulos Obras Saneamiento Avellaneda . . . . .	50.150.—	—	Cancelación Emp. Rambla Mar del Plata . . . . .	178.409.09	—
		4.750.283.69	Municipalidades. Impuesto de Caminos. . . . .	6.188.70	6.099.364.77
<b>Presupuesto—</b>			<b>Leyes Especiales —</b>		
Devoluciones . . . . .	189.194.89	—	Pagado . . . . .	3.678.495.30	503.311.60
Art. 2º del Presupuesto. Uso del Crédito . . . . .	4.947.118.06	2.500.000.—	Letras renovadas . . . . .	22.758.968.77	—
		5.136.312.95	Títulos entregados por cancelación de Letras. . . . .	1.850.200.—	28.287.664.07
<b>Obligaciones a pagar—</b>			<b>Artículo 39 Ley de Contabilidad—</b>		
Letras emitidas . . . . .	8.069.110.45	—	Pagado . . . . .	—	1.480.147.90
Id., id. por renovación . . . . .	23.309.353.62	31.378.464.07	<b>Ejercicios anteriores—</b>		
			Ejercicio de 1921 . . . . .	31.625.38	—
<b>Leyes especiales—</b>			> 1922 . . . . .	54.352.07	—
Devuelto . . . . .	—	137.221.03	> 1923 . . . . .	276.636.67	—
Renovación de letras . . . . .	22.758.968.77	—	> 1924 . . . . .	13.237.180.94	3.599.795.06
Canceladas con títulos . . . . .	1.366.354.83	—	<b>Impuestos devueltos—</b>		
Letras canceladas . . . . .	123.305.90	24.248.629.50	Por cada ejercicio 1921 . . . . .	4.584.14	—
			> > > 1922 . . . . .	6.694.20	—
<b>Ejercicios anteriores—</b>			> > > 1923 . . . . .	16.884.35	—
Ejercicio de 1922 . . . . .	780.—	—	> > > 1924 . . . . .	42.245.35	—
Ejercicio de 1923 . . . . .	6.159.90	—	Devolución de impuestos . . . . .	232.128.20	302.536.24
Ejercicio de 1924 . . . . .	149.400.71	14.906.739.88	<b>Obligaciones a pagar—</b>		
		156.340.61	Letras renovadas . . . . .	22.758.968.77	—
<b>Titulos deuda pública—</b>			> canceladas con Títulos. . . . .	1.366.354.83	—
Consolidados Ampliación F. C. M. V. . . . .	—	1.718.181.82	> canceladas . . . . .	2.623.365.90	26.748.629.50
<b>Impuestos devueltos—</b>			<b>Titulos incinerados—</b>		
Devolución de impuestos. . . . .	—	89 —	Consolidad Amp. F. C. M. Vº. . . . .	—	1.748.118.82
<b>Art. 39 Ley de Contabilidad—</b>			<b>Obligaciones a cobrar—</b>		
Devuelto . . . . .	—	8.256.59	Letras por tierras canceladas. . . . .	706.67	—
			> > > a protesto. . . . .	660.—	1.366.67
			Existencia que pasa a septiembre. . . . .	13.391.155.24	220.622.97
		76.296.529.43			72.952.298.65
		72.952.298.65			76.296.529.43
		72.952.298.65			72.952.298.65

## RENOVACIÓN

ORGANO DE LA UNION  
LATINO-AMERICANA —  
DIRECTOR:  
GABRIEL S. MOREAU

Casilla de Correo, 1625  
— B. AIRES —

## REVISTA DE FILOSOFIA

Director  
ANIBAL PONCE

DIRECCIÓN Y  
ADMINISTRACIÓN  
Salta, 286 - Buenos Aires

## ACCION UNIVERSITARIA

Publicación mensual  
de actualidad y po-  
lítica Universitaria.

Director  
E. JASKEVICH  
Avellaneda 58 - Buenos Aires

## ALFAR

Revista de Arte y Letras  
Director  
JULIO J. CASAL  
Administrador  
ALFONSO MOSQUERA

Cantón pequeño 23  
La Caruña - España

## NOSOTROS

DIRECTORES:  
ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Libertad, 543 Buenos Aires

## REVISTA DE ORIENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL  
DE LA ASOCIA-  
CIÓN AMIGOS  
DE RUSIA.

SARMIENTO 2616  
BUENOS AIRES

## REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica  
DIRECTOR  
J. GARCIA MONJE

Dirección: Apartado 533  
SAN JOSE — COSTA RICA  
Centro America

## CORDOBA

Director  
JULIO ACOSTA OLMOS

Revista de Crí-  
tica Social y  
Universitaria  
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
27 DE ABRIL 2501 — CORDOBA



Buenos Aires

## DATES Y HUNT

INGENIEROS-CONSTRUCTORES  
SAN MARTIN 232 — U. T. 33 AVENIDA 3093  
BUENOS AIRES

Constructores de los ramales  
del Ferrocarril Provincial  
de Buenos Aires

OFICINAS EN LA PLATA:  
Calle 53 N°. 712 U. T. 3057  
LA PLATA

CONSTRUCCIONES DE PUERTOS, FERROCARRILES,  
CAMINOS Y OBRAS EN GENERAL

1

CELANESE

Charles C. Celanese



Celanese

CELANESE

CELANESE

CELANESE

CELANESE